



Este libro se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación “Las inéditas” financiado por el Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la Universidad de Salamanca.

© Del amor y de la muerte en los relatos de Carolina Invernizio
© Yolanda Romano Martín

(Este libro reproduce fielmente el archivo proporcionado por el autor)

© 2017, ArCiBel Editores, S. L.
www.arcibel.es

Fotografía de la portada: Sandra Romano “Tempo appeso”

Imprime: Quares
Printed in Spain

I.S.B.N.:
Depósito Legal: SE - 2018

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Del amor y de la muerte en los relatos
de Carolina Invernizio

Yolanda Romano Martín
Universidad de Salamanca

ArCiBel Editores



Índice:

Introducción a la figura de Carolina Invernizio.....	7
Vida y obra de una <i>donna perbene</i>	11
Estilo narrativo de la autora: influencias y referentes.....	16
Su prolífica obra: temas y personajes.....	17
La ideología de la autora en la conferencia: <i>le operaie italiane</i>	22
Carolina Invernizio una precursora del <i>giallo</i> italiano en femenino	23
Críticos exacerbados y lectores apasionados.....	28
Repercusión de su obra en el extranjero.....	34
Carolina Invernizio en España e Hispanoamérica. Conclusiones	56
Apéndice bibliográfico.....	57
Diez relatos muy negros.....	59
Notas a la traducción.....	59
Memorias de un enterrador.....	61
Un drama del pasado.....	67
Corazón de esposa.....	81
La agonía de un hombre.....	87
El delito de una madre.....	91
Pequeñas mártires.....	111
¡Mendigo!.....	119
La confesión de una suicida.	123
La venganza de un marido.....	139
El heroísmo de una madre.....	143



Introducción a la figura de Carolina Invernizio.

Poco podría imaginar Carolina Invernizio (1851-1916) que hoy, en pleno siglo XXI, su obra fuese aún objeto de estudio, de debate y de difusión, cuando en su época no obtuvo el reconocimiento por parte de los críticos literarios que indudablemente merecía. Este trabajo tiene la humilde intención de rescatar del olvido y redimensionar en lo posible, la figura de esta peculiar escritora, y tratar al mismo tiempo de poner en valor lo que dejó en herencia a la historia de la literatura italiana.

Para ello comenzamos tomando prestadas las palabras que la escritora Claudia Salvatori, en el Epílogo a la obra de Riccardo Reim (2007), utiliza para describir lo que le debemos a esta figura:

Scrittrice di best-seller amati e divorati, e contemporaneamente nascosta, invisibile, impossibile e irricognoscibile nella sua natura di femmina-macchina da scrittura. In seguito dimenticata e punita, il suo è diventato il nome dell'Infamia sulla bocca di generazioni di insegnanti di italiano, pronunciato e tramandato con sacro disprezzo. (Reim 2007: 201)

Sin género de duda, Carolina Invernizio fue el fenómeno editorial italiano más importante de finales del XIX y principios del XX. Fue la iniciadora de una novela popular rosa con tintes de negro gótico, donde las tramas tremeundas, cuyos ingredientes esenciales eran la muerte y el amor, eran protagonizadas por mujeres de toda clase y condición.

Nuestro objetivo es el de recuperar el lugar que su obra merece en el contexto literario italiano, algo que le fuera negado en su época, dado que tras su fallecimiento cayó irremediablemente en el olvido. A pesar de ello, el rico patrimonio literario que dejó la autora, abrió las puertas a un nuevo tipo de novela popular teñida de rosa y amarillo. Su fecunda obra (escribió más de 150 novelas), que contaba con seguidores en países como Argentina, Brasil o España, le valió ser considerada la gran precursora de un tipo de literatura nueva, anticipando lo que sería etiquetada como literatura

de consumo, que era menospreciada por la crítica, pero amada por un público de lectores preeminentemente femenino. Recordemos que a finales del XIX las mujeres analfabetas eran el 74,6% de la población femenina, mientras que los hombres lo eran en un porcentaje menor, el 66,5%. Sin embargo el porcentaje de analfabetos va disminuyendo a medida que avanzamos el siglo XX.

Fue considerada la reina absoluta del *romanzo d'appendice*, cuyo arquetipo había sido sin duda el *feuilleton* francés de Dumas, Balzac, Sue, Hugo. Esta modalidad de lectura era por aquel entonces la preferida de un nuevo y numeroso público de lectores y, como decíamos antes, sobre todo lectoras.

Nos encontramos en los albores de la literatura de consumo y en los inicios también de la industrialización del fenómeno cultural. Como explica Remo Cesarani, el periodo comprendido entre los dos siglos XIX y XX, en la Italia post-unitaria, está marcado por el inesperado éxito de la literatura popular y de consumo, cuya protagonista por excelencia es Carolina Invernizio:

Nello stesso periodo, tra la fine del secolo e i primi decenni del Novecento, si assistette anche a un altro fenomeno editoriale, nuovo e interessante: lo sviluppo di una narrativa di consumo, destinata a quegli stessi ceti borghesi e piccolo borghesi, solleticandone bisogni meno nobili e più segreti. Questa produzione narrativa ha saputo riciclare, spesso suscitando scandalo, sia temi tardo-romantici ripresi dalla letteratura europea decadente e dal romanzo popolare d'appendice, sia temi dell'estetismo di derivazione dannunziana — l'erotismo, il macabro, l'esaltazione nazionalista —, portati all'estremo e al tempo stesso resi facilmente consumabili, attraverso la sostituzione dell'estetismo raffinato ed elitistico con un più accettabile Kitsch [...] L'antesignana di questa narrativa fu sicuramente Carolina Invernizio (1851-1916) [...]. (Malato 1999: 790-791)

Italia acababa de vivir la lucha por la independencia, y la unificación había suscitado la simpatía de los progresistas europeos, pero desde el punto de vista cultural, exportaba pocas obras literarias. Los italianos leían la narrativa popular extranjera, desde Nick Carter a Gaston Leroux. Por otro lado, el mercado editorial

nacional estaba dominado por dos editoriales: Sonzogno y Treves. Sonzogno publicaba todas las novelas populares francesas, y obras clásicas y contemporáneas, extranjeras en su colección “Biblioteca Universale”. Por su parte, el otro gran editor del momento, Treves, se arriesgaba con el producto nacional: Verga, Deledda, De Amicis, Capuana o Serao. Por aquél entonces los escritores italianos de éxito podían aspirar a vender como máximo unos veinte mil ejemplares. A caballo entre los dos siglos, los autores extranjeros continuaron ganando la batalla entre las editoriales italianas. Mientras que inexplicablemente eran desconocidos en Europa autores como Capuana, Verga o el propio Fogazzaro y su *Piccolo mondo antico*, uno de los escritores de mayor fama en su país.

Sólo tres autores consiguieron, por aquel entonces, abrirse paso en la escena internacional: Carlo Collodi y su inmortal *Pinocchio*, Edmondo de Amicis y su tierno *Cuore* y Gabriele D’Annunzio quien se convierte en el escritor italiano más reconocido fuera del país transalpino.

Por otro lado, los lectores italianos se segmentaban cada vez más, como explica Donald Sassoon en su libro *Cultura. El patrimonio común de los europeos*:

Las mujeres italianas leían la literatura popular extranjera y la de sus imitadores italianos, como Carolina Invernizio. Los hombres leían casi exclusivamente unos feuilletons italianos concebidos para el público de cultura media (De Amicis, Serao, Fogazzaro). Los socialistas leían a Zola, a Hugo y a Tolstoi. La servidumbre doméstica –según una fuente del año 1906– leía pornografía, probablemente relatos sentimentales con fondo de adulterio y novelas cuyo título e ilustración de portada sugerían un contenido sexual más acentuado del que en realidad contenían: es el caso, por ejemplo, de Infedeltà (1884), del muy respetable Enrico Panzacchi (1840-1904), o de Le Vergini delle rocce de D’Annunzio. (Sassoon 2006: 820)

Entre las autoras elegidas por los lectores de la época se encontraban dos mujeres que podían presumir de un éxito verdadero. El público femenino se dividía entre las lectoras con deseos de cambios sociales y las ancladas a la tradición.

Matilde Serao era la autora preferida por las mujeres más conscientes como ella de las condiciones de sometimiento y desigualdad en la que vivían por entonces con respecto al hombre.

La otra gran protagonista del panorama literario era Carolina Invernizio, la verdadera reina del best-seller en Italia y dominadora de la novela popular italiana durante más de cuarenta años. Carlo Villani definía su obra con estas palabras:

I suoi romanzi, a cominciare dai titoli a sensatio, sono per lo più plasmati sull'antico tipo francese, a grande tinte, e, in maggior parte, riproducono scene che esaltano di gran lunga la fantasia e mettono il cuore in vero tumulto, trascinandolo a palpitare, a commuoversi, a tremare, a inorridire innanzi alle vicende, alle sciagure, ai eccati di ciascun personaggio, or creato di pianta dall'autrice, or camuffato sotto falso nome. In ogni modo, ella è una grande agitatrice dei nostri sentimenti, del nostro cuore che spesso si compiace di soffrire artificiosamente pur di scuotere una momentanea inerzia, e la sua penna riesce quindi, per questo verso, benefattrice, sicché, alla lettura di ogni pagina da lei scritta, vi pare, quasi direi, di assistere, come in teatro, alle tragiche convulsioni di Tommaso Salvini o di Ernesto Rossi. (Villani 1915: 124)

¿Quiénes eran sus lectores? Como ya hemos mencionado antes la autora se dirige fundamentalmente a un público femenino: ávido de historias intrincadas, cruentas, morbosas y envueltas en un halo romántico. Esta voluntad se hace evidente en la introducción a su novela más famosa, *Il bacio di una morta* (1889), en la que sin pudor se dirige a '*le mie lettrici*'. Precisamente es este tipo de lectoras la que contribuye a crear una nueva categoría de novelas destinadas al consumo de masa, en definitiva, al nacimiento de lo que se conoce como paraliteratura.

La característica común de este tipo de novelas es una visión paternalista de la sociedad y la afirmación de la moral burguesa y el consiguiente triunfo de sus valores principales. Las mujeres encuentran en estas tramas repetitivas y de temática amorosa un entretenimiento adecuado al rol secundario que representan en la sociedad.

Vida y obra de una *donna perbene*.

Tras la imagen de mujer burguesa aficionada a llamativos sombreros de plumas y a elegantes vestidos de época, a joyas costosas y pelucas se esconde Carolina Invernizio, la autora más leída en aquellos lejanos años en los que la nación italiana umbertina echaba a andar.

Esta interesante personalidad nace en Voghera, aunque su fecha de nacimiento es una incógnita sin resolver dado que según los Archivos del Ayuntamiento esto ocurre el 28 de marzo de 1851¹, si bien ella declarase siempre como fecha el año 1858 (quitándose siete años). Carolina Maria Margaritta era hija de Anna Tettoni y de Ferdinando Invernizio funcionario de la Casa Real de Cerdeña y tenía tres hermanas y un hermano quien muere muy joven. Pertenecía a una familia acomodada burguesa.

Cuando su padre es nombrado Jefe de la oficina de impuestos se traslada a un apartamento en la calle Della Colonna de Florencia, desde 1865, la nueva capital del Reino de Italia. En sus estudios en el Istituto Magistrale demuestra en seguida su vocación literaria puesto que en 1876 publica en el periódico de la escuela su primera obra, un relato de perdición y castigo titulado *Amore e morte*:

la storia di un-principe-senza-cuore-e-senza-onore che inganna e seduce la bella lavandaia del castello, pubblicata a sorpresa su un giornaleto interamente compilato da lei e distribuito alle compagne in stivaletti neri di capretto e cappellini di paglia col nastro azzurro (...)"(Davico Bonino, Ioli, 1983)

Esta afición por la narrativa y por una temática escabrosa poco adecuada para una adolescente está a punto de ocasionarle la expulsión de la escuela. Sin embargo no fue este el motivo por el que dejaría la escuela.

Este contratiempo no desalienta a la joven Invernizio en su empeño, muy al contrario, le sirve de estímulo. En 1876 debuta con un

1 Esta nueva fecha que adelanta su nacimiento siete años se ha descubierto en el Congreso dedicado a su figura celebrado en Cuneo en 1983.

Bozzetto sociale titulado *Un autore drammatico* que es publicado por la editorial Barbini de Milán.

Sin embargo es en 1877, cuando por entonces tiene 19 años (aunque según las nuevas fechas tendría 26), consigue publicar su primera novela en la pequeña editorial florentina Salani, titulada *Rina, o l'angelo delle Alpi*. La obra obtiene un éxito discreto pero su autora no querrá ninguna compensación económica.

Comienza así la relación fructífera y duradera con el editor florentino. Premiará la confianza que el editor le había otorgado permaneciéndole siempre fiel y recibiendo la modesta cifra de 600 liras (a veces incluso 800 liras) por novela, un poco escasa dada la tirada y las ventas que lograba. A cambio el editor florentino en estos cuarenta años se hará rico, con la publicación en exclusiva de toda su obra, aunque en Navidad, le regalaba siempre una pequeña joya que la autora recibía de buen grado.

Tras este comienzo publica relatos en periódicos como *L'Opinione Nazionale* de Florencia o *La Gazzetta de Torino* y posteriormente en exclusividad para el editor florentino que le dio su primera oportunidad. Así comienza una producción literaria inmensa con más de 120 novelas que no abandona hasta el fin de sus días y que le supuso que el crítico Bruno Cassianelli la definiera por su extensa obra, no sin ironía, como '*conigliesca creatrice di mondi*'.

Sus padres pretenden apartarla de esta vocación literaria intentando que se case con un noble de Montevarchi, pero sin éxito. Carolina que se definía a sí misma como '*donna perbene*' conoce al hombre de su vida, el teniente de los *bersaglieri* Marcello Quinterno, con el que se casa en 1881, tras un noviazgo de pocos meses. Residen en Florencia en una casa en la calle Dei Mille, en frente de la tipográfica del editor Salani. En 1882 muere su padre y en 1886 nace su única hija Marcella.

Ese mismo año publica su novela más famosa *Il bacio di una morta* que dedica a su adorado esposo con estas palabras: '*Se la mia vita triste, ritirata ha un lato luminoso, è la vostra tenera e cordiale bontà per me. A voi debbo l'ispirazione di molti miei lavori; voi svegliaste in me l'idea di sollevarmi alquanto dalla mediocrità.*'

Poco después del regreso de su marido de la guerra de África,

en 1896, se trasladan a Turín, pues es nombrado Director del Regio Panificio Militare. Su vida en la ciudad piemontesa discurre feliz demostrando ser una madre amorosa con su única hija Marcella, una esposa ejemplar y una mujer muy devota pues cada sábado asistía a misa al Santuario de la Consolata (una de los templos frecuentados por la buena sociedad turinesa).

No obstante Carolina, es también una mujer burguesa refinada y mundana, aficionada al teatro (acudía a los estrenos del Carignano, el Alfieri o el Gerbino) y amante de las tertulias en salones elegantes de la ciudad aunque no era admitida en las más intelectuales. En 1914 la familia se traslada a la vecina ciudad de Cuneo. En esta nueva residencia en la calle Barbaroux se hace famoso su salón que visitaban renombrados intelectuales de la época como Guido Gozzano y Amalia Guglielminetti. Sólo dos años después, el 27 de noviembre de 1916, muere al no superar una pulmonía. En su testamento redactado en 1903 Carolina le pide a su marido no ser enterrada hasta pasados cuatro días de su muerte, que no exponga su cadáver y que anuncie sus funerales en los periódicos en los que colaboraba como periodista: 'Il Popolo', 'La Stampa', 'La Gazzetta di Torino' y el 'Fieramosca' de Florencia.

Es enterrada en Turín donde el editor Salani le dedica un busto de bronce realizado por el escultor Edoardo Robino en cuya corona de bronce se puede leer el epígrafe siguiente: '*Il tuo nome non morirà*²'. Se dice que aún hoy gente anónima deposita en su recuerdo flores frescas sobre su tumba.

Las reacciones de la intelectualidad de la época a su desaparición fueron bastante frías. No obstante, los periódicos de Cuneo le dedicaron numerosas crónicas, como se puede leer en el opúsculo *Omaggio a Carolina Invernizio* publicado por el Ayuntamiento de Cuneo con ocasión de la exposición sobre la vida y obra de la autora, en febrero de 1983.

Luigi Baccolo en su artículo *L'immortale Carolina* explica cómo los tres periódicos locales ('La Sentinella delle Alpi', 'Il Corriere

2 Muchos de los datos biográficos de la autora provienen de la obra *Carolina Invernizio; Matilde Serao, Liala* de Umberto Eco, Marina Federzoni, Isabella Pezzini y Maria Pia Pozzato, La Nuova Italia. 1979. Firenze.

Subalpino' y el 'Stendardo') se unieron en el dolor por la escritora. 'La Sentinella' publicó una extensa crónica sobre su fallecimiento en la que recogía los numerosos telegramas de pésame recibidos por la familia, provenientes de toda Italia y del extranjero. Entre las coronas de flores se encontraban por ejemplo las enviadas por la 'Società operaia di Govone' y por el 'Cinema moderno di Cuneo' (donde se habían proyectado todas las películas inspiradas en sus novelas). Al funeral asistieron las principales autoridades civiles y militares así como mujeres de diverso estatus: burguesas y obreras. El abogado De Benedictis, compañero de su marido, intervino en las exequias recordando a la fallecida con estas palabras: *'Noi c'inchiniamo riverenti dinanzi alla spoglia mortale della scrittrice illustre – della sposa affettuosa – della madre impareggiabile'*. Quiso dejar también testimonio de su reconocimiento el alcalde de Cuneo en una carta en la que hablaba del perfume de bondad dejado por Carolina Invernizio³.

La autora era muy celosa de su vida privada y resultaba casi imposible, conocer datos relativos a su existencia familiar. Eran escasas sus declaraciones al respecto, pero contamos con las valiosas afirmaciones vertidas en una entrevista realizada para la revista Forum en febrero de 1904:

Posseggo due tesori per me inestimabili: un marito e una figlia sana, allegra, intelligente, senza fantasticherie, che, mentre la mamma scrive, aiuta la cuoca in cucina, tiene le redini del governo della casa. Ciò vi provi che si può essere 'letterata' e buona madre di famiglia, non chè moglie 'sopportabile' e desiderata. Così si va sfatando la leggenda delle 'bas-bleus', come quelle delle suocere-demonio! (Contorbia 1980: 88)

Resulta indispensable para profundizar en la personalidad de Carolina Invernizio la entrevista que en 1912 con ocasión de la publicación de su novela nº 90 *La vendetta di un operaio*, Guido Gozzano y Emilio Zanzi consiguen hacerle en su casa, a pesar de

3 Estos datos los recoge la página web: <http://www.quicomincialettura.it/>.

sus reticencias iniciales⁴. Esta conversación con la autora se publica 20 años después con el título *La mamma dei libri gialli* en ‘La Gazzetta del Popolo’ el 12 de agosto de 1932. En ella se describe la ambientación clásica en la que vive la escritora propia, de una *signora per bene*: un típico salón *ottocentesco* con sillones y sofá en telas adamascadas rojas, cojines bordados en punto de cruz, un periquito embalsamado y una máquina de coser. Durante la charla y de forma impertinente, Gozzano se atreve a pedirle una fotografía para publicarla en el periódico, pero ella muy irónica, le contesta: ‘*Lei Gozzano, è un poeta che ha molto successo tra le signore (...) forse sarebbe meglio che ella pubblicasse la sua fotografia, non la mia. Io sono una signora per bene: (...) non sono una ballerina*’. (Contorbia 1980: 90)

La autora cuenta aspectos desconocidos de su vida, como el periodo itinerante vivido por los continuos traslados de su marido, o la situación económica familiar nada boyante. Invernizio relata su debut en el campo literario en torno a 1881 cuando envía a un periódico la historia de una joven que huye de casa por amor. Esta primera afición literaria se convierte en una verdadera necesidad a causa del fallecimiento de su padre. Por este motivo se multiplican sus colaboraciones en prensa, a veces bajo pseudónimo, y siempre con relatos repletos de muertos y heridos.

Son interesantes también las opiniones que ofrece sobre ella su sobrino Ferdinando Tettoni, en un artículo publicado en la ‘Gazzetta di Parma’ en el año 1966. En él se cuenta que Carolina era una mujer que pasaba sus días dividida, entre sus quehaceres domésticos y su trabajo como escritora. Su sobrino la espiaba mientras encerrada en su estudio inventaba estas historias increíblemente cruentas, de manera impávida y metódica. Le resultaba sorprendente que aquella mujer bondadosa, de corazón generoso y de mente clara, pudiese si quiera imaginar dramas tan horribles y sensacionales. Recuerda Ferdinando que su tía a pesar de narrar hechos monstruo-

4 El resumen de la entrevista de Emilio Zanzi y Guido Gozzano se puede leer en la web: <http://www.quicomincialalettura.it/>. La versión completa de este interesante documento la encontramos en Franco Contorbia, *Il sofista subalpino. Tra le carte di Gozzano*, L'arciere, Cuneo, 1980, pp.89-96.

sos y dramas impensables lograba al final restablecer el orden, de modo que todos los delitos *‘risultano sempre rigorosamente puniti, con un senso della giustizia che, ai tempi attuati, sembra pressoché incredibile’*. (Tettoni, 2-11-1966)

Estilo narrativo de la autora: influencias y referentes.

Invernizio dedicó con pasión su vida a la escritura y de su desbordante imaginación salieron más de un centenar de novelas. Era una mujer diferente a las de su época y su clase social, más aficionadas a la vida mundana que a la lectura.

Gracias a la entrevista publicada por Zanzi⁵ descubrimos su formación literaria. Sus autores preferidos eran Leopardi, Manzoni, Víctor Hugo, Scott, Dumas y Verga pero conocía también la novela histórica italiana de D’Azeglio, Guerrazzi, Grossi así como *‘il romanzo d’appendice’* o novela folletinesca italiana y extranjera: Mastriani, Sue, etc. Se sentía muy alejada de la estética y el estilo de D’Annunzio, que lo consideraba *‘di lusso’* y rechazaba a Fogazzaro porque no le gustaba la imagen de las mujeres en sus novela. Amaba el teatro y los grandes dramas. Probablemente tampoco estimaba la poesía de Gozzano.

Era una escritora minuciosa y puntual. Seguía un ritmo de trabajo constante, todos los días de 7 a 12 de la mañana, dando como resultado unas 200 o 250 páginas por semana, de las que no hacía ninguna corrección posterior. Ella misma explicaba su sistema de trabajo:

Or eccovi come preparo e scrivo il mio romanzo. Prima di tutto cerco il ‘titolo’, perché, per quanto si dica, il ‘titolo’ esercita una specie di suggestione sui lettori, dai più semplici ai più eletti, ed un bel ‘titolo’ è la metà del successo di un romanzo popolare. Trovato il titolo, mi si presenta subito dinanzi alla fantasia la visione del quadro che sto per mettere in scena. La località, ove dispongo i miei per-

5 Esta entrevista realizada por Speker para la revista Forum fue publicada en febrero de 1904 y posteriormente fue recogida por Davico Bonino en el volumen homenaje dedicado a la autora de 1983.

sonaggi, l'ho da lungo tempo studiata, sia un mercato, una cantina, una soffitta od un salotto; per la ubicazione delle strade, delle case, mi serve la 'Guida'; per il soggetto, un 'fatto vero' di cronaca o che per caso ho conosciuto, ed a cui si adatti il titolo trovato; per la cornice ed accessori, tutte persone e cose che realmente esistono e che riproduco tale e quale. (Davico Bonino, Ioli, 1983)

Solía producir más de una trama a la vez y su inspiración para urdir tramas tan sanguinarias la extraía de la lectura de las crónicas de sucesos más sangrientos y macabros de la época, como veremos con detalle más adelante.

Debido al frenético ritmo de trabajo, no dudaba en pedir ayuda a la familia y a amigos. Su hermana Vittorina llevaba la cuenta de los difuntos que inventaba y se ocupaba de releer las historias para evitar posibles errores como testimonio Ferdinando Tettoni, hijo de su hermana Vittorina:

Poiché i suoi personaggi morivano con preoccupante facilità, poteva capitare che, dovendo scrivere contemporaneamente almeno un paio di romanzi, l'autrice si dimenticasse di avere ucciso l'uno o l'altro, col rischio di farlo apparire in scena del tutto intempestivamente. Mia madre, che spesso già aiutava la sorella in suggerimenti di vario genere, era espressamente incaricata di tenere la contabilità di quanti erano passati a miglior vita. (Tettoni, 2-11-1966)

Su prolífica obra: temas y personajes.

Leer cualquiera de sus numerosísimos relatos hoy puede provocar múltiples sensaciones y muy contrarias. Tomando las palabras de Marina Federzoni: *'potrà gratificarsi il cacciatore di kitsch, sdegnarsi la femminista, allenarsi il narratologo, riflettere il sociologo, divertirsi il non addetto ai lavori'*. (Federzoni 1979:33)

En este interesante ejercicio descubrimos un inmenso universo de delitos y pasiones que se ha interpretado como la prehistoria del *giallo* italiano.

Como hemos visto antes, su primera publicación data de 1877 y su última publicación póstuma, es una obra para niños titulada *La fata turchina* de 1936. De todas ellas su mayor éxito es *Il bacio di una morta* (1886) y su secuela final *La vendetta di una pazza* (1894).

La mayor parte de sus novelas fueron publicadas por el pequeño editor florentino Salani (como ya hemos adelantado) y por el editor milanés Nerbini.

En esta extensa trayectoria nos deja amores adúlteros, amores románticos, engaños, venganzas, sangre, duelo, asesinatos, violencia cuyos protagonistas son víctimas y heroínas, villanos y traidores. Llega a tratar los más variados temas, todos ellos fuertes, subidos de tono y a veces sensacionalistas.

Para ello se inspira en las más cruentas noticias que lee en la prensa que le sirven para recrear sus tramas. Como es el caso de la Contessa Lara, la escritora Eva Cattermole Mancini, que se separó de su esposo tras haber matado en un duelo a su amante y posteriormente murió asesinada por el hombre que convivía con ella. Invernizo años después retoma esta historia real y la convierte en una novela titulada *Lara, l'avventuriera* (1910).

Tampoco es ajena a los acontecimientos históricos de este final del XIX. En *La trovatella di Milano* (1889) rememora la época del Risorgimento en un largo flash back, en el que cita a personajes reales, que le sirven para construir la personalidad de la protagonista de esta historia Annetta Durini. Entre los personajes citados se encuentra la patriota Luisa Battistotti Sassi (1824), heroína que combatió en las barricadas, en uno de los más famosos episodios del Risorgimento italiano: *le cinque giornate*. Esta mujer participó vestida de hombre, de forma activa en el levantamiento popular contra el gobierno austro-húngaro, junto con otras mujeres de distinta condición social.

Una breve biografía (aunque no cita su nombre) de la controvertida figura de Filippo Curletti⁶ que vivió en plena Unidad de Italia aparece en la novela *Il segreto di un bandito* (1898).

Asimismo recrea la historia del famoso bandido Antonio Bru-

6 Personaje perteneciente a la Pubblica Sicurezza que es acusado por el malhechor Vincenzo Cibolla de formar parte de la banda de 'la Cocca'.

no, (se decía por entonces que era el más bello, el más célebre y el más leal), conocido como el pequeño de Vanchiglia (barrio de mala fama de Turín), en la novela histórica *Il piccolo Vanchiglia* (1895). La autora reconstruye la historia de este mítico ladrón y de su banda que resultó un reto para la justicia dado que nunca pagó por sus fechorías. Se convirtió en leyenda y su vida fue objeto de numerosas recreaciones literarias.

En sus obras la autora intenta que la ambientación sea lo más realista posible, por lo que sus historias se desarrollan en dos ciudades bien conocidas para ella: Turín y Florencia. Es sobre todo la misteriosa ciudad piemontesa el escenario ideal donde se cuecen todas las intrigas y dramas, como resulta patente de la lectura de algunos títulos: *Il fantasma del Valentino* (1890), *Il cadavere nel Po* (1895), *La gobba di Porta Palazzo* (1892), *La Venere torinese* (1899), *Torino misteriosa* (1903), *L'orfanella di Collegno* (1893), *La ballerina del Teatro Regio* (1894) entre otras muchas.

Describe⁷ con exageración las moradas palaciegas de los ricos nobles, llenas de lujo y brillo, mientras que las casas de los personajes humildes, pero buenos, son sencillas y miserables pero limpias, los malos en cambio, residen en tugurios, sucios, fríos y húmedos. Generalmente abundan las oscuras y frías buhardillas o los lúgubres sótanos. La casa es el símbolo de estatus social que no se puede falsificar, por ello representa la condición social del personaje.

Por lo que respecta a las descripciones ambientales tienen una clara función dado que confirman el preciso momento narrativo mostrando una predilección por los lugares oscuros y cerrados (tumbas, cementerios, buhardillas etc.): “*Il giorno contrapposto alla notte, il buono al cattivo tempo, la campagna ai dirupi rocciosi, sono sempre collegati rispettivamente a una situazione buona (euforica), e a una situazione cattiva (disforica)*”. (Federzoni 1979: 40)

Al estilo de los Misterios inaugurados en Francia, Carolina reproduce estos oscuros y deprimentes escenarios que vienen a sim-

7 Para conocer a fondo las técnicas narrativas de la autora es muy interesante el trabajo de Marina Federzoni en *Carolina Invernizio, Matilde Serao, Liala*, publicado en 1979.

bolizar los misterios del inconsciente de los personajes: habitados por cadáveres, sangre y violencia. Son los fantasmas interiores, los monstruos que perviven en sus almas malignas.

Su punto de referencia es el arquetipo de familia burguesa que ve como se tambalean sus cimientos por un adulterio, un delito o un acto violento (asesinato, envenenamiento, violación etc.). La autora vuelve a recomponer el orden establecido tras muchas tensiones y recurriendo a medios, a menudo sádicos, y a castigos delirantes. Son las mujeres, a menudo en complicidad con otras, las que resuelven la situación, salvaguardado su honor y el de la familia. Y para ello no duda la autora en sacrificarlas, con un asesinato o un suicidio.

Encontramos en sus obras pecados inconfesables, pérfidas traiciones, malvados donjuanes, despiadados maridos, madres sacrificadas, hijas descarriadas.

Casi todos los temas que trata giran en torno al amor y a los sentimientos de esposa, de madre o de hija heridos por una injusta situación que las convierte en víctimas. Demuestra la autora una irrefrenable obsesión por la muerte en todas sus vertientes.

No hay historia que no esté teñida de sangre, horror, muerte, violencia, sin olvidar una fascinación por lo morboso y lo prohibido. Los títulos de sus numerosas novelas son una muestra del claro gusto gótico y tremendista de su autora: *La peccatrice moderna* (1915), *La vendetta di una pazza* (1894), *La tísica* (1896), *Anime di fango* (1898), *La donna fatale* (1898), *I misteri delle cantine* (1902), *Il cadavere nel Po* (1895), *L'impiccato delle Cascine* (1906), *La morta nel baule* (1910), *Bacio infame* (1895), *La gobba di Porta Palazzo* (1892), *Il cadavere accusatore* (1912).

Las protagonistas de sus novelas, como ya hemos afirmado con anterioridad, son principalmente mujeres que afrontan problemas amorosos y familiares. Por vez primera en la literatura italiana las mujeres asumen un papel ejecutor y plenamente activo. Se nos muestran como salvadoras de sus maridos, hijos o amantes. Estas sustituyen al superhombre descrito en las novelas de Dumas y Sue. Esta ferviente voluntad emancipadora de la autora, convierte al hombre en mera comparsa, relegándolo a un rol secundario.

El crítico Vittorio Spinazzola lo ha descrito, quizás de forma exagerada, con estas palabras:

Il collasso del patriarcato si reduce in uno sfacelo generale di quei valori che da sempre hanno sorretto l'organizzazione della civiltà. E mentre il maschio si rivela ormai inetto ad addossarsi le responsabilità che gli competono, il sesso femminile libera tutte le sue potenzialità positive e negative. (Spinazzola 1995:43)

Esta evidente predilección por escribir para mujeres y de mujeres se manifiesta en la elección de muchos títulos de sus novelas como: *Chiarina la modista* (1905), *La ragazza magazzino* (1911), *La commessa* (1902), *La ballerina del Teatro Regio* (1894), *La bella sigaraia* (1888), *Le avvelenatrici* (1904), *La danzatrice di tango* (1915), *La donna fatale* (1898), *La fata nera* (1910), *La sconosciuta* (1912), *L'orfanella di Collegno* (1893).

Es muy amplio el muestrario de personajes femeninos: desde la belleza tórrida de la mujer fatal, a la belleza angelical de la virgen indefensa, sin olvidar a las feas, jorobadas, tísicas, locas, paralíticas, sordas, mudas o cojas; todas ellas víctimas o verdugos, seductoras o seducidas. No tiene preferencia por ningún estrato social: logra representar tanto al mundo de la nobleza como al mundo obrero prefiriendo siempre a las provenientes de la clase humilde trabajadora, como por ejemplo en las novelas: *La guantaia di Torino* (1891), *La bella sigaraia* (1888), *La figlia della portinaia* (1900), *Storia d'una sartina* (1892), *La regina del mercato* (1903), *Le figlie della duchessa* (1889), *La contessa Miranda* (1887), *La cieca di Vanchiglia* (1894), *La gobba di Porta Palazzo* (1892), *Le schiave bianche* (1904)

Personajes estereotipados donde los buenos y malos quedaban identificados por los nombres elegidos por su creadora. Las malas se llamaban Nara, Sultana, Nigra, Nerina, Fosca, Sirena o Satanela y las describía como morenas, mientras que las buenas recibían nombres como Chiara, Lilina, Aurora o Angela y eran rubias. Estos personajes buenos, tras sufrir en las tramas que teje la Invernizio, consiguen al final restablecer el orden y salvar la situación, salvarse a sí mismas y a su familia. En esta encarnizada y maniquea lucha entre el Bien y el Mal se convierten en protagonistas absolutas y heroínas, logrando imponerse en un mundo dominado por los hombres.

Para concluir este apartado pueden ser reveladoras las palabras de Federzoni que nos aclaran la función de los personajes dentro del contexto de cada obra:

I suoi personaggi sono una costruzione semiotica del testo, attuata per mezzo di accumulazione di dati che si definiscono attraverso coingiunzioni e opposizioni, secondo rapporti cioè di somiglianza e di diversità (procedimento paradigmatico), e mediante un procedimento sintagmatico che rende conto della trasformazione di tali dati, attraverso una sistema di concatenazione logica degli enunciati. Entrambi questi procedimenti concorrono a costruire l'etichetta semantica del personaggio, strutturandosi sugli assi semantici fondamentali (cioè pertinenti rispetto alla coerenza semantica globale del racconto). (Federzoni 1979 35)

La ideología de la autora en la conferencia: *Le operaie italiane*.

Reveladoras de su carácter y su pensamiento son las ideas que difunde en una conferencia pronunciada en 1890 titulada *Le operaie italiane* por invitación de la *Società Operaia di Napoli*. El ensayo también conocido como *Le lavoratrici italiane* fue pronunciado en la *Esposizione Beatrice*, un encuentro organizado en Florencia, por algunas escritoras para conmemorar a Beatrice Portinari. Las conferencias fueron recogidas en un volumen titulado *La donna italiana descritta da scrittrici italiane in una serie di conferenze tenute all'Esposizione Beatrice in Firenze* en 1890.

En ella nuestra autora diserta sobre el papel de las mujeres trabajadoras y la necesidad de una educación:

Sarebbe necessario che le classi più agiate, istruite, dimostrassero una maggiore attività ed energia nel favorire le industrie, il commercio, l'agricoltura, impiegandovi i loro capitali, tenendo in maggior considerazione le classi lavoratrici. Così si diffonderebbe assai più l'istruzione, la moralità; si accrescerebbe il lavoro, col lavoro si aumenterebbero i salari, coi salari il risparmio, quindi il benessere generale. E ceserebbe anche il doloroso spettacolo di vedere ogni

anno, migliaia e migliaia di famiglie operaie emigrare all'estero in cerca di un tozzo di pane dallo straniero! (Reim 2006: 274)

No olvida arengar a las mujeres en la dignificación de su trabajo:

Io saluto quest'Esposizione, così fieramente osteggiata, come un grande progresso sociale, come il trionfo della donna lavoratrice. Ma, se molto si è fatto, molto rimane da fare ancora. Avanti, avanti sempre! Lavoriamo per sostenere con decoro il nome italiano! Lavoriamo, fiduciose nelle nostre forze, nell'avvenire, infondendo questo sentimento nei nostri mariti, nei nostri figli, non lasciandoci scoraggiare o prostrare dalle avversità della vita, delle vicende della fortuna! "(Reim 2006: 275)

Deducimos de su discurso que la autora era una feminista, no en el sentido moderno del concepto, sino una feminista en cierto modo pasiva que en sus obras maltrataba, ridiculizaba, satirizaba y humillaba a los hombres.

El mensaje instructivo y formativo que se difunde en sus obras estaba basado en una defensa de la ideología del momento, basada en la familia y en la moralidad. No encontramos en sus tramas una posible justicia social respecto al papel de la mujer pero la convierte en una especie de *superdonna dimessa* como afirma Elio Gioanola en su artículo dedicado a la autora con dicho título.

Carolina Invernizio una precursora del *giallo* italiano en femenino.

En Francia Eugène Sue publica *Les Mystères de Paris* (1842) cuya traducción al italiano llega en 1843. Con esta novela se abre definitivamente el *feuilleton* en Italia y a partir de aquí muchos otros autores la toman como referente narrativo. *I Misteri di Roma contemporanea* (1853) de B. Del Vecchio, *I Misteri di Palermo* (1852) de B. Naselli, *I Misteri di Livorno* (1853) de C. Monteverde, *I Misteri di Firenze. Scene moderne* (1854) de A. Panzani, *I Misteri di Napoli* (1869) de Francesco Mastriani, *I Misteri di*

Genova. *Cronache contemporanee* (1867) de Anton Giulio Barrili o *I Misteri di Torino* (1871) de Arturo Colombi. Ambientadas en ciudades diversas sus autores comienzan a descubrir el lado oscuro de Italia.

Esta moda por los misterios del folletín durará alrededor de cincuenta años. De todos estos autores, el que alcanza mayor éxito y quien mejor logra interpretar el estilo narrativo de Sue y le sirve de inspiración a nuestra autora, es el napolitano Francesco Mastriani. El primer folletín italiano es obra de este autor napolitano que en 1852 publica el melodrama *La cieca di Sorrento* donde nos presenta una Nápoles peligrosa y oscura y logra tejer una trama propia de un thriller clásico actual. Su confirmación como precursor del género le llega con la obra *I Misteri di Napoli* (1869).

Herederas de la tradición folletinesca iniciada por Mastriani son las dos primeras damas del crimen italiano: Matilde Serao y Carolina Invernizio. Matilde Serao, célebre escritora y periodista, está considerada por la crítica especializada la primera *dark lady* italiana. Indudablemente su obra maestra es *Il ventre di Napoli* (1884) donde muestra un retrato del lado maligno y oscuro de la ciudad partenopea pero sus grandes aportaciones al incipiente género policial son dos novelas escritas con posterioridad: *Il delitto di via Chiatamone* (1892) y *La mano tagliata* (1912) definidas por la crítica como verdaderos ‘*protogiallo*’ y ‘*vicende narrate con sagacia abile e senso del ritmo*’. (Crovi 2002: 28)

Unos años antes que Serao, Carolina Invernizio⁸ había realizado sus primeros intentos en el mundo del delito, sin olvidar a sus grandes inspiradores y a la vez autores favoritos: Alexandre Dumas, Eugène Sue, Ponson du Terraio y Xavier de Montépin.

Como recoge Nozzoli en su trabajo *La Invernizio e il giallo al femminile*, la autora de Voghera en 1932 era proclamada, no sin cierto énfasis, ‘*la Dama che ha anticipato di mezzo secolo la letteratura gialla e supergialla*’.⁹

8 De la dualidad entre las dos escritoras era la propia Carolina consciente cuando afirmaba que Serao escribía para la ‘*crème*’, para los intelectuales y ella para todos los demás.

9 Vid. Nozzoli A., *La Invernizio e il giallo al femminile en Carolina Invernizio. Il*

Invernizio mezcla intriga y gótico con el *giallo* y el rosa dando como resultado una novela totalmente apolítica, hecha de perdición, delitos macabros y redenciones cuyo resultado es la representación del mundo en su constante lucha paradigmática entre el Bien y el Mal con personajes ejemplares y sumamente abstractos.

Ya en su primera publicación titulada *Rina l'angelo delle Alpi* (1877) presagiaba su interés por la intriga inventando una trama llena de sucesos criminales donde la protagonista es una huérfana abandonada en las montañas que resulta ser hija de un bandido y una noble.

Con posterioridad vuelve a retomar esta afición por el delito en diversas obras desde *Il bacio di una morta* (1886) su novela más exitosa, *Il delitto della contessa* (1887), *La vendetta di una pazza* (1894) o *Il treno della morte* (1905) entre otras muchas.

Merece la pena hacer mención a dos novelas por las sugerentes novedades que aportan: *I ladri dell'onore* (1894) y *La sepolta viva* (1896). En la primera nos sorprende con las indagaciones de una valiente policía que lucha para desenmascarar al culpable. En la segunda en cambio la autora hace alarde de las técnicas propias de la novela enigma aderezándola con golpes de efecto sorprendentes.

En 1907 con la novela *La felicità del delitto* el rol de la mujer investigadora se hace más patente. Para Pistelli la novela resulta muy interesante

per l'importanza ancor più marcata attribuita al ruolo dell'investigatrice in gonnella, la quale per difendere l'unità della propria famiglia indaga segretamente, seppure con metodi empirici e approssimativi, per sconfiggere gli intrighi della sua implacabile nemica'. (Pistelli 2006:56)

En 1909 en *Nina la poliziotta dilettante* nos presenta a Nina Palma, una obrera turinesa bellísima que debe investigar el asesinato de su prometido el conde Carlo Sveglia. Esta inexperta imitadora de Sherlock Holmes resulta una de las primeras mujeres detectives de la narrativa policial italiana.

romanzo d'appendice, Davico Bonino G y Ioli G., Gruppo Ed. Froma, Torino, 1983, pp.42-56.

Luca Covi¹⁰ uno de los mayores especialistas en la historia del *giallo* italiano ha visto en nuestra autora una peculiar predilección por el *kriminal roman* y el futuro *giallo d'azione*.

Resulta paradójico que de la mente de esta burguesa tan pía y religiosa, de existencia apacible y ordenadas, pudieran salir historias tan sangrientas y morbosas. Quizás un buen psicoanalista habría podido interpretar estas ocultas preferencias. Pero lo cierto es que Invernizio encuentra el caldo de cultivo en los acontecimientos más populares de la crónica más negra y de los casos judiciales más escandalosos de aquel final de siglo. Vive en la época de historias tremendas, trágicas, de sangre y muerte: la historia del bandido Vanchiglia¹¹ (*Antonio Bruno detto Ël cit ëd Vanchija*), la historia de Giovanni Pipino¹², el salvaje asesinato de la escritora Contessa Lara por parte de su amante, el cruel asesinato de la joven Isolina Canuti¹³, la historia de Gennaro Volpe o la asesina Penelope Carnevali¹⁴.

Es asimismo la época de las tesis pseudocientíficas de Cesare Lombroso¹⁵, fundador de la antropología criminal. La autora se ve influenciada por estas famosas teorías hoy ya superadas para delinear la personalidad de los asesinos de sus novelas. Estos delictivos hechos reales son utilizados por la Invernizio como material indispensable para confeccionar sus tramas. Perdición, sangre, tragedia,

10 Covi L., *Tutti i colori del giallo*, Venezia, Marsilio, 2002, p.30.

11 Antonio Bruno, conocido como el más bello, el más leal y el más célebre de los *briganti* vivió en la ciudad de Turín en el periodo post-unitario durante el Reino de Vittorio Emanuele II.

12 *La tragedia di via Lagrange. Processo a Giovanni Pipino resoconto giudiziario* (1878), escrito por Alessandro Giustina.

13 La cruenta historia de la joven Isolina Canuti que apareció muerta en el río Adige descuartizada tuvo lugar en Verona a principio de 1900. Esta humilde muchacha fue asesinada salvajemente por estar embarazada y negarse a abortar. Todas las culpas recayeron sobre su amante, el teniente Trivulzio, pero logró permanecer impune de este delito. Esta triste historia le sirvió de inspiración a Dacia Maraini para escribir su novela *Isolina*.

14 La historia de esta fría *dark lady* que confiesa a su amante horrorizado haber envenenado a su marido en 1890.

15 Cesare Lombroso tiene el mérito de haber iniciado los estudios de antropología criminal en Italia. Sus tesis, hoy superadas, defienden la existencia del criminal de nacimiento. No obstante, estas ideas fueron retomadas parcialmente por Freud y Jung en su psicoanálisis.

son los mágicos ingredientes necesarios para la autora que su público de seguidores está deseoso de leer con avidez. La autora es sabedora de lo que el inconsciente colectivo necesita: morbo. Esta es la receta con la que cocina las historias más increíbles, los misterios más negros, en definitiva los escándalos más insospechados.

La escritora de novela policial Elena Forni identifica en la obra de Invernizio las características propias de un *giallo* clásico en femenino. En primer lugar cumple la finalidad de este género literario que es la de entretener y divertir a los lectores, transmitiendo asimismo emociones positivas y negativas que crean una especial complicidad entre autor y lector. Subrya además que en las novelas de Invernizio encontramos a la mujer víctima (hoy desgraciadamente muy actual) y a la mujer asesina. El *modus operandi* de la asesina difiere del homicidio masculino porque en ella es meditado, es un procedimiento íntimo. La mujer víctima está predestinada a sufrir violencia, a pagar por su culpa y por tanto es más vulnerable que el hombre. Forni afirma además que las técnicas narrativas respecto a las fórmulas masculinas o femeninas: *“Il gotico femminile non può prescindere dal contesto sociale delle donne del tempo, in particolare dalla loro identità sessuale, in una società patriarcale segnata da cambiamenti sociali e politici.”* (Ponchione Saracco 2011: 83)

Concluye Forni comparando a Carolina Invernizio con las ambiguas escritoras victorianas: *“anime perverse sotto montagne di piume, trine e merletti, ma profondamente innovatrici e consapevoli”*. (Ponchione Saracco 2011: 84)

Críticos exacerbados y lectores apasionados.

La repercusión de la obra de Carolina Invernizio fue grandísima: amada por el público, rechazada por la intelectualidad. A pesar de las temáticas osadas que proponía en sus obras no fue nunca incluida en el Índice de los libros prohibidos por el Vaticano. La extrema religiosidad de la autora en línea con la voluntad de la Iglesia Católica y su feminismo no revolucionario en realidad la salvaron de esta censura. Como recoge Michaela Valente en el libro dedicado al Congreso sobre la autora celebrado en 2006:

Le opere della Invernizio svolgevano una importante funzione di distrazione della miseria quotidiana, dando un'educazione morale, non culturale. La scrittrice ben conosceva le sue lettrici, la loro smania del fantastico, del meraviglioso, dell'inverosimile e delineava i rischi che potevano correre negli opifici, per questo esortava alla religione e alla istruzione come la vesta adatta alla persona. (Ponchione, Saracco 2011: 20)

Su éxito fulgurante tuvo en su época una doble lectura. Por una parte, era una autora seguidísima entre un público de lectores sobre todo femenino, ávido de historias de amor y sangre que pertenecían a una clase social más baja: cocineras, doncellas, porteras, modistas, dependientas etc. Por otro lado, la crítica de aquellos años la consideraba una escritora mediocre y despreciaba su trabajo.

Aunque no llegó a establecer un canon literario y pese a que su obra se ha definido de forma peyorativa como literatura barata, subliteratura o paraliteratura, muchas de sus novelas han seguido reeditándose durante los siglos XX y XXI pero siempre ha sido olvidada por la historia de la literatura italiana y como consecuencia poco estudiada.

Recopilamos aquí algunas de las numerosas opiniones que generó su obra por aquél entonces. Antonio Gramsci desde la cárcel en sus notas formula una de las definiciones más extendidas de nuestra escritora al denominarla: *‘l'onesta gallina della letteratura popolare’*. He aquí el párrafo en el que Gramsci cita a nuestra autora en su obra *Letteratura e vita nazionale*:

In Italia è sempre mancata e continua a mancare una letteratura nazionale-popolare, narrativa e d'altro genere. (Nella poesia sono mancati i tipi come Béranger e in genere il tipo dello chansonnier francese). Tuttavia sono esistiti scrittori, popolari individualmente e che hanno avuto grande fortuna: il Guerrazzi ha avuto fortuna e i suoi libri continuano ad essere pubblicati e diffusi: Carolina Invernizio è stata letta e forse continua ad esserlo, nonostante sia di un livello più basso dei Ponson e dei Montépin. F. Mastriani è stato letto ecc. (G. Papini ha scritto un articolo sull'In-

vernizio nel «Resto del Carlino», durante la guerra, verso il 1916: vedere se l'articolo è stato raccolto in volume. Il Papini scrisse qualcosa d'interessante su questa onesta gallina della letteratura popolare, appunto notando come essa si facesse leggere dal popolino. Forse, nella bibliografia del Papini pubblicata nel saggio del Palmieri – o in altra – si potrà trovare la data di questo articolo e altre indicazioni). (Gramsci 2008: 192)

Define sus libros como ilógicos, complicados y tenebrosos, mientras que a la legión de lectores que la siguen los describe como fieles, insaciables e ingenuos pero añade que ningún otro escritor ha logrado con posteridad alcanzar ese nivel de popularidad entre los lectores.

Gian Petro Lucini poeta y escritor coetáneo de la autora la describía como “*impudente scombiccheratrice di carte*” (Roccella, 2003) Lugi Báccolo se atrevía a llamarla “*la nipotina di Sade*”.

Otro poeta, el crepuscular Marino Moretti le dedicó unos provocadores e irónicos versos con ocasión de la muerte de la autora que fueron publicados en 1916 en la recopilación *Il giardino dei frutti*. En ellos en subraya cómo en sus libros encontramos una respuesta obscena a la necesidad de perversión. Asimismo contrapone su obra a la producción de Verne:

*Quale dolcezza a me ti ravvicina
Oggi pensando a un tuo libro di morte
O al tuo nome di serva, Carolina?
Qual bacio infame, qual delitto, quale
Segreto, quale terribile sorte,
quale peccato, qual ombra del male?
Ah che tu mi sorridi oggi, né gaia
Né triste, ma un po' forse irrequiet
Da un vecchio volto quasi d'operaia;*

*mi riconosci e m'accenni col dito,
poi, sospettosa, mi sdegni, poeta
moderno che non ha cuor di bandito;
e non mi credi, temi il mio sorriso,
forse mi scacci. Ascolta: io credo in te*

*come all'Inferno, come al Paradiso,
come alla vita, ed umilmente t'amo
ed umilmente t'ascolto perché
tu sai ciò ch'io non so, che non sappiamo;*

*e la tua vecchia ossuta mano io bacio
lorda di sangue, macchiata d'inchiostro,
in quel tuo gesto ch'espelle il mendacio.*

*Carolina Invernizio! E tu sei forse
L'infanzia mia, quella che andava a scuola
Mmalvolentieri e non cantò né corse;*

*e mai non s'ebbe carità fraterne
dai suoi compagni e non lesse una sola
storia, una sola pagina di Verne.*

*Gli altri parlavan di navigatori,
d'arcipelaghi in fiamme, di villaggi
aerei, di corsari e minatori,*

*di carovane, di terre lontane,
o facevano i più strani viaggi
io non so quanti giorni o settimane;*

*seguendo il libro tuo ch'io preferiva
io li guardavo i miei compagni, attento,
dubbioso ancor della Sepolta viva;*

*io li guardavo con la faccia smorta,
con la mia smania di perversimento,
dubbioso ancor del Bacio d'una morta.*

*Ma oggi dolce il tuo pensier mi lega
a' tuoi fantasmi e a te mi ravvicina,
oggi ch'io sono quasi tuo collega,*

*oggi che taci e muori, Carolina.
(Moretti 1916: 47-48)*

Giovanni Papini en un artículo publicado en 1916 en *‘Il Resto del Carlino’* fulminaba a Carolina con sus despectivas palabras:

Di spose ottime e costumate donne l'Italia rigurgita e troppo ci vorrebbe a registrarne i trapassi, ma quante ne trovi tra cotestoro, che abbiano saputo conquistare i cuori di tutta l'Italia e di metà dell'America e siano state capaci di creare tanti angoli di bianca perfezione e tanti microcosmi di nera malvagità. (Romano, 4/3/11)

Volvió a hablar sobre ella en *Stroncature*¹⁶ sorprendido de su gran popularidad: *“Una fortuna così lunga e vasta non può essere senza ragioni, né tutte le ragioni possono essere a disdoro della scrittrice o de’ suoi fedeli”* (Roccella 2003)

La marquesa Maria Maiotti Plattis, alias Jolanda, en las páginas de la revista *Cordelia*¹⁷ la ignora y se limita a incluir sus iniciales, añadiendo que no era una escritora apropiada para las jóvenes. A través de esta publicación dedicada a jovencitas Jolanda demostraba un feminismo cauto y moderado en el que intentaba conciliar los valores tradicionales del pasado con los del presente. Por lo tanto juzgaba del todo inadecuadas las tramas que salían de la pluma de Carolina Invernizio.

Pero a pesar de estas demoledoras y despectivas críticas sus novelas contaban con un numeroso público de lectores que se presta a un interesante estudio en torno a su composición y a sus motivaciones ideológicas y psicológicas. Ante este clima hostil a autora se defendía, no sin ironía, diciendo: *Io ho dei critici una allegra vendetta. Ché le mie appassionate lettrici ed amiche sono appunto le loro mogli, le loro sorelle.* (Invernizio, 1971:12)

16 *Stroncature*, es una colección de polémicos ensayos publicados en Florencia en 1916 que representan un muestrario de su prosa. A este poeta, crítico y ensayista no le duelen prendas en criticar con dureza a escritores como D’Annunzio, Croce, Gentile, Benelli y sobre todo al profesor Guido Mazzoni.

17 Revista femenina dirigida en sus inicios por Angelo De Gubernatis donde esta escritora publicó sus primeras obras: *Il fior della ventura* y *Prime vittorie*. En 1903 pasaría a dirigir la propia Jolanda.

La demostración del tremendo éxito de estas jugosas historias con las que conseguía enganchar a los lectores es que la tirada de sus publicaciones alcanzaba a menudo las cien mil copias, lo que para aquella época era del todo inusual y para el pequeño editor florentino Salani toda una fortuna.

Su obra se ha seguido publicando en diversos sellos editoriales. En 2008 la colección ET Classici de Einaudi publicó una nueva edición de *Il bacio di una morta* con una bellísima introducción de Antonio Arslan. Entre las últimas publicaciones destacamos la titulada *Nero per signora* (2006), recopilación de relatos negros y macabro-dramáticos poco conocidos con una interesante introducción titulada *L'eccezione e la regola* de Edoardo Sanguineti. El autor genovés nos da una clave de interpretación actual de la obra de Invernizio y las razones por las que su obra haya sido rescatada del olvido:

Intorno a quella onesta gallina della letteratura popolare che fu Carolina Invernizio, e intorno alla base-cour del feuilleton in genere, esiste ormai una bibliografia che molti altri più nobili momenti della letteratura romanzesca possono legittimamente invidiare. In quest'anno il centenario del primo e forse insuperato successo della narratrice, Il bacio d'una morta, le ragioni di tanta attenzione non sembrano oscure. Erano già iscritte, del resto, nell'Almanacco Bompiani 1972, che all'insegna dei Cent'anni dopo annunciava tempestivamente il ritrorno dell'intreccio, che era stato il grande rimosso, almeno negli strati superiori della cultura, durante la breve età aurea della sperimentazione e della ricerca. (Reim 1986: VII)

Con posterioridad, Riccardo Reim publica el trabajo titulado *Storie gialle rosa e nere* (2007) donde recoge una selección de relatos de la autora descritos como “*chicche esemplari da leggere con franco divertimento e –perché no?- curiosità e passione, alla riscoperta della scrittrice che come pochi altri volle e seppe essere davvero popolare*” (Reim: 2007 II).

De este mismo año es la reedición por parte de *Il Foglio* de *I misteri delle soffitte* un giallo-rosa ambientado en Turín.

No hay que olvidar que de sus novelas se realizaron diversas adaptaciones cinematográficas y series de televisión con mayor o

menor repercusión, algunas interpretadas por famosos actores de la época. La más antigua versión para el cine de la que tenemos noticia es una película muda de 1913 titulada *Satanella*. A esta le siguieron hasta los años veinte: *La vergine dei veleni* (1917), *Rina, l'angelo delle Alpi* (1917), *Piccoli martiri* (1917), *L'orfana del ghetto* (1917), *Il bacio di una morta* (1917), *Il treno della morte* (1918), *Il cadavere accusatore* (1918), *L'amante del Re di Volinia* (1918), *La vendetta di una pazza* (1919), *Satanella* (1919), *Chiarina la modista* (1919), *Nina la poliziotta* (1920), *La danzatrice di tango* (1920), *La regina del mercato* (1921). En los años 50 se estrenaron otras películas basadas en sus tramas como *La mano della morta* (1949), *La trovatella di Milano* (1955), *L'orfana del ghetto* (1955). La última versión de *Il bacio di una morta* se entrena en 1973 dirigida por Carlo Infascelli e interpretada por Silvia Dionisio, Orso Maria Guerrini, Peter Lee Lawrence y Karin Schubert. En 1949 el director Guido Brignone realiza la versión interpretada por el propio Brignone, Fulvio Palmieri y Gaspare Cataldo.

Repercusión de su obra en el extranjero.

La extensa obra de Invernizio se tradujo a varios idiomas salvo el francés dado que por razones obvias sería como introducir a un enemigo en casa. Sin embargo la crítica francesa sí conocía su obra desde sus comienzos. Gaston Deschamps la citaba en un artículo de *Le Temps* en 1895. Aparece en diccionarios biográficos y 28 de sus libros en italiano los encontramos en las bibliotecas francesas.

Tampoco fue traducida al inglés aunque sus libros aparezcan en las bibliotecas de Estados Unidos, desde San Francisco a Nueva York pasando por Boston. En el Bronx, en los años 20 existió incluso una librería llamada “Libreria Carolina Invernizio”.

Encontramos sus obras originales en italiano en numerosas partes del mundo: Colombia, Venezuela, Austria, Argentina o Cuba, en muchos de estos casos por la importante presencia de emigrantes italianos.

Algunas de sus obras fueron sin embargo traducidas a diferentes idiomas, propagando el éxito que ya tenía en tierras italianas.

En arameo existe una traducción de *Rina o l'angelo delle Alpi* del año 1934; así como la edición por entregas de *Bacio infame* del año 1930.

En lengua checa tenemos las versiones de *Raffaella* de 1993 y *L'orfana del ghetto* de 1934. De 1947 es la versión en chino de *La sepolta viva*. En croata podemos leer *Amore e morte* de 1920 y *Peccatrice moderna* de 1931.

Fueron traducidas al portugués a inicios del siglo XX como por ejemplo: *O ultimo beijo* (1927), *A formosa detective* (1932), *A ressurreiçao dum anjo* (1926), *A mulher amada* (1927), *A pecadora* (1927), *Paraíso e Inferno* (1929), *O suplicio do remorso* (1928), *O crime da condessa* (1928), *As vítimas do amor* (1927), *O Beijo da morta* (1934), siendo la última *La spia* en 1977.

Existe también una traducción maltesa de *La figlia della portinaia* titulada *It tifla tal purtinara* (1982) Valleta, Gulf Publishing.

En tagalo contamos con la versión de *Storia di una sartina* (1918), titulada *Malupít na Iná*, que en realidad, como podemos ver en el propio libro, resulta ser una traducción del español *Historia de una costurera*.

Malupít na Iná

Sinipi sa nobelang kastilang
may pamagat na
HISTORIA DE UNA COSTURERA
ni Carolina Invernizio ng
nagsatagsilog na si
ROSENDO IGNACIO.
Malabon, Rizal, 30 ng Oktubre ng 1918.



TEL. 3099

MAYNILA, K. P.

Carolina Invernizio en España e Hispanoamérica.

Indudablemente es en España y en Hispanoamérica donde más se conoció a esta fecunda autora piamontesa. En las hemerotecas nacionales podemos encontrar noticias que dan cuenta de su obra y de su vida en diversos periódicos de la época como ABC, La Vanguardia o El País.

Puede servirnos de ejemplo el hecho de que el periódico ABC del día 30 del 11 de 1916 en un breve artículo, da la noticia de su fallecimiento tres días después de haber tenido lugar. Este hecho debemos interpretarlo como una demostración de lo conocida que era su obra folletinesca en nuestro país.

No obstante, si la autora fue conocida en España, se lo debemos a la editorial dirigida por el italiano Emanuele Maucci que fue quién llevó su obra a los países de habla española porque contaba con los derechos en exclusiva de las traducciones.

¿Quién era el editor Maucci?

Emanuele Maucci, un emigrante italiano afincado en Barcelona, fue el fundador de una interesantísima editorial que se convertiría en la más importante de principios del XX. Entre 1892 y 1937, año de su fallecimiento, supo llevar a su pequeña empresa a los países de habla hispana. Dominó la escena editorial catalana demostrando un marcado espíritu liberal y una ideología política progresista. Fue un innovador y un gran empresario:

Es la primera editorial que introduce el uso del linotipo en 1908 que mecanizaba el proceso de composición de un texto. En este periodo de grandes avances técnicos y cambios en la política empresarial, se pasa de la elaboración casi artesanal del libro al nacimiento de las grandes empresas editoras. En el catálogo de la editorial del año 1927 se afirma que la empresa dispone de un edificio propio que ocupa una superficie de 3.730 metros cuadrados. De los libros que produce, sólo una tercera parte se distribuye en nuestro país, mientras que los dos tercios restantes se venden en América y Filipinas. El editor italiano publicaba grandes tiradas de ediciones económicas con material de baja calidad y sus productos se caracterizaban por el precio económico, el poco peso y las dimensiones reducidas, dado

que ésta era la mejor manera de disminuir costes y ofrecer el mejor precio. (Romano, 2007: ...)

Editó todo tipo de libros y de autores y su fondo bibliográfico llegó a tener 2.500 títulos. Tenían cabida en su sello, tanto la alta literatura como las ediciones más arquetípicas de consumo. Impulsó diversas colecciones. Fue sobre todo un gran divulgador de la literatura italiana, dado que él difundió la obra en español de autores como: Dante, Boccaccio, Mastriani, De Amicis, D'Annunzio, Fogazzaro, Aretino, Farina, Motta, Salgari. Se hizo también con los derechos de las obras de los autores italianos que pertenecían a la colección 'I Libri Gialli' de Mondadori: Gastón Simoni, Franco Invernizzi, Ferrucci Buriatti, Cesare Jenco, Giorgio Scerbanenco, Enzo Gemignani, Magda A. Cocchia, Tito A. Spagnol, Ezio D'Errico.

La autora de quién publicó el mayor número de obras fue Carolina Invernizio. Entre 1900 y 1907 se contabilizaron 138 novelas suyas. Entre las primeras publicaciones de la editorial se encuentra la mítica *Il bacio di una morta*, pero resulta difícil poder saber con exactitud la cronología de las obras porque en muchas de ellas no se especificaba el año de publicación.

Sin embargo en ese periodo, entre finales del XIX y principios del XX, entre las novelas que se publicaron se encuentran las siguientes que citamos: *Rina o el ángel del los Alpes* (1902), *El resucitado* (1900), *El crimen de la condesa* (1900), *Corazón de madre* (1902), *El genio del mal* (1902), *Corazón de obrero* (1904), *Cadena eterna* (1905), *Crímenes sin castigo* (1908), *El crimen de la calle Roma* (1910), *Las envenenadoras* (1910), *Un crimen en automóvil* (1911), *La bailarina del Teatro Real* (1914), *La maldita* (1902), *El ahorcado del parque* (1913), *El albergue del delito* (1910), *Nina la detective* (1910), *Al borde del abismo* (1904), *Los amores de Marcelo* (1900), *Amores malditos* (1914), *El ángel redentor* (1914) entre otras muchas.

Las traducciones de la editorial Maucci no eran muy cuidadas, dado que a veces estaban realizadas por traductores no preparados o mal pagados. Estas versiones españolas no eran muy fieles al original, dado que el editor para economizar gastos, reducía sensiblemente el número de páginas.

Sin embargo no todas los traductores eran noveles o medianos puesto que merecen nuestra atención aquellos que dignificaron las colecciones que Maucci producía. Entre ellos podemos citar a Carmen de Burgos, Valle Inclán o Leopoldo Alas Clarín. Entre los traductores de las obras de Invernizio estaban Luis F. Obiols, Francisco Javier Godó., Carlos Ría Baja, Teodoro Moreno Durán, Jesús Pardo, Martínez Sagredo, Álvaro Carrillo,

Emanuele Maucci amplió su negocio abriendo filiales en Argentina, Cuba y México. Algunas obras fueron publicadas por este editor en su sede de Buenos Aires llamada Maucci Hermanos, aunque impresos en Milán, en la imprenta de Reggiani: *El beso de una muerta* (1900), *El secreto de un bandido* (1900), *El último beso* (1900), *La venganza de una loca* (1900).

A Argentina llegaron otras cuatro obras de Invernizio en 1900 publicadas, esta vez por Angelo Bietti un editor italiano que abrió en Buenos Aires un depósito para la venta de sus ediciones italianas. En este país comienza a publicar con el nombre de Ángel Bietti y se asocia con Maucci; juntos van a crear colecciones de literatura popular que tuvieron mucho éxito.

El editor Emanuele Maucci dominó el mercado editorial hispanoamericano llegando a casi todos los países de habla hispana: Paraguay, Uruguay, Bolivia, Chile, Perú, Las Antillas españolas, Filipinas, Cuba.

A pesar de la exclusividad que tenía el editor sobre la obra de nuestra escritora, otros sellos editoriales publicaron algunas de sus obras en español: la Tipografía Hispano-Americana en España y el Grupo Editorial Diamante en México.

Estas son algunas portadas de las obras de Carolina Invernizio en español editadas por la editorial Maucci en Barcelona. Como se puede ver eran muy cuidadas y atractivas en los colores. Trataban siempre de poner en relieve el argumento principal de la novela la traición amorosa, la muerte, el delito etc.



Invernizio, C. (1913), *Amores trágicos*, Barcelona, Maucci.



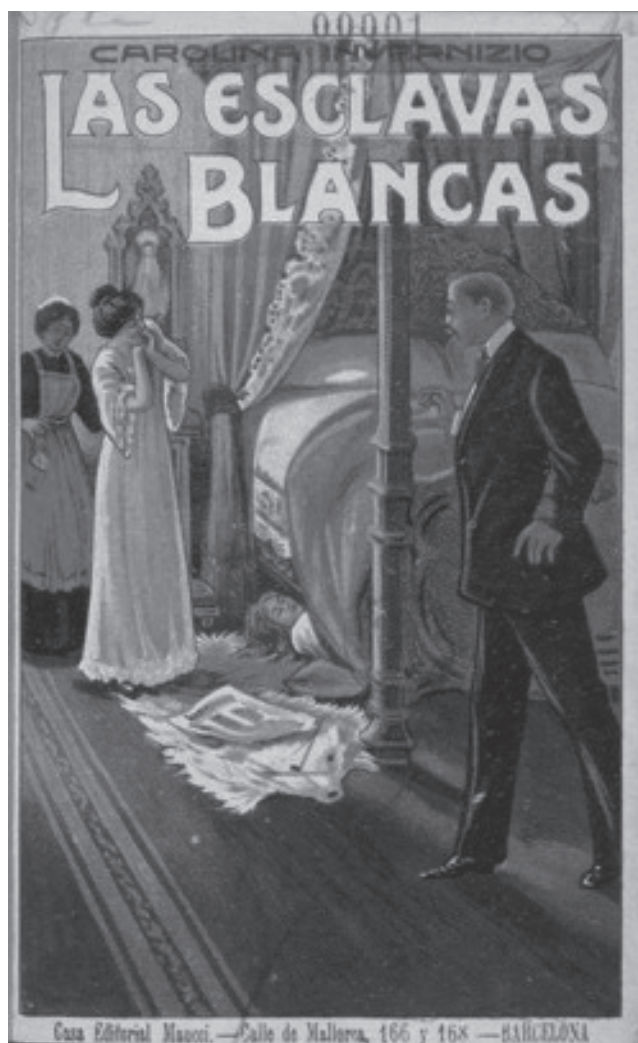
Invernizio, C. (1908), *Crímenes sin castigo*, Barcelona, Maucci.



Invernizio, C. (1900), *El resucitado. La hija del barbero*, Barcelona, Maucci.



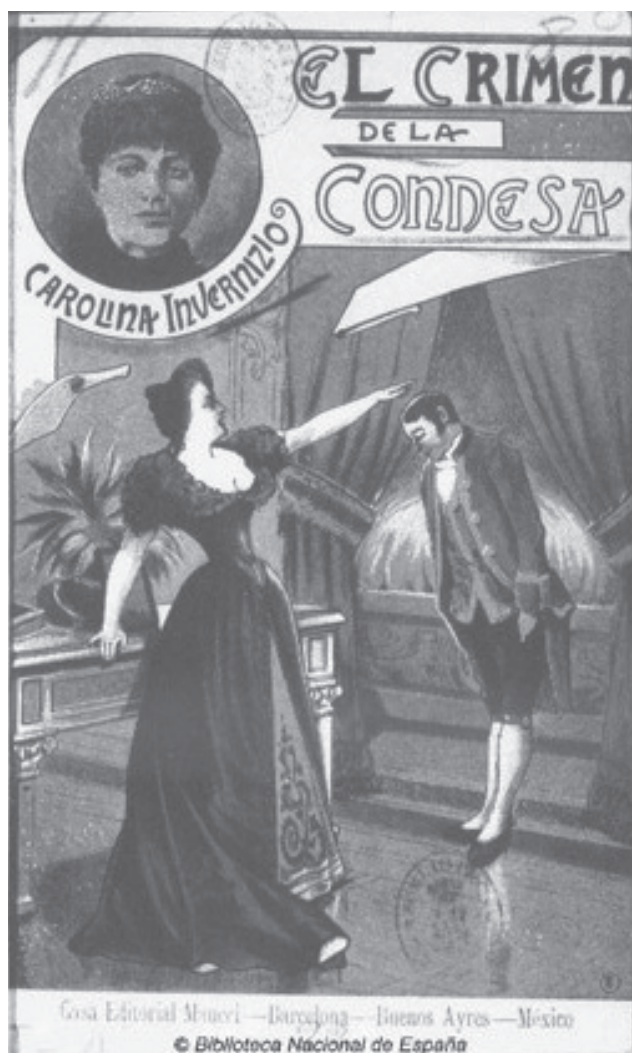
Invernizio, C. (1910), *Las envenenadoras*, Barcelona, Maucci.



Invernizio, C. (1911), *Las esclavas blancas*, Barcelona, Maucú.



Invernizio, C. (1912), *Los dramas del adulterio*, Barcelona, Maucci.



Invernizio, C. (1900), *El crimen de la condesa*, Barcelona, Maucci.



Invernizio, C. (1911), *Un crimen en automóvil*, Barcelona, Maucci.



Invernizio, C. (1902), *La maldita*, Barcelona, Maucci.



Invernizio C., (1902), *El genio del mal*, Barcelona, Maucci.

Encontramos también dos relatos traducidos al español publicados en 1903 en la revista *Pluma y lápiz*, un semanario literario barcelonés que se editó entre 1900 y 1906. Este semanario hispanoamericano de literatura y arte era una revista de carácter recreativo que estaba vinculada al Centro Editorial Artístico de Miquel Seguí aunque su fundador pudo ser José María Serra¹⁸. Pasa después a ser propiedad de la Casa Editorial Maucci. A través de sus páginas se divulgó la vida y obras de Carolina Invernizio, dando a conocer por ejemplo relatos inéditos en Italia que se le encargaron directamente a la autora.

En el número 152 de septiembre de 1903 el semanario publicó un interesante artículo en el que se daban datos biográficos y se describía la cotidianidad de la escritora. El artículo era en realidad la traducción del publicado en Italia en la *Gazzetta di Torino* en octubre de 1889 y firmado por el escritor Mario Leoni. En la segunda parte del artículo esta vez firmado por A.B. se añaden algunos datos curiosos a la vez que inciertos, como el hecho de que Carolina Invernizio fuera una hidalga española. Este origen español explicaría “*la imaginación ardiente y la exuberancia de sus ideas y afectos*”.

18 Su primer número aparece el 4 de noviembre de 1900 y el último el 24 de febrero de 1906. La publicación estaba vinculada al movimiento modernista. Sus textos eran cuentos, narraciones, poemas, semblanzas biográficas, secciones de pasatiempos e historietas y tiras cómicas. Su diseño era de tipo modernista incluso en la publicidad comercial.

INTIMIDADES LITERARIAS

CAROLINA INVERNIZO

El nombre de esta notable escritora es ya tan popular en España y en los países de lengua española, como puede serlo en Italia y en el resto del mundo pues á todas partes han llegado sus obras; pero no son pocos los que dudan que la autora de estas obras pueda ser una mujer y encuentran raro que quien describe de un modo tan preciso escenas de un crudo realismo, que quien demuestra conociendo las escenas de las más terribles pasiones humanas sea una dama, hija, esposa y madre ejemplares, que jamás la salud del estrecho círculo de su adorable familia.

Así es, no obstante; para satisfacer la legítima curiosidad de sus numerosos lectores, justamente con su último retrato publicamos algunos datos biográficos delida á la pluma del ilustre escritor piemontés Mario Lenzi, que dice así:

«Ella una mujer de talento, en jerga y en hermosa, triple autora de sermónes eruditos, que me permiten hoy citar un esdrújulo, fecho, por las cuales será fácil deducir la edad de la gentil escritora, á quien sus lectores deben tantas y tan agradables emociones.

«La señora Invernizio, hija del conde Fernando Invernizio, pianovista, fué educada en Florencia donde su padre residía y desamparada su niñez, y en Florencia se dio á conocer en el verano de 1877 publicando una novela en el folleto de un periódico, novela que, no obstante seguir la escuela francesa sensacionalista, usó el rigor de la fantasía, las gracias del estilo que se conservaba italiano, neutralizado, por decirlo así, con la sencillez de la forma las exuberancias de la fantasía que son propias de este género de trabajos.

«La novela de la leprosa que firmaba modestamente con su nombre de pila, obtuvo un gran éxito, y la aparición de esta novela de los escritores del otro lado de los Alpes en un ramo de la literatura tan poco cultivado en Italia, fué recibida con júbilo, pero se pensó, en su acierto, que manifestando los alcances del asunto, las sorpresas del enredo, la variedad de los tipos, habría salido mejor de chocarverías, obscenidades y licencias, comenzando las narraciones á un fin moral.

«Sin embargo, estas capituladas promesas no habían de realizarse hasta más tarde, porque á pesar del buen éxito de la primera tentativa, la simpática novelista, que no contaba entonces más de diecisiete años, tímida y modesta, prefirió á los fulgores de la gloria nacional, las delicias de la vida doméstica, que tan bien se avenían con su índole y sus costumbres.

«Una gran desventura, la muerte de su padre, principal apoyo de su familia, ocurrida en abril de 1881, obligó á Carolina Invernizio á sacar partido de sus estudios y de las especiales aptitudes de su talento para poder ser útil á los que amaba. Su ingenio ágil y elevado que debía obtener y obtener justo premio de aplauso si no de dinero, ya que desgraciadamente en Italia se pueden contar

por los dedos los editores y directores de periódicos que animan á los jóvenes escritores, á quienes no siempre bastan los platónicos elogios.

Pero la Invernizio, como algunos otros, no se desanimó, tuvo constancia, tuvo fe, especialmente en sí misma y, á pesar de los obstáculos que le creaba la oscuridad, que á menudo no es más que una de las formas de la incompetencia, escribió, luchó y venció, y después de algunos años sus novelas conquistaron todas las simpatías, y al interés que despertaron fué sucedido de tal modo,

que varios periódicos se disputaron su publicación, y el editor Salati, formó con ellas una colección de elegantes volúmenes.

El número de obras escritas por Carolina Invernizio, entre las cuales destacan *La Molineta*, *La hija de la Austria*, *Enzo*, *El beso de una madre*, es considerable y no obstante su actividad maravillosa, que la obliga á veces á una labor de diez horas diarias, á pesar de la producción incesante y cotidiana, sus lectores habrán notado, como yo lo he hecho, que muy raras veces la autora se repite en las epígrafos de sus tipos, que rara vez se notan en sus obras esos momentos de casualidad que se revelan con digresiones y digresiones superfluas.

Se comprende que la trama de cada nueva novela debe de surgir de pronto en su imaginación con toda su complejidad, y así se explica que las novelas sucesivas se desarrollen con ligeros deducidos, y que el hilo de las sucesivas como madeja que se va devanando poco á poco y sin esfuerzo en la hábil mano que va formando el ovillo.

Carolina Invernizio vive una vida recogidísima, de modo, que son muy pocos los que la conocen personalmente. Esto ha dado en ocasiones lugar á serios errores y para ella, como para otros, ha resultado una terrible pena el teatro, vio en los lindes de una vecina casa brillar las ligeros minutas leña la *Comedia Mirada*, que por entonces se publicaba en el folleto de la *Gazeta di Torino*. Fue aquella, seguramente, una de las más grandes emociones que experimentara en su afanosa carrera. La lectora incongrua no sabrá nunca cuántas amarguras la hicieron olvidar á la autora que se hallaba á su lado, aquellas bellas lágrimas terribles.

Razonos de espacio me vedan extenderme más en estos datos, pero he aceptado como un honor el agradable encargo de presentar esta novela á sus lectores, y lo he hecho saliendo que, al dedicar á la gentil escritora los merecidos elogios que yo tenía en mi pensamiento, no contribuiré á despertar en ella la menor sombra de vanidad, como los éxitos obtenidos no han logrado hacerla salir de su modesto retiro.

Carolina Invernizio continuará siendo para el público la artista genial, de rica fantasía, toda pasión, toda corazón, pero seguirá siendo para su familia y para los amigos que tienen la fortuna de rodearla, la mujer afable y amable en la que todos admi-



CAROLINA INVERNIZO

ran la grulla de la palanca y la solidez de los sentimientos.

María Leon

Añadirémos á estos, algunos otros detalles de su vida íntima que revelarán á la notable escritora bajo otro aspecto.

La familia Iversario es oriunda de España, á lo cual se ve la popular novela de la imaginación ardiente, la exuberancia de ideas y afectos y su eslogano por todo lo que es bello, generoso y grande.

En 1896 contrajo matrimonio Carolina Iversario con un distinguido oficial del ejército italiano, Marcelo Quintero; fué su matrimonio de amor el que uno y otro conyuge aportaban una posición que sólo debían á sus propios esfuerzos y talentos.

De esta feliz enlace, cuyo lema de miel dura más, nació una hija, Marcela, que creció en la sencillez de los aires y en una crianza inteligente, bella y bondadosa; la obra maestra de Carolina Iversario, como ella misma la llama.

Y para ella es para quien trabaja continuamente la dulce escritura, á fin de asegurarse su porvenir.

Carolina Iversario, desde hace dos años, ha fijado su residencia en Giverno, el pueblo natal de su esposo, un pequeño pueblecito de la provincia de Como, donde vive en una bonita quinta de su propiedad en medio de verdes campiñas, entre ríos y fertilis colinas, pequeño paraíso en el que las horas pasan rápidas, en medio de una tranquilidad y una paz absolutas.

En así como empieza el día Carolina Iversario. Se levanta á las seis, toma una taza de leche fresca y comienza su trabajo que dura hasta las diez, mientras por la ventana abierta del estudio penetran los

perfumes deliciosos del jardín y llegan acariciados á sus oídos las alegres risas de su hija y la voz varonil de su esposo que en el huerto inmediato cogen frutos y frutas para adornar la mesa.

Al mediodía come, una comida frugal, que está compuesta comunmente de sopa, un plato de carne y hortalizas.

Después de la comida da un corto paseo por el jardín, dedica una hora á la música, con su hija, é inmediatamente después reanuda el trabajo hasta las seis.

A la puesta del sol suele dar otro paseo á través de los campos con su esposo y su hija, hasta que anochece; á las ocho cena, dedica después otro rato á la música y á las diez se retira á descansar.

Una vez á la semana recibe á sus amigos, se hace música, se baila y la reunión se disuelve después de media noche.

En la estación invernal, la Iversario, con su hija y su esposo,—el cual cumplió los veinticinco años de servicio militar durante los que ganó diversas recompensas honoríficas y el grado de capitán, se ha retirado para dedicarse por entero á su familia—pasa dos meses en Florencia al lado de su madre y de sus hermanas.

Carolina Iversario, al contrario de casi todas las escritoras y artistas, no toma nunca café, ni licor, ni excitantes; no le agrada la sociedad trivial y ruidosa, y huye de todo reclamo.

La vida tranquila y metódica, la alimentación moderada, su desconocimiento de lo que son orgullo y odio, su bondad inagotable, mantienen en ella la energía del espíritu, la actividad del cuerpo, la serenidad y frescura del rostro y la paz del alma.

A. B.

MANUAL DEL PERFECTO GUARDA URBANO, por SÁNCHEZ GÓMEZ Y GUTIÉRREZ

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR V. TER.



1.—No deberá permitir que se fume en el interior de los tranvías, salvo que fueran abiertos, camiónes después de depurar y vapores blancos y vacíos.



2.—Enseñará los mejores modelos para convencer á los obreros que no deben profanar frascos oficiales para los burgueses ni para las instituciones.

Por lo que respecta a los dos relatos publicados en este semanario, también salieron a la luz en 1903, pero en números diferentes.

Venganza española, es un relato protagonizado por el riquísimo conde italiano Erardo de Parga, quien en un viaje a Toledo seduce a la adolescente huérfana Carmen. Con ella vive hasta que la abandona y regresa a Italia. Tres años después el conde prepara su boda con la hija del barón Rolandi y se rencuentra trágica e inesperadamente con la joven seducida ahora convertida en mendiga.

El desquite es un relato corto en el que la autora demuestra su vis cómica cuyo argumento gira en torno a cuatro personajes: una madre arribista, una hija rebelde, un enamorado previsor y una criada mensajera.

VENGANZA ESPAÑOLA

En donde Erardo de Parga, un italiano joven, riquísimo, aficionado á viajes y á aventuras, se encontraba de paso en Toledo.

España le gustaba extraordinariamente; le era simpático ese pueblo altivo y soñador; le agradaban sus hermosas mujeres apasionadas y desdichadas á la vez, que no se conquistaban con oro, sino con amor.

Comenzaba la noche. El joven había entrado en la catedral inmensa en la oscuridad; las elevadas naves se prolongaban



conclusamente delante de él, alumbradas por las solitarias lámparas que ardían ante las reliquias de un santo, y cuya débil luz no bastaba á disipar las tinieblas que todo lo envolvían. Tan sólo una capilla searcaba iluminada con profusión de cirios. Era la capilla de la imagen milagrosa de Nuestra Señora del Sagrario.

El joven se dirigió hacia aquella parte del templo; el ruido de sus pasos, rompió el silencio solemne.

Apenas entró en la capilla, vio arrodillada ante la Virgen á una joven del pueblo, de unos diecisiete años, y de esa belleza generalmente española, que impresiona á primera vista, y que nunca llega á olvidarse.

La niña se hallaba absorta en fervorosa plegaria y no se dio cuenta de la presencia del joven. En sus ojos oscuros, lígidos, húmedos, se notaba la expresión de un dolor ignorado; los labios rojos de un linda boca, de vez en cuando temblaban convulsos.

Una emoción violenta é irrelevante se apoderó del joven: hubiera deseado averiguar quién era

aquella niña y por quién rezaba. Al hacer un movimiento, sus ojos se encontraron con los de la muchacha, que enrojeciendo, inclinó la cabeza al suelo y con un ademán gracioso, ocultó al rostro entre las manos.

Erardo la siguió al salir de la catedral, y al volver la esquina de un callejón oscuro y desierto, de improviso la joven se detuvo para dirigir la palabra al que la seguía.

—¿Eres usted extranjero, señor?

—Soy italiano.

—Los italianos son hombres de buen corazón. He ido á rezar á la Virgen, para que me cuide quién me socorra. Mi madre está moribunda y carente de todo...

La franqueza, la ingenuidad de aquellas frases conmovieron á Erardo...

—Puede usted disponer de mí para todo,—exclamó.

—Gracias, caballero, aunque porque se trata de un extranjero. Venga usted conmigo.

Erardo recordó más tarde, como un sueño, que había seguido á la niña por callejuelas tortuosas y empinadas, que le eran por completo desconocidas, hasta una casita pobre para limpiarla, encerrada en lugar oscuro y silencioso.

Cogido de la mano, la joven le guió por un corredor oscuro, y empujando una puerta, le introdujo en una habitación húmeda, débilmente alumbrada por un candel que llama vacilante, daba aspecto más siniestro á una forma humana tendida é inmóvil sobre un viejo jergón.

La niña se arrodilló y repleó con voz tierna y congojada:

—(Madre, madre mía!

No obtuve respuesta.

Se inclinó para besar á su madre, y lanzó un grito de desesperación y de terror...



—¡Muerto!... ¡Mi pobre madre ha muerto!... ¡Yo también quiero morir!... ¡qué haré sola en el mundo!

Nunca pudo recordar Erardo qué palabras hallaría en aquella ocasión para lograr consolarla... si

por qué la linda niña se había arrojado á sus brazos exclamando:

—No me abandona, no me dejes sola! Cuando mi madre reciba sepultura, sévenme usted, sévenme á su lado para siempre, para siempre!



—Carmen!

—Escudo mío!

—Háblame, háblame de ti, de la niña, dime qué eres.

—Ya lo ves: una pobre muchacha que te adora.

—¿Quién fue tu padre?

—No lo sé.

—¿Y tu madre?

—Una desgraciada; pero una

mujer de bien, como su hija. No me recuerdes al padre; vivo donde él día en que te conocí y no sé si dices más que te amor...

—(Tipo será siempre)

Ocurrió este diálogo algunos días después, en una habitación elegante á donde el conde de Parga había conducido á aquella joven desconocida, que se veía sola en el mundo.

La pobre muchacha se había comovido de repente, se había abandonado confiada del todo, y sin esperar nada de él, en la certidumbre de ser amada. ¡Qué hermosa era y qué encanto la daban sus ojos llenos de pasión, de alegría, de simplicidad!

Durante quince días, el conde Erardo fue feliz! Pero después, el rostro de Carmen no le pareció tan hermoso como antes; las expresiones de amor de la muchacha empezaban á cansarle, el misterio de que se rodeaba le resultó pesado y pesaba en el modo de librarse de su compañía.

Una noche le dijo:

—He recibido una carta, llamándose á ti, y meocho sanarame...

Había pronunciado estas palabras con gran rapidez, temiendo el efecto que á la niña debía producirle.

Carmen no sospechó la verdad y permaneció tranquila y sonriente.

—¡Oh, qué placer!—exclamó.—¿Qué alegría, salir de España, y conocer tu hermoso país...

Con una franqueza brutal, Erardo la interrumpió diciendo:

—No puedes venir conmigo.

Los ojos de Carmen se miraron tranquilos, se estremaron de pánico y sus labios se palidieron.

Miró á su amante, creyendo no haber comprendido bien.

—¿Qué has dicho? ¿Que no puedes llevarme contigo? ¿Por qué?

Erardo no tardó en inventar una mentira.

—Porque—contestó—tengo que prevenir á mis padres... antes de presentarte á ellos. Apenas les hable del amor que siento por ti, y sepan los lazos que á ti me unen, obteniendo su consentimiento, nos reuniremos... suavemente.

Carmen le miraba flemente.

—(Mientes! Si te vas, no te volveré á ver.

—¿Qué levara! ¿Se puede abandonar á una muchacha como tú, á una mujer á quien se adora?

Y estréchndola contra su pecho, entre besos y caricias trató de convencerla, con las más solomnes promesas y los más ardientes juramentos, asegurándole por último, que no tenía que preocuparse de su existencia material mientras durase la separación.

—¡Acáhenos!—exclamó Carmen de impetiva, apartándose de él, fría y rígida como una muerte.

—Tus palabras me hacen dolo. ¿Qué me importa la existencia sin ti? Si te vas no podré vivir... ¡No te vayas por Dios, ó sévenme contigo!

La pobre muchacha estaba comovida, pero simultáneamente cambió de actitud ó largándose con fieras actitudes.

—Una día me preguntaste qué fue mi padre. Para te lo diré: uno de esos hombres que no consiguen la menor obsequio infundida á su honra. Por defenderla llegó hasta el crimen, y acabó sus días en la cárcel dejando á mi madre y á mí en la mayor miseria. (No olvidas que soy su hija! Te he amado, te he seguido, y te he dado mi cuerpo y mi alma; pero si me hieres en el corazón, tienes pena de la vida.

Erardo quiso tener estas palabras á brema, aunque la durezza de la expresión con que fueron pronunciadas no dejó de impresionarlo.



—¿Tendrás valor para matarme?

—¡Por qué no! Tengo sangre española, y si dejas de amarme...

—¡Pero, si te amo y te amaré siempre!—repuso Erardo besándole con pasión en la boca.

DESQUITE

HABIA fijado su residencia en Italia un español que se decía riquísimo. Como es natural, fue pronto presentado a todas las familias de la sociedad elegante, llegando a ser el blanco de cuantos madres tenían hijos casaderas.

La condesa Mariotto figuraba entre aquellas, y aunque su hija Ninetta, enamorada de un pobre artista, no quería contrar relaciones con el talah español, tanto pudo la madre, que al fin consiguió desposarla.

Don Pedro Sandoval, parecía el más dichoso de los hombres, y manifestaba su pasión por la hermosa Ninetta, regalándole continuamente preciosas joyas con las que pretendía ganar el corazón de la joven prometida que se mostraba tanto más abatida y pusilán cuanto más se acercaba el día de su boda.

Una noche, don Pedro la hizo el presente de un espléndido collar de esmeraldas. Ninetta, después de haberlo atentamente examinado, preguntó sonriendo a su prometido:

—¿Cuánto valdrá?

—Para mí, no valen nada,—respondió el español con humorística arrogancia.—En mi país empiezan las calles con esmeraldas. Sólo en Italia he visto que sean apreciadas por las mujeres.

Al día siguiente, el talah, como de costumbre, fue a casa de Ninetta, pero Ninetta no estaba.

Preguntó por ella y la condesa le contestó:

—Ha salido hace rato a hacer unas compras con la doncella y no me explicó su tardanza.

La doncella volvió, pero sola, y entregó al español una carta que éste leyó en alta voz. Decía así:

«Señor:

«Para usted las piedras preciosas no valen nada; para mí son una fortuna que me permite ir muy lejos de Italia con el hombre a quien amo y al que he consagrado toda mi vida.

«Por lo demás, el perjuicio que me ocasiona es insignificante, y su cambio no queda el consuelo de haber contribuido a levantar con piedras, para usted inútiles, el edificio de mi futura felicidad.

«NINETTA.»

La condesa lanzó un grito de desesperación y el español una risa carajada.

—¡Tendré valor para reír!—exclamó la madre enfurecida.—¡Tomalo a risa la fuga de mi hija que se ha abandonado y que estará deshonrada para siempre!

—¡Tranquilízese usted, señora!—respondió el español con la mayor indiferencia.—Por mi parte no iré a desoñarla ni a pedir su captura. El viaje de los fugitivos no puede ser largo y el edificio levantado en la imaginación de su hija, vendrá pronto a tierra, dando al traste con un encuentro de ventura. ¡Todas aquellas piedras... eran falsas! Ahí usted tiene por qué me río. ¡Estoy desquizado!

CAROLINA INVERNIZIO.

LOS DOS SORDOS, por Otero



1.º Diga, buen hombre, ¿es aquella la Casa Apuntamentada?



2.º Los dos de un Grupo:—¿Eh?

Conclusiones.

Carolina Invernizio se habría sentido orgullosa de que cien años después de su muerte la crítica (entre ellos reconocidos intelectuales como Umberto Eco y Edoardo Sanguineti) haya intentado rehabilitar su memoria literaria y sobre todo haya dado a conocer a las nuevas generaciones la importancia que tuvo en su época.

Sin duda la autora piamontesa era consciente de lo que escribía, de cómo escribía y para quién escribía pero que siempre estuvo relegada a un gueto de subcultura. No trataba más que de entretener a un vasto público de lectores y de lectoras con una prosa tremendamente eficaz. A pesar de estar en la arqueología de la literatura merece la pena descubrir a una autora infravalorada, cuya obra, en ningún caso, es inferior a ciertas novelas que hoy día cosechan grandes éxitos de ventas.

Como conclusión a este trabajo retomamos la opinión que hace Claudia Salvatori de su eterna obra:

Con la sua doppia personalità di casalinga di Voghera e autore che indaga il Male facendolo passare attraverso di sé, e cerca una conciliazione fra la conoscenza proibita e il desiderio del Bene: che è poi il mistero di ogni autentico scrittore. Godere della crudeltà, confessarlo fra le righe, mascherarsi e smascherarsi con l'abilità del consumato commediante, giocare con i peggiori istinti chiamando il pubblico a suo complice, e tramutando il veleno in armonia proporre una soluzione positiva. Perfidia, odio, ferocia, malizia, ma anche soavità, equilibrio, razionalità, sapienza. (Salvatori 2007:202)

Apéndice bibliográfico

- Contorbia F., *Il sofista subalpino. Tra le carte di Gozzano*, Cuneo, L'arciere, 1980.
- Crovi L., *Tutti i colori del giallo*, Venezia, Marsilio, 2002.
- Davico Bonino G, Ioli G, (edit.), *Carolina Invernizio*, Torino, Forma, 1983.
- Eco, U., Federzoni M, Pezzini I., Pozzato M.P., *Carolina Invernizio, Matilde Serao, Liala*, Firenze, La Nuova Italia, 1979.
- Gioanola E., *La superdonna dimessa*, en Davico Bonino G, Ioli G, (edit.), *Carolina Invernizio*, Torino, Forma, 1983
- Gramsci A., *Letteratura e vita nazionale*, Cagliari, Zedda Editore, 2008.
- Invernizio C., *Romanzi del peccato, della perdizione e del delitto*, Milano, Accademia, 1971.
- Invernizio C., *I misteri delle soffitte*, Firenze, Associazione Culturale Il Foglio, 2007.
- Levi A. *Si pecca ad ogni pagina. Le due vite di Carolina Invernizio*, Pisa, Bibliografia e informazione, 2013.
- Malato E., *Letteratura e cultura di fine secolo e del primo Novecento en Storia della letteratura italiana, vol. III, Tra L'Otto e Il Novecento*, Roma, Salerno Editrice, 1999.
- Moretti M., *In verso e in prosa*, Milano, Mondadori, 1916.
- Nozzoli A., *La Invernizio e il giallo al femminile* en Davico Bonino G., Ioli G., *Carolina Invernizio*, Torino, Forma, 1983.
- Pistelli M., *Un secolo in giallo*, Roma, Donzelli Editore, 2006.
- Ponchione O., Saracco A., *Il gusto del proibito? Atti del convegno Govone*, Torino, Daniela Piazza Editore, 2011.
- Reim R., (edi.), *Candide nefandezze e timorate perversioni*, en Invernizio C., *Nero per signora*, Roma, Editori Riuniti, 2006.
- Reim R., (edi.), *I tre colori di Carolina*, en Invernizio C., *Storie*

- gialle rosa e nere*, Genova, De Ferrari, 2007.
- Roccella E., *Italiane*, vol. I, Dipartimento per l'informazione e l'editoria della Presidenza del Consiglio dei Ministri, Roma, 2003.
- Romano M., *L'onesta gallina che covava delitti*, 'La Stampa', 4/3/11.
- Romano Y., *Emanuele Maucchi, andanzas de un librero y editor por el mundo*, en Ladrón de Guevara P.L., Hernández González B., Zografidou Z., (ed.), *Las huellas del pasado en la cultura italiana contemporánea: Le tracce del passato nella cultura italiana contemporanea*, Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones, 2013, p.521-527.
- Romano Y., *La prehistoria de la novela policial italiana en España: el folletín y la novela por entregas*, en Depretis G. (ed.), *Rifrazioni letterarie nelle culture romanze*, Università degli Studi di Torino, Trauben, Torino, 2012, p. 205-217.
- Salvatori C., *Postfazione*, en Invernizio C., *Storie gialle rosa e nere*, Genova, De Ferrari, 2007, p.202.
- Sanguineti E., *L'eccezione e la regola* en Invernizio C., *Nero per signora*, Roma, Editori Riuniti, 2006.
- Sasson D., *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Spinazzola V., *L'immaginazione divertente. Il giallo, il rosa, il porno, il fumetto*, Milán, Rizzoli, 1995.
- Tettoni F., *Carolina* Invernizio, 'La Gazzetta di Parma', 2-11-1966.
- Villani C., *Stelle femminili*, Napoli, Società Editrice Dante Alighieri, 1915.

Diez relatos muy negros.

Notas a la traducción.

Como hemos mencionado anteriormente la obra de Carolina Invernizio fue inmensa dado que escribía y publicaba sin descanso, a un ritmo infernal. Se le acumulaban los delitos y los muertos eran incontables.

Entre esta extensa producción literaria se encuentran novelas, ensayos, relatos cortos, e incluso obras para niños.

Además de la numerosa obra narrativa la escritora participaba con regularidad en periódicos y revistas con relatos de todo tipo.

Los textos que presentamos en esta edición pertenecen a la recopilación de relatos que se han publicado en Italia en dos volúmenes diferentes ambos editados por Riccardo Reim.

En 2006, el investigador edita una primera recopilación de once relatos cortos que titula *Nero per signora* y en este caso elige los que considera más negros:

Abbiamo privilegiato, qui, i racconti di genere 'nero' e quelli a intreccio macabro-drammatico: a immergersi nella letteratura di storie come Minuzzola, La vendetta di un marito o Memorie di un bechino, il lettore di oggi potrà divertirsi, stupirsi o anche irritarsi, ma certamente non si annoierà, perché, per citare ancora Eco, 'l'entusiasmo e l'agilità immaginativa di questa conigliasca creatrice di mondi' (come la definì Bruno Cassinelli) non cesserà mai di stupirci. (Reim 2006: XXXIX)

Reim nos proporciona también la procedencia y la fecha de publicación de las primeras ediciones de estos relatos: *Le due madri* (1885), *Memorie di un bechino* (1891), *La ruota della fortuna*, *Il segreto di una notte* y *La maestra di pianoforte* (pertenecen a la obra *Fior di pensiero*, 1897), *Dramma moderno*, *Razza maledetta*, *La vendetta di un marito* (pertenecen a *Nella rete*, 1900), *Vendetta di un operaio*, *Minuzzola*, *Punizione* (pertenecen a *Vendetta di un operaio*, 1900).

El volumen además cuenta con un interesante prólogo escrito por el poeta neovanguardista Edoardo Sanguineti, quien hace interpretación de la obra de esta interesante autora desde una óptica actual.

En 2007 Reim publica el volumen, *Storie gialle, rosa e nere*, donde recoge trece relatos con tintes rosas y negros de la autora: *La confessione d'un suicida*, *Il crocifisso della madre*, *Un dramma del passato*, *Il delitto di una madre*, *Piccole martiri*, *Il vero amore* (pertenecen a *Il delitto di una madre*, 1898), *Mendicante!* (publicado en la 'Gazzetta di Torino', 1887), *Eroismo di madre*, *L'agonia di un eroe* (como anexo a *La fidanzata del bersagliere*, 1916), *Un episodio del brigantaggio* (en *Le due madri*, 1885), *Martiri ignorate* (en *Fior di pensiero*, 1897), *Cuor di moglie* y *Vergine abissinia* (en *Vendetta di un operaio* 1900). Como el propio autor explica es difícil establecer una fecha exacta de publicación de cada relato por el ritmo incesante de la autora. Sí nos aporta en cambio el dato de la obra a la que pertenece o el periódico en el que se publicó.

Memorias de un enterrador.

Nací y crecí en un cementerio, un bonito prado entre cuatro muros sobre los que trepaban enormes rosales salvajes, donde la mejor señal de un cuerpo sepultado era la cruz y el mejor ornamento, los arbustos blancos y lilas.

Desde pequeño estaba familiarizado con los muertos, la visión de un cadáver no me provocaba ningún rechazo; a menudo, mientras mi padre abría una fosa, sacando a la luz cráneos y huesos, yo merendaba tranquilamente sentado encima de la montaña de arena que había levantado. Y a mi alrededor una avispada cabritilla comía hierba, pajarillos susurraban y sobre mi rostro pasaban soplos de aire que aumentaban mi apetito.

Mi padre era un hombre de carácter más bien taciturno, contemplativo: no lo vi nunca reír y ni siquiera llorar. Haber vivido siempre en ese ambiente, siendo también hijo de un enterrador, haber visto brotar tantas lágrimas, había hecho que se secara la fuente de las suyas y se helara la sonrisa de sus labios.

A pesar de no tener ninguna preparación tenía un alma proclive a las reflexiones filosóficas.

- Todas las cosas tienen un final – me decía a veces, mientras hacía una pausa en su trabajo, apoyándose en la pala y perdiendo su mirada en el vacío.

– El tiempo, hijo mío, destruye al hombre como las memorias, las esperanzas: hoy se festeja, se corona a un rey; mañana se canta el De Profundis sobre los restos del soberano fallecido. El tiempo corre: yo he sido joven alegre como tú, he tenido mis sueños de juventud, los deseos de la edad viril, he amado y he llorado; ahora viejo y cansado no deseo más que el descanso de la muerte. Con esta pala yo cavé la tumba de mi padre: esta te servirá cuando yo cierre los ojos en el último sueño. La muerte no respeta a nadie: quien hoy presume de poder, hace temblar a miles de hombres con un solo gesto, mañana será pasto, diversión para los gusanos. Hijo mío, son lecciones de Providencia sobre las que conviene meditar.

Por entonces, yo era aún muy joven y despierto para que las palabras de mi padre pudiesen tener alguna influencia en mi ánimo; pero a medida que pasaban los años mi pensamiento iba cambiando, y un curioso fenómeno sucedía en mi mente. Me volví supersticioso, pensaba en la vida y en la muerte de las criaturas, en la eternidad. Era un misticismo incierto y confuso que conducía y disponía a mi espíritu hacia creencias temerosas de cosas sobrenaturales.

Un noche de luna, caminaba a paso lento por el cementerio: a mi alrededor había como un palpito de vida; de la tierra húmeda aún por el huracán del día anterior salía un zumbido similar al que se oye cuando los gusanos de seda comen hojas frescas; los olores acres de podredumbre me subían a la cabeza, me embriagaban.

Mil pensamientos de pequeñas cosas y de miseria, de cosas grandes y sublimes, ocupaban mi mente, la agitaban.

- ¿La muerte es el fin de todo o el principio de otra existencia? – pensaba yo.

- ¿Si un corazón ya non late, conserva aún su vitalidad? ¿Con la materia se disuelven también las pasiones que atormentan al hombre, sobreviven con el espíritu, eternamente?

Todo me parecía vago, indeciso, oscuro. Fue en aquel momento cuando, levantando los ojos, vi una figura femenina que me hizo retroceder.

Sin embargo no era un fantasma lo que tenía delante, sino una jovencita viva, bella como una pintura, iluminada por la luna.

- ¿Qué haces aquí, Cinotta? – pregunté con voz trémula.

- Vengo a despedirme una vez más de mi madre, porque he encontrado trabajo en Turín y mañana parto.

Un escalofrío me heló la sangre: agarré una mano de Cinotta y bruscamente sin vacilar:

- No te marches, no te marches – repetí.

Ella me miró asustada, después sonrió, soltó su mano de la mía.

- Es necesario – respondió seria y reflexiva.

- ¿Qué podría hacer aquí? Todos los míos han muerto. El último trozo de tierra la he vendido para pagar al médico y al boticario y poder enterrar dignamente a mi madre.

¡Dios Santo! Mientras la escuchaba, mi corazón latía fuertemen-

te. Me habría gustado abrazar a Cucinotta, decirle que no tenía necesidad de trabajar, que no le faltaría el pan, porque me tenía a mí, yo que desde hacía tiempo la amaba dulce, santa e inmensamente.

Y permanecía inmóvil, silencioso. Algunas lechuzas sobrevolaron nuestras cabezas silbando.

Cinetta tuvo miedo.

- Adiós Pietro. Me marcho.

- No, espera. Escucha. No te vayas, no me dejes. No sabes cuánto te amo. Tú eres mi alegría, mi fe. Te he dado toda mi juventud, mi corazón. Mírame, responde. ¿Quieres ser mi esposa?

Se retiró rápidamente, cerró los ojos y con tono de repulsión y horror:

- ¿Esposa de un enterrador? – exclamó.

- Jamás. Tú eres bueno Pietro, pero yo no podría amarte. Adiós.

Se alejó corriendo, mientras yo me dejaba caer en la hierba, ocultando mi rostro, reprimiendo los gritos de mi alma herida. La cabeza me pesaba, desmoronada. El corazón se me desagarraba bajo una gélida presión.

¡Qué desgraciado me sentía, solo! ¿Era por tanto tan infame mi oficio para que una mujer rechazara poner su mano en la mía?

Y pensaba en mi madre, la veía consumida, seca, con los ojos lúcidos, febriles, mostrar un vago terror cada vez que mi padre se le acercaba, si bien se esforzase en no demostrárselo. Y recordé haberla sorprendido una vez mientras tiraba a la basura un plato de sopa sobrante que mi padre había dejado.

Entonces, aquella acción, me pareció indiferente, pero en ese momento en el que mis nervios refinados me hicieron comprender todo su alcance, sentí una horrible impresión.

Sufrió mucho aquella noche, una de esas angustias que consumen la vida y te hacen envejecer en pocas horas. Sin embargo no desahugué mi odio contra aquella mujer que me había humillado, me había hecho sufrir: esperaba que el tiempo se vengara.

Para mí comenzó el principio de una nueva existencia: no más afectos humanos. Todo mi amor lo concentré en mis pobres muertos, que no se avergonzaban de mí.

Cuando me tocaba enterrar a alguna pobre jovencita de la edad

de Cinotta, la mimaba como a una novia, la cuidaba, sentía pena, el corazón se me desgarraba cuando la tierra golpeaba sobre el ataúd que contenía su cuerpo. Sentía celos si otros venían a traerle flores o a visitarla.

Y cuando, cansado por el trabajo, me acostaba entre las tumbas, oía en torno a mí voces indefinidas y misteriosas que resonaban en mi corazón, hacían vibrar mis nervios, producían en mí un placer penetrante y doloroso.

En el pueblo me tomaban por tonto: nadie se preocupaba por mí a no ser que hubiera algún muerto que enterrar. Me trataban con expresiones desagradables, sin sospechar que cada una de ellas caía sobre mí como una gota de agua hirviendo sobre mi alma de hombre, abriendo una herida profunda.

Pasó mucho tiempo sin casi darme cuenta. Una noche del invierno pasado, calentaba mis manos heladas en la lumbre de la chimenea, lamentando no poder compartir ese fuego con mis pobres muertos que debían tener mucho frío bajo tierra, cuando un lamento prolongado mi sacudió, me perturbó el corazón. ¿Era quizás la voz de un alma en pena que me pedía que rezara por ella? Me quité el rosario de inmediato, hice pasar las cuentas entre los dedos; pero mi pensamiento no seguía la acción.

El niño estaba más tapado y al ver la llama, una sonrisa abrió sus blancos labios, una sonrisa tan alegre que se clavó en mi alma. Lo acaricié, no me rechazó y fijando sus dos grandes ojos turquesas en mi rostro, me dijo tímidamente:

- ¿Eres tú mi papá? Dame pan.

Ante aquella pregunta sentí una extraña sensación.

- No soy tu padre, - respondí – pero aquí tienes pan, come.

Le corté una gran rebanada, que se puso a devorar ávidamente, mientras yo intentaba reanimar a su madre, acostada en mi cama de paja. Le puse paños calientes en el estómago, un ladrillo calentado en los pies, le hice friegas en las sienes y las muñecas. Antes de abrir los ojos murmuró:

- ¿Quién viene a ayudarme?

¡Aquella voz! ¡Cómo la escuché! ¡Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo! Sí, era la misma que un día me había dicho aquellas palabras tan duras, brutales y en este momento sonaba dulce, humil-

de, suplicante. Sí, aquella mujer no era otra que Cinotta, vieja, fea, maloliente. Sentí vibrar en el fondo de mi corazón un sentimiento de cólera, de rechazo.

¿A qué venía ahora esta mujer a turbar mi tranquilidad, la calma de mi vida conquistada a tan caro precio? ¿Qué esperaba? Joven y bella se había avergonzado de mí, había llevado lejos sus sonrisas, besos y ternuras y ahora regresaba con los restos de sus torpes amores, trayendo un cuerpo débil, consumido, agotado.

La interrogaba con una mirada de reproche, casi de amenaza. Cinotta abrió los ojos, me miró, me reconoció y su rostro pareció aclararse como por encanto.

- ¿Es usted, Pietro? Dios es aún bueno conmigo pues me permite volver a verle una última vez, pedirle perdón, rogarle que me entierre junto a mi madre. Sea indulgente, he sufrido mucho y soy muy infeliz.

No proferí palabra, intentaba mantener una expresión hosca, con el fin de que no creyera que me había conmovido. Ella continuaba:

- ¿Querrá echarme de aquí, Pietro? ¿No cree en mis padecimientos? ¿No quiere usted olvidar? Si yo no lo merezco, hágalo por esa pobre criatura que lleva vuestro nombre, a la que he enseñado el amor y el respeto por usted, que es su padre. Porque dentro de poco yo moriré y querría que mi hijo se convirtiera en suyo, le enseñara su oficio para tenerlo siempre a su lado.

Su voz me llegaba como en un sueño. Me parecía ver en su rostro un reflejo de juventud, en sus miradas ese resplandor dulce y franco de sus días felices.

Grandes lágrimas recorrieron mi rostro y cayeron en la frente de la pobre desgraciada, quien comprendió el significado y me extendió sus manos:

- Gracias, Pietro – murmuró – usted me perdona, lo siento, y yo puedo ahora morir feliz.

Llamó a su hijo, que vino a refugiarse entre mis brazos, apoyó su cabecita rubia en mi hombro.

No pude resistirme; toda la ternura que se hallaba sepultada en el fondo de mi alma adormecida se despertó; una dulzura singular me invadió. Tomé entre mis manos callosas aquella cabecita y mi-

rándolo a los ojos, le pregunté:

- ¿Entonces, ya no te doy miedo?

- No, te quiero tanto como a mamá.

Me había conquistado. En mi vida había vivido una hora igual a aquella. Reía y lloraba al mismo tiempo y besando la cara de aquella criatura me parecía besar a su madre de joven.

Cinotta ha muerto sin sufrimiento, sonriendo. Yo mismo preparé el foso, la cubrí de una avalancha de flores, con el corazón lleno de una vaga tristeza, que no llegaba a las lágrimas.

Pietruccio se ha convertido en mi hijo. Él llena el cementerio con sus gritos de alegría, sus pasos ligeros, ilumina con sus ojos azules mi humilde habitación. Conoce todas las tumbas, y cuando lo veo inclinado sobre la de su madre, parece que la muerte lo mire y sonría.

Ya no tengo tristezas, ya no pienso en la vida futura, en la eternidad. Si mis cabellos comienzan a ponerse blancos, si la pala pesa demasiado entre mis manos, mi corazón en cambio, ha rejuvenecido, canta alegres canciones de primavera y de amor. Pietruccio ha cumplido el milagro. Él es mi sol, mi alma, mi vida. Y cuando cierre los ojos en el último sueño será él, solo él quien me entierre junto a su madre.

Un drama del pasado.

I

El invierno en Turín es casi siempre crudo, pero el del año 1845 sobrepasó todas las previsiones. Ese año fueron muchas las víctimas que se contaron por el frío. En una noche de ese invierno, una mujer aún joven, que ejercía con mucho lucro la profesión de comadrona, regresaba en un coche cerrado a su casa, situada en la calle Vanchiglia.

Al bajar, notó, cerca de la puerta, un cuerpo humano tendido inmóvil en el suelo. Cualquiera otra mujer se habría asustado, pero la comadrona era valiente, y se inclinó sobre el cuerpo, a la luz de los faros, quien tras habérselo rogado, el cochero le acercó. Se dio cuenta de que se trataba de un hombre de apariencia distinguida, que seguramente habría caído allí por algún improvisado malestar o por el frío.

-Deja que abra la puerta – dijo la comadrona al cochero – después me ayudarás a transportar a este hombre a mi casa.

- ¿Y si está muerto?

- No lo está, le he puesto la mano sobre la boca y he sentido un leve resoplido.

- ¿No sería mejor subirlo al coche y llevarlo al hospital?

- ¿Y si no hubiese camas? ¿Si no lo aceptasen? – exclamó la comadrona.

- No..., no... tendría remordimientos, además yo tengo habitaciones libres y podré ocuparme de él; vamos, ayúdame, te doblaré la propina.

El cochero, aunque pensaba que la preocupación de la comadrona seguramente tenía que ver con la intención de obtener alguna ganancia, viendo a aquel hombre vestido como un señor, con una gruesa cadena de oro que le colgaba del chaleco, se aprestó a ayudarla.

Él había cogido al individuo por los brazos, la comadrona le levantó las piernas, y con mucho cuidado subieron al primer piso,

donde una criada ya esperaba en el descansillo, con una luz en la mano, habiendo oído la voz de su señora, y precedidos por ella, que no pareció sorprenderse, lo llevaron a una habitación bien acondicionada y lo tumbaron en la cama.

- Ahora nos ocupamos Menica y yo – dijo la comadrona, mientras ponía en la mano del cochero 5 liras.

- Gracias y buenas noches.

- Buenas noches, señora Teresa.

En cuanto salió, la comadrona se quitó la capa y el sombrero, descubriendo por entero su persona.

Teresa acababa de superar los treinta años y era bellísima.

Alta, morena, con unos preciosos ojos azules, en su conjunto transmitía calma, dulzura, honestidad, que le hacía todavía más encantadora.

Se ocupó ella misma del desconocido.

- Rápido – dijo a Menica – dame la botella del éter: mientras tanto calienta unos paños y pon agua a hervir.

Al mismo tiempo que daba estas órdenes, le quitaba con facilidad la corbata al desvanecido.

Y no pudo por menos que observar que este tenía un aspecto noble, de facciones regulares, delicadas, de cabellos rubios, brillantes como el oro.

Mientras Teresa intentaba reanimarlo, se sintió turbada: jamás en su vida había sentido una emoción parecida.

Teresa había tenido una infancia dolorosa. Se había quedado huérfana muy joven, y una vieja tía, que era comadrona, la recogió, la cuidó y le enseñó su profesión.

Cuando murió su tía, tomó su puesto, y como era hábil, escrupulosa y llena de energía, no tardó en lograr la confianza de numerosas clientas.

Ella nunca había querido casarse, y su corazón jamás había palpitado por amor.

Dedicada por entero a su profesión, testigo de tantos dolores, de tantas amarguras, de tantas miserias, pensaba que era casi un delito casarse, cuando no se es rica, o se dedica por entero a las desventuras ajenas.

II

El desconocido comenzó a recobrar el conocimiento.

Temblaba de la cabeza a los pies, los párpados se abrieron y se cerraron varias veces, después, dos ojos oscuros, dulces, se quedaron abiertos, fijos en la mujer, que estaba a su lado, y una voz, de timbre armonioso, susurró:

- ¿Dónde estoy?

- En mi casa, señor – respondió Teresa ruborizándose – no tenga miedo.

Él parecía pensativo.

- Pero...¿cómo he llegado hasta aquí?

- No ha llegado, le han traído. Yo regresaba de una visita nocturna, porque soy comadrona profesional, y lo he encontrado tirado en el suelo en la puerta de mi casa.

El desconocido se había levantado de la almohada.

- Ahora recuerdo – dijo.

- Había salido de un Círculo de amigos, quise hacer el camino a pie y en un tramo sentí como un gran frío en el corazón, parecía que se me congelaba la sangre en las venas, después me pareció que el suelo resbalaba bajo mis pies, que las calles giraban a mi alrededor. Intenté gritar, pero nadie me oyó... extendí los brazos, caí al suelo y se me nubló la vista. No volví a oír, ni a ver nada.

- Ha sido una imprudencia, señor, salir de un ambiente caldeado y ponerse en camino con este hielo; pero en la desgracia habéis tenido la suerte de caer junto a la puerta de mi casa.

Teresa sonreía con tanta dulzura que el desconocido pareció extasiado.

- Oh, ciertamente ha sido una suerte para mí, pero yo no quiero molestar y dado que ya he recobrado las fuerzas...

- ¿Querría marcharse? – interrumpió Teresa. Y añadió con un leve temblor en la voz:

- Ya entiendo, tiene usted una familia que le espera.

- Nadie me espera, señora. Estoy solo.

Teresa sintió ensanchársele el corazón.

- Entonces se quedará aquí – dijo en tono alegre.

- Esta habitación está libre y usted no molesta a nadie. Ahora

tomará una buena taza de vino caliente azucarado, y después dormirá tranquilamente hasta mañana.

- Acepto, acepto, gracias.

En efecto, él no tardó en quedarse dormido.

Teresa le había dejado libre, regresó varias veces de puntillas para observarlo.

Y pasó la noche pensando en él.

III

En aquellos tiempos existía en Turín la famosa secta de los carbonarios. Esta secta estaba compuesta por jóvenes nobles, ricos, ardientes amantes de la patria que quería una Italia unida, libre e independiente.

El desconocido salvado por Teresa formaba parte de esta asociación, de hecho era uno de sus dirigentes.

Él se lo confesó a la comadrona, pocas semanas después de su encuentro, una vez que entendieron mutuamente que necesitaban amarse. Ellos se habían entregado en cuerpo y alma a su amor.

Virgenes de corazón como de cuerpo, vivieron durante algún tiempo la sublime exaltación de las almas castas que aman por vez primera.

Pietro adoraba a Teresa. La joven mujer se sentía enaltecida por aquella adoración y compartía el mismo entusiasmo que él, por quien se habría dejado matar por amor.

Pietro le había contado sus planes, le había contado sus esperanzas.

En aquel joven rubio, pálido, de apariencia femenina, palpitaba un corazón de héroe, un alma de hierro, curtido por las arduas luchas de la vida, una mente volcada en hacer el bien, en la grandeza de la patria.

Entonces la mejor parte de Italia estaba en manos de los austriacos y los príncipes italianos yacían bajo el humillante dominio del más fuerte.

Nuestra bella patria parecía un cadáver tendido y pisoteado, donde vivían solo los gusanos de la podredumbre social.

Todas las noches, Pietro se dirigía al Círculo de los carbona-

rios, situado en un lugar secreto, donde el ojo vigilante de la policía no podía penetrar, ni oír la oreja espía.

En aquel lugar podían expresar libremente sus ideas generosas, hablar en voz alta, preparar esa aurora feliz de libertad, que debía más tarde brotar en Milán en 1848.

Pero también entre aquella juventud, en medio de aquellos corazones generosos, se escondía la serpiente, el traidor... Fue Teresa quien lo adivinó.

IV

Giulio era el amigo más querido y preferido de Pietro. Él quiso que conociera a Teresa y una noche lo llevó a casa. En cuanto la comadrona vio al joven, probó un sentimiento de desconfianza, un malestar inexplicable. Una mueca de angustia casi al instante reprimida, apareció en su rostro. Sin embargo Giulio era un joven apuesto, pero una sonrisa falsa asomaba en sus labios; la llama de sus ojos era siniestra.

El joven se mostró con ella muy afable y felicitó a su amigo por la gran elección. Hizo grandes alabanzas, pero no consiguió borrar el triste presentimiento que turbaba el alma de Teresa. Ella sentía que aquel hombre sería su desgracia.

Una noche la joven esperaba a Pietro que debía regresar del Círculo, cuando oyó el timbre sonar con fuerza. Teresa llevaba varios días sin criada y fue ella misma a abrir, aunque temerosa de cualquier llamada, estando ausente su querido Pietro.

Ella vio ante sí a Giulio. El joven estaba muy pálido, con los ojos ferozmente gélidos y su acostumbrada sonrisa diabólica.

- ¿Y Pietro? – balbuceó Teresa con voz débil, por la fuerte emoción.

- Llegará ahora, anímese – respondió Giulio entrando y siguiendo a la comadrona al salón contiguo.

- Me ha mandado para que la tranquilice. ¿Acaso le doy miedo?

Teresa había recobrado el valor. Se esforzó en sonreír.

- ¿Miedo de un amigo de Pietro? Sería una estupidez. Solo... me intranquiliza su retraso.

- Su retraso se debe a una misión que esta noche debe cumplir.
- ¿Una misión?
- Sí, éramos muchos los propuestos, pero la suerte le ha tocado a él. No obstante, le repito, no tiene nada que temer, dentro de poco estará aquí.

Teresa comenzaba a sentirse más segura, si bien la mirada con la que Giulio la envolvía, no la tranquilizaba nada. Solo entonces se dio cuenta de que estaba en albornoz y que con el movimiento se le había desatado. Giulio fijó ávidamente su mirada en el seno medio descubierto.

Teresa, ruborizada por la vergüenza, temblando, se apresuró a cerrárselo.

- ¡Qué bella es usted! – murmuró Giulio. - Y cómo envidio a mi amigo Pietro.

Su voz resonaba ardiente, y de repente antes de que la joven pudiese sospecharlo, la sujetó fuertemente por los brazos, y la besó de manera brutal.

Teresa se liberó con un grito salvaje y en el culmen de la ira y la indignación le escupió en la cara.

- ¡Salga de aquí, miserable, cobarde!

Su cara se volvió roja de ira por el insulto que no se esperaba.

Una llama de odio brilló en sus ojos.

- Tu insulto te costará caro – dijo saliendo de la habitación, tambaleándose, abatido.

Ella oyó el ruido de la puerta que se cerraba y cayó de golpe sobre una silla.

Una agitación en su interior le angustiaba, mezclada con una horrible sensación de vergüenza. Le parecía que aquel beso la había corrompido. Una arruga profunda surcó su frente. Sus narices palpitaban de manera nerviosa. Había transcurrido casi dos horas cuando Teresa salió de su letargo ante la llegada de Pietro.

Él tenía la cara descompuesta, las manos y la ropa ensangrentadas.

La joven se levantó de golpe, lívida y temblorosa.

- Dios mío, ¿qué has hecho? ¿De dónde vienes?

Pietro respiraba agitadamente.

- Vengo de matar a un hombre – balbuceó.

Ella lanzó un grito terrible.

- ¿Mataste a un hombre? ¿Por qué?

- Mi nombre había salido de la urna... es decir, no el mío, sino el de otro...pero yo tomé su lugar...porque él temblaba, nos habría sacrificado a todos... Esperé a la víctima en el punto indicado... era un espía infame, lo sé pero era un hombre, quizás como yo, tenía una mujer que lo adoraba.

Interrumpió su relato, en la escalera se oían fuertes pasos y un ruido de voces.

Presa del terror, Teresa escuchaba.

- ¿Me habrán seguido? – murmuró en voz baja Pietro.

- ¿Vendrán a arrestarme? Venderé cara mi vida. ¿Y mis compañeros me estarán esperando? ... Teresa, no tengo forma de salvarme. Saltaré la verja de la casa de al lado, al no encontrarme te dejarán libre y tú irás a ver a Giulio.

- ¿A Giulio? ... ¡Ah! ¿Sabes qué ha hecho tu amigo esta noche mientras arriesgabas tu vida por él, porque ¿tú tomaste su puesto, verdad?

- Sí, sí...

- Él estaba aquí para hablarme de amor e intentó ultrajarme.

- Miserable... miserable... - gritó Pietro, olvidando que estaba en peligro, se dejó caer abatido junto a la mesa.

Sonaron golpes violentos en la puerta.

- Es él quien te ha denunciado, estoy convencida.

- Infame... infame.... Estoy perdido, pero no me preocupo por mí, pienso en mis amigos... yo debía llevarles este pliego, aún bañado de sangre, que le quité al cadáver del espía... es un documento importante.

- ¡Dámelo! – exclamó Teresa escondiendo el pliego en su pecho.

- Sálvate, sálvate; déjame afrontar sola el peligro.

Los golpes se redoblaron... y se oyó una voz gritar:

- Abran o tiremos la puerta abajo.

- Vete... vete.

- Ay de mí, no tengo fuerzas, no me tengo en pie. Teresa, salva a mis compañeros.

- ¿Dónde están? – balbuceó la desventurada con voz apagada.

- En la villa del conde Fornaro... la contraseña es patria y libertad.

No había terminado de decir la frase cuando los esbirros entraron en la habitación. La débil puerta no había resistido sus golpes. Detrás de los esbirros, algunos vecinos mostraban sus aterrorizados rostros.

- Mirad... el asesino aún está manchado de sangre.

Teresa se puso delante de Pietro para protegerlo, pero fue echada a un lado, y cuatro esbirros se lanzaron sobre el joven, que habría podido defenderse, sin embargo no opuso ninguna resistencia. Solo intercambió una mirada desesperada con Teresa.

Esta lo comprendió todo. Y mientras los esbirros intentaban atar sólidamente al desventurado, ella se escabulló a su habitación cerró con llave, cogió un chal, saltó la verja que la separaba de la casa contigua, bajó rápidamente las escaleras, salió del portal sin que nadie la viera, se cubrió la cabeza y los hombros con el chal y se alejó con el alma atormentada, la razón perdida y el corazón sangrante por la angustia. ¿Qué le habría sido de su Pietro? ¿El ruin que lo había perdido triunfaría?

V

La villa del conde Fornaro estaba situada en la carretera de Moncalieri. Era un bonito palacete aislado, rodeado de un muro bajo, que dejaba entrever un delicioso jardín. Hacia las cinco de la mañana el conde Fornaro venía en su carroza desde su villa en Turín, cuando el cochero hizo parar bruscamente a los caballos. El conde, que estaba ensimismado en sus preocupaciones, bajó la ventanilla y sacó la cabeza:

- ¿Quién es, Antonio?

- Una mujer está tendida en el suelo atravesando la carretera e implora ayuda.

- No te muevas, espera.

Abrió la puerta y bajó. Era un apuesto anciano, de barba blanca, alto, y muy robusto.

Él levantó a la mujer que estaba a punto de ser aplastada por los caballos y le dijo:

- Pobrecilla... ¿acaso se ha caído?
 Al oír la voz del caballero, la mujer lanzó un grito.

- Le manda el cielo – balbuceó.

- Es usted el conde Fornaro... le reconozco.

- ¿Pero usted quién es?

- La mujer que vivía con Pietro Bassano di Santemo.
 Él sofocó una exclamación de asombro.

- ¿Qué ha sido de Pietro? – murmuró.

- Ha sido arrestado... Yo venía para entregarle un documento, he corrido mucho. No podía más. Me he caído y debo haberme dislocado un tobillo.

- Espere, le ayudaré a subir al coche, la llevaré a Turín.

- ¿Ya se han marchado todos? – murmuró Teresa, tratando de disimular el dolor que le provocaba el tobillo herido, mientras ayudada por el conde entraba en la carroza.

- No, ¿por qué?

- Entonces es necesario avisarlos, porque han sido traicionados.

- Pero Giulio Valero ya ha castigado al espía.

- Giulio es un traidor, empujó a Pietro a tomar su puesto y después los denunció a todos.

- ¡Infame! ¡Infame!

Él abrió con la mano temblorosa el documento que Teresa le había entregado y a la luz del farol de la carroza, recorrió las líneas ensangrentadas.

- No hay tiempo que perder – murmuró. – Los desgraciados están aún allí. Antonio, lleva a esta mujer a Turín, para que sea atendida en mi palacio, le presten todas las curas necesarias. Yo regreso. Gracias, Teresa. La volveré a ver pronto y haré cuanto esté en mi mano para salvar al pobre Pietro. Rápido, Antonio. Vete y ni una palabra de todo esto a nadie.

El cochero era un hombre en quien podía confiar, dedicado cuerpo y alma a su patrón.

Teresa, fue llevada al palacio del conde donde permaneció un mes en cama.

La policía la buscaba, pero no podía imaginar que el conde la hubiese apartado de todas sus búsquedas. Ella tuvo noticias de Pietro. Sabía que sufría en la cárcel y que podría verlo.

Estaba dispuesta a cualquier sufrimiento con tal de verlo al menos un instante.

Cuando pudo levantarse, ella escondió su maravillosa melena negra bajo una peluca rubia, se tiñó las cejas de color rubio, se vistió de hombre, se transformó de manera tal que podía desafiar a cualquier avezado policía.

Con ayuda del conde Fornaro obtuvo una entrevista con el médico de la cárcel, el cual estaba afiliado a la secta de los carbonarios. Y pudo así, como asistente suyo, lograr visitar a los presos. Cuánto sufrió su corazón cuando entró con el médico en la celda donde se encontraba encerrado el infeliz Pietro.

En aquel lugar oscuro, otros desventurados habían perdido la vida antes de su condena. Moribundos sobre tablas de madera, sin el consuelo de la religión o de los cuidados médicos, expiraban ante los ojos de los esbirros, exhalando entre desesperados lamentos y horribles imprecaciones su último suspiro.

Un legado de lágrimas y de maldiciones era la celda donde se encontraba Pietro.

El pobre mártir de su ardiente fe italiana, estaba sentado sobre una piedra y permanecía inmóvil, mudo, con los codos sobre sus rodillas y la barbilla entre sus manos.

¿Quién podía imaginar los pensamientos atroces, crueles que se agolpaban en la mente del infeliz?

Al oír la puerta, él no levantó ni siquiera la cabeza. Creyó que sería el carcelero.

Pero la voz del médico lo estremeció, intentó levantarse, olvidando que estaba atado a la pared con una cadena.

Entonces se paró de golpe, lanzando un grito angustioso, como un lamento agónico.

El médico le hizo algunas preguntas que el prisionero no oyó. Mientras tanto Teresa se había arrodillado ante el pobre mártir y le besaba las manos, inundándolo de lágrimas.

Conmocionado por aquel contacto y por aquel llanto, Pietro se sobresaltó.

- ¿Quién eres tú – dijo con la voz debilitada – que parece tener compasión por mí?

- Soy tu Teresa – le susurró cerca de los labios la desdichada mujer.

¡Teresa! ¿Era ella, precisamente ella, disfrazada, cambiada?

La sensación que sintió el prisionero fue tan violenta que pareció desmayarse. Pero en seguida se recuperó, la estrechó entre sus brazos y la apoyó contra su pecho con sus labios unidos a los suyos.

Fue cosa de un instante, pero para los desventurados pareció una eternidad gozosa. Lo olvidaron todo en ese instante, en el abrazo que pareció fundirlos en uno.

El pasado volvió a sus corazones: la oscuridad, el horror de aquella celda desapareció en el rayo luminoso de su amor que los transportaba a lo más alto, fuera del mundo. El pobre prisionero parecía haber renacido y absorbía en los besos de Teresa su alma entera. No se intercambiaron una palabra, porque ellos se hablaban con el corazón.

El médico los sacó de aquel éxtasis.

- Tenemos que irnos, tenemos que irnos – dijo

- El carcelero regresa... puedo tener complicaciones.

Aquellos dos corazones lo comprendieron.

- Teresa... Teresa, adiós; si no te vuelvo a ver que Dios te recompense por este último instante de felicidad – murmuró el pobre prisionero.

- No es un adiós, es un hasta pronto, Pietro, – contesto la heroica mujer – si no consigo salvarte moriré contigo.

Se separaron. Cuando Teresa regresó al palacio del conde se encontraba en un estado lamentable. Sin embargo había tomado una decisión irrevocable. Esa misma noche, vestida con su ropa masculina, lívida e irreconocible, se acercó al palacio de Giulio, al final de la calle Borgo Nuovo. La casa del traidor, que estaba en el primer piso, era espléndida. En el recibidor iluminado había flores y estatuas. Cuando Teresa preguntó por él, el criado miró con desconfianza y desprecio a aquel muchacho delgaducho, pálido y ojeroso, y con voz seria, contestó que el dueño estaba en casa pero no recibía.

- Decidle que vengo de parte de la amante de Pietro y seguro que me recibirá en seguida.

El criado se alejó refunfuñando, y después de algunos minutos regresó, haciéndole una señal al joven para que le siguiera.

Atravesaron algunas salas iluminadas, en las que se respiraba un aire cálido y perfumado que mareaba; después el criado levantó una puerta de damasco y antes de que pudiera retirarse Teresa se encontró en una sala llena de espejos y ornamentos dorados, deslumbrante de luz, en medio de la cual había una mesa suntuosamente preparada, a la que estaban sentados una docena de señores y mujeres con vestidos escotados, muy provocativos.

La desventurada no se atrevía a dar un paso, a hacer un gesto.

Todas las miradas estaban fijas hacia su persona.

- Y bien, – gritó Giulio, mirándola sin reconocerla – ¿no has dicho que venías a hablarme de Teresa? ¿Ha empezado a ser razonable? ¿Sigue siendo tan bella y excitante? ¿Se ha cansado de llorar por su carbonario? Vamos, abre la boca, muchacho, no temas. Aquí estamos en familia.

Teresa estaba pálida como un cadáver, pero los insultos de aquel hombre hacia aquel pobre mártir, que por su culpa se consumía en una tétrica prisión, las palabras dirigidas a ella, la escena misma de aquella orgía asquerosa, mientras tantas víctimas nobles morían de hambre, de dolor, en una cárcel, donde los había llevado la más infame de las traiciones, hicieron que le hirviera la sangre; sus ojos lanzaron la más viva indignación.

- No vengo a hablarle de Teresa, – exclamó con un acento vibrante – si no de su amigo Pietro, que por usted ha sido inculpado como homicida y será condenado a muerte.

Un profundo silencio se hizo en torno a la mesa. Giulio se volvió rojo de ira.

- ¿Cómo vienes aquí a blasfemar? No quiero pájaros de mal agüero en mi fiesta. Vete de aquí o haré que te echen de la sala, miserable charlatán.

- ¡Usted es el miserable, el cobarde! – gritó Teresa – que por no haber podido tener a la mujer, perdió al amigo; que después de haberse introducido en la Sociedad de los carbonarios fingiéndose amante de la nuestra pobre Italia, traicionó, denunció a sus hermanos...

- ¿Quién te crees que eres para hablarme de manera tan imprudente en este lugar?

- Soy Teresa..., ¿no me reconoce? – gritó la mujer desenfrena-

da, arrancándose la peluca rubia y dejando caer sobre sus hombros sus maravillosos cabellos.

Fue un golpe de escena. Los invitados se levantaron de inmediato y la rodearon.

Giulio se había acercado.

- ¡Teresa! Sí, ahora te reconozco, aunque hayas perdido tu frescura y estés muy apagada... ¡Ja, ja! Debí imaginar que solo la amante de un carbonario podría hablar de esta forma. Vamos no me mires con tanta indignación. Si has perdido un hombre, otro encontrarás. En lugar de echar sermones siéntate aquí con nosotros, participa de nuestra fiesta. En vez de ensalzar a Italia, ensalza el placer, el amor...

La pobre mujer permaneció por unos instantes como ahogada por la ira. Los invitados y Giulio atribuyeron ese silencio a un estado de debilidad, que la convertía en su presa.

Excitados por el vino y por los penetrantes perfumes que había en la habitación, tomaron a la desgraciada por los brazos, por la cintura y la arrastraron hacia la mesa.

- Sí, sí, ven. Giulio tiene razón, olvida los discursos aburridos; incluso vestida así eres bella y muy seductora; diviértete y olvida el pasado.

La sangre le subió a la cabeza, sintió una especie de mareo, la sala daba vueltas a su alrededor, y los espejos con todas sus imágenes reflejadas, parecían bailar furiosamente.

Era una fantasmagoría de infierno. Y en medio de aquel horrible espejismo, le pareció ver como una celda oscura, profunda, fétida, donde un hombre, atado como un perro a una cadena, profería gemidos de pena y extendía los brazos suplicando.

Entonces Teresa abrió los ojos con un grito de terror y zafándose con todas sus fuerzas:

- ¡Atrás – gritó – atrás, infames, malditos!

Los invitados no la soltaron y respondieron a sus palabras con un estallido de carcajadas ruidosas.

La desgraciada intentó de nuevo romper la cadena humana que la rodeaba, pero no lo logró. Ella se sintió llevada en volandas y durante horas, la pobre mujer fue víctima de aquellos desenfrenados, ebrios, lujuriosos, sedientos de orgía, incapaces de sentir piedad.

Cuando por la mañana Teresa escapó de aquel palacio había perdido la razón.

Un mes después el pobre Pietro, la víctima noble, era juzgado y condenado a muerte.

Corazón de esposa.

I

Canturreando un aria alegre, con la sonrisa en los labios, la felicidad en los ojos y en su persona, la señora Clary, esposa del abogado Terni, ponía en orden el escritorio de su marido.

Era siempre ella la que se ocupaba de las cosas de Mario, el hombre con el que se había casado por amor y que después de tres años de matrimonio seguía adorando como el primer día. De repente interrumpió el canto y sus ojos se quedaron fijos, sus manos temblaron agitadas. Al mover unos papeles en un cajón, había encontrado la foto de una joven y bella mujer. Su primera reacción fue de desconcierto, pero después se le ocurrió pensar que aquel retrato pudiera ser de alguna cliente del marido y, superada la primera impresión, lo cogió y lo miró.

Esa imagen le era absolutamente desconocida. Nunca antes de entonces había visto esa expresión juvenil, vivaz, cuyos ojos parecían tener una chispa burlona y los labios sonreír con una fina ironía. Clary giró la fotografía y estas palabras aparecieron ante sus ojos: *A mi adorado Mario*. Le seguía una fecha muy reciente.

Durante pocos minutos, a la esposa del abogado Terni se le encogió el corazón por la angustia, sin ningún otro sentimiento que un desconcierto cruel y doloroso. Después dejó caer el retrato y se echó a llorar, tapándose los ojos con las manos. ¿Era verdad? ¿Era realmente verdad? ¿Su marido la engañaba, amaba a otra? Aquella fotografía descubierta por ella era demasiado evidente para dudar.

Entendió entonces muchas rarezas de Mario, hasta el momento incomprensibles para ella, ciertos repentinos silencios, bostezos de aburrimiento, a veces también alegrías desbordantes que se apagaban de repente con actos de cólera y de dolor.

¿Pero quién era aquella mujer que llamaba a Mario *mi adora-*

do? ¿Qué importaba conocerla? Quienquiera que fuese, podía presumir de haberle roto el corazón, de haber destruido para siempre la felicidad de su existencia.

¿Era posible que Mario la engañara desde hacía tantos meses, sin sentir ningún remordimiento? ¿Qué tenía que reprocharle para sacrificarla de manera tan indigna por otra? ¿No eran suficientes su esposa y su niña para ocupar su mente y su corazón? Pensar en su criatura provocó las lágrimas de Clary, hizo brotar en su ánimo una firme determinación. Alzando su semblante pálido, doloroso, volvió a colocar en su sitio el retrato de la rival, ordenó las cartas esparcidas, cerró de nuevo el cajón y salió del despacho.

II

Cuando el abogado Terni regresó a la hora de comer, encontró a su esposa afectuosa como de costumbre, no se dio cuenta de que las miradas de ella expresaban al mismo tiempo reproche, perdón y piedad.

La niña no estaba sentada a la mesa y Mario no preguntó por ella. Parecía tener un estado de ánimo brusco y molesto. Habló poco y, al terminar la comida, dijo sin levantar los ojos del plato:

- Esta noche me marchó.

Clary lo miró fijamente con una expresión de miedo, deseo, de agitación.

- ¿Te marchas?

- Sí, serán pocos días, un negocio; prepara mi maleta.

No añadió más.

- Mario.

- ¿Qué sucede?

- Si yo te dijera que no me dejaras. Verás, este viaje me da miedo.

Mario hizo un gesto de impaciencia.

- ¿Qué significa todo esto? ¿Estás loca?

- Sí, una loca, porque te amo, te amo tanto. Vamos, piensa en la niña.

- ¿Dónde está?

- La he mandado a pasar el día con mi madre.

- Has hecho bien y puedes irte también tú, durante los días de mi ausencia.

- ¿Es realmente necesario este viaje?

- Sí.

Clary se echó a llorar desconsolada.

Mario la miró serio:

- ¿Lágrimas? ¿Quieres hacerme enfadar? ¿Tengo que estar pegado a tus faldas?

- Pero, ¿quién me asegura que es por negocios por lo que te alejas de mí?

- Esto me lo esperaba. Siempre igual con tus celos. Creía que ya te habías curado.

Clary consiguió sobreponerse, reunir fuerzas y sonriendo con amargura:

- No, estoy aún un poco enferma, - dijo – pero me curaré, ten la seguridad. Voy a prepararte la maleta.

Y lo dejó solo.

III

A su regreso, una semana después, el abogado Terni encontró la casa cerrada y se dirigió a casa de su suegra. Se sorprendió al ver que le entregaban con la llave de su apartamento una carta de su esposa.

- ¿Y ella dónde está? – preguntó tratando de contener la emoción.

- Se ha marchado a los baños termales con la niña como habías programado. Esto es lo que me dijo.

Mario disimuló, no quería que su suegra sospechara y esforzándose en sonreír, le dijo:

- Sí, es cierto.

En cuanto regresó a casa y estuvo solo, abrió con manos temblorosas la carta, sacó el folio que contenía y lo leyó:

“Mario, si aún tenía alguna duda, ahora ya no la tengo. Te marchas para reunirme con la mujer que amas y que te ama. Sé todo, he visto su retrato en tu escritorio. Nunca habría esperado de ti esta traición, sin embargo te amo demasiado para no perdonarte. Si me

alejo con la niña es para no obligarte a mentirme cada día, para que nuestra presencia ya no te resulte insoportable y molesta. Me llevo todo mi futuro, mi consuelo: mi criatura aplacará mi dolor, me dará tranquilidad en la lejanía. Yo viviré para ella, para enseñarle a respetar tu nombre, a bendecirlo, a rogar por ti y para que aprenda más tarde que la vida de una esposa es un sacerdocio. ¡La felicidad no es de este mundo!

Adiós Mario. Si algún día te cansaras, te sintieras desilusionada por falsos afectos, llámame. Ese día comprenderás cómo es el corazón de la mujer que has despreciado y sentirás la dulzura de ser padre de una jovencita buena y virtuosa. Pero hasta entonces no me busques, sería inútil. De nuevo adiós. Clary”

IV

Pálido turbado, perdido, el abogado Terni permaneció un tiempo con la carta de su mujer entre las manos, sin hacer un gesto, o decir una palabra.

No intentaba excusarse. Sabía que era culpable. No había sabido resistirse a la seducción de otra mujer, y en lugar de frenarse al inicio de aquella pasión, se había dejado llevar ciegamente, olvidando a su esposa y a su hija. Sin bien, no había dejado de amarlas, como suele suceder siempre, estaba convencido de ello y sentía un profundo dolor por su lejanía, sentía un duro remordimiento por haber llevado a Clary a tomar aquella decisión.

Esa misma noche le fiebre le subió altísima, llevándole a delirar. Por la mañana estaba deshecho, pero más tranquilo y podía reflexionar y pensar.

Tuvo la idea de correr en busca de su esposa, pero perdió un mes en esfuerzos inútiles. No pudo encontrar el lugar en el que se había refugiado.

- Ha ido en serio Clary – murmuraba – pues peor para ella.

Regresó junto a su amante, pero no volvió a encontrar la felicidad que esperaba. Renovó sus antiguas amistades, comenzó otras nuevas, se convirtió en alguien desenfrenado, sarcástico, indigno, insolente y encontró el cansancio, la saciedad pero no el olvido.

V

Un día obedeciendo a un extraño impulso, escribió a su anciana madre, que vivía en una aldea lejana, anunciándole que quería pasar unos días con ella. No le dijo nada del abandono de su esposa, seguro de que la anciana habría tratado de saber la causa y lo habría por ello culpado. Él temía los reproches de su madre. Partió la semana siguiente y cuando volvió a ver los lugares en los que había sido feliz con Clary y su hija, lloró como un niño. Ahora su esposa ya no estaría esperándolo en la puerta de la modesta casa, con la pequeña en brazos, sonriéndole desde lejos, mandándole besos con la punta de los dedos.

¿Qué excusa habría encontrado cuando su madre le hubiese preguntado por su esposa y su hija? Conmovido, abatido, había llegado a los pies de la colina que conducía a su querida casa, sin atreverse a levantar los ojos, cuando una vocecilla, infantil lo impactó, le provocó un grito de alegría delirante.

Una niña rubia, sonrosada, agitada por la larga carrera, con dificultad para mantenerse en pie, estaba ante él y le tendía sus bracitos, llamando:

- ¡Papá, papá!

Mario la vio y entendió todo.

Sin decir palabra, levantó con ímpetu a la pequeña entre sus brazos, cubriéndole el rostro de besos, violentos y apasionados. Después levantó los ojos humedecidos.

VI

En la puerta de la casa estaba su anciana madre, apoyada en el brazo de Clary, que sonreía amorosamente, mostrando en su radiante rostro la alegría de un alma bondadosa, que ha alcanzado su deseo más ansiado.

El abogado Terni se acercó avergonzado, tembloroso. ¿Cómo no había pensado en seguida que su esposa se habría refugiado allí? ¿Qué le habría dicho a su suegra, una anciana orgullosa del honor de su hijo?

Clary extendía sus manos.

- Te esperábamos – dijo simplemente.

- Has tardado mucho, - añadió la madre – pero no puedo más que agradecerte tu feliz idea de mandarme a tu esposa y a Grazietta, la alegría y el orgullo de mi casa, la bendición de este pueblo.

- Y la mía – interrumpió Mario.

El resto de la frase fue murmurado entre besos. Aquel día transcurrió para el abogado Terni como un sueño maravilloso: ninguna alusión al pasado, ningún reproche.

La madre ignoraba todo, la esposa hablaba con él, como si ninguna nube hubiese enturbiado la serenidad de su felicidad conyugal.

Por la noche, cuando se encontraron a solas, Mario se arrodilló delante de Clary, pero ella lo detuvo. Estrechó su cabeza entre sus manos temblorosas y puso sus labios ardientes en su boca rosada.

- No turbes mi alegría, - murmuró – estoy demasiado contenta. ¿Por qué amargarnos con penosos recuerdos? ¿Aún me amas?

- Te he amado siempre y si te hice daño, te juro que lo he pagado con mucho dolor.

- ¿Acaso crees que yo no he sufrido? Sin embargo esperaba este momento que me lo compensa todo. ¿Estás seguro de ti mismo? ¿Crees que ninguna imagen de mujer vendrá a oscurecer la mía, la de tu pequeña?

- ¡Oh, no! Te lo juro.

Clary lo miró con los ojos desbordantes de amor, lo estrechó en su pecho y con un beso largo y santo, todo fue olvidado.

La agonía de un héroe.

I

Giorgio había vuelto en sí del dolor agudo que devoraba su cuerpo y el peso que le hundía el pecho. Levantó con dificultad los párpados, miró a su alrededor. Él se encontraba en el campo de batalla, donde tantos jóvenes valientes habían caído. Una ametralladora enemiga le había roto las piernas y había caído encima de su cuerpo, el cuerpo de un compañero muerto por una herida en la cabeza.

¡Una escena atroz!

¡Oh, morir, morir, escapar de ese sufrimiento! ¡Cerrar los ojos para siempre!

Pero el plomo mortífero no le había quitado la vista, el oído. La muerte no lo requería aún, y mientras él permanecía inmóvil, sus gritos de socorro, sus gemidos de dolor, eran desatendidos.

Había tenido más suerte Giovanni, su compañero muerto que le comprimía el pecho. Él al menos había caído fulminado, sin ser consciente de su muerte, tanto que sobre su rostro infantil vuelto hacia al cielo, había quedado impresa la misma sonrisa de horas antes, cuando hablaba con entusiasmo, con convencimiento de su vuelta a casa, donde su madre lo esperaba confiada... su querida madre que tanto amaba.

La noche avanzaba, se había levantado un fuerte viento que sonaba como silbidos agudos, y entre un silbido y otro se alzaba el grito de desesperación de algún herido o se oía el ruido lejano de cañones.

Giorgio, atacado por una fiebre altísima, tenía extrañas visiones. Le parecía haber vuelto a la niñez y se veía en una terraza de la preciosa villa paterna, donde su madre se había retirado después de la muerte del marido, fulminado dos años antes por una de esas enfermedades del corazón que no perdonan.

Giorgio en su delirio, está en las rodillas de su madre, que se lo come a besos y caricias, mientras le repite:

- Sí, mi niño adorado, yo no amaré a nadie más que a ti, solo a ti, y tu serás siempre mi alegría y el único tesoro de tu madre.

- Sí, mamá, querida mamá, y yo estaré siempre contigo – le responde él.

¿Qué bella es su madre!

Su rostro angelical conmueve por la expresión de bondad, de dulzura que transmite. Y en medio de aquella atmósfera de luz, de fragancias, de paz, adquiere un nuevo atractivo, un brillo diferente.

¡Cuánto la aman todos! ¡La adoran!

Un joven alto, rubio, que está también en la terraza, en pie junto al sillón donde está sentada la madre, se inclina hacia ella y le susurra:

- Elena, ¿debo por tanto abandonar toda esperanza? ¿No quiere que tome el puesto de su marido Giacomo y que sea el padre de su hijo?

- No, no quiero – responde la madre estrechando a su hijo en su pecho.

- El recuerdo de mi pobre Giacomo no me dejará nunca, y para cuidar a Giorgio me basto sola.

Y el herido, ante esta visión, se agita, aumentando los espasmos de su cuerpo martirizado y grita:

- Sí, sí, yo no quiero que mi madre..., nadie me la quita, ¡nadie!

II

Y la escena cambia.

En su mente alucinada aparece otra escena fantasmagórica. Giorgio ya no es un niño, sino un apuesto joven lleno de vida y pasión. Ya no está en la villa, sino en la ciudad, en una bonita sala de estar, sentado junto a una muchacha rubia que borda junto a su madre.

Es Lucy, su prima, una huérfana que Elena ha recogido y que considera una hija. Lucy, una maravillosa criatura, ¡su primer sueño de amor! ¡Cómo sonríe la niña de cabellos de oro, de ojos violeta grandes, que hablan por él, cuando le quita de sus pequeños dedos

de hada el ovillo de seda o las tijeras, y cómo brilla una llama de amor en sus pupilas!

Y Giorgio escucha la voz clara, dulce de su madre que le dice:

- Deja trabajar a Lucy, Giorgio, y ve a estudiar; cuanto antes termines tus estudios antes podrás estar con tu prima. Yo estaré celosa de ella si tú la amas más que a mí, y un día tendré mi recompensa con un querido nieto que me amará más que vosotros.

- ¡Mamá, Lucy y yo te adoramos!

Pero esta exclamación pronunciada en voz alta trunca bruscamente las visiones del pobre Giorgio que se agita por los espasmos de las heridas, un espasmo tan fuerte que le acelera el corazón y le nubla la visión. Una ligera niebla vela la luna. Por el campo resueñan los lamentos. Los carruajes pasan con su ruido sordo, el cañón lejano trueno incesantemente.

Giorgio continúa soñando, delirando; de sus ojos lúcidos, hundidos caen lentamente unas lágrimas, que el fuego de sus mejillas seca.

III

Y la escena vuelve a cambiar. Es la vigilia del matrimonio. Giorgio ha recibido la orden de partir en combate. Sin posibilidad de aplazamiento.

Un grito de guerra ha nacido en casi todas las naciones, arrancando a los hombres de sus familias, alterando el mundo, transformando el universo, turbando el equilibrio del destino de la humanidad.

Giorgio se encuentra en la casa en la que deberían resonar los gritos de alegría, y no oye más que llanto. Lucy, su novia, y su madre se abrazan a él, no quieren dejarlo marchar. Él intenta calmarlas en vano.

- Regresaré pronto y volveré con los laureles de la gloria; – dice intentando sonreír – veréis.

- No, yo ya no te veré, - responde su madre – porque moriré de dolor.

- Y yo me quedaré sola en el mundo, - añadió Lucy – porque lo siento, este es nuestro último adiós.

La desesperación de estas dos buenas criaturas que viven solo para él invade el corazón de Giorgio, quien llora, llora como un niño. También balbucea:

- No, no digáis esto, no hay que llorar, ni desesperarse. La novia, la madre de un soldado deben ser fuertes, valientes, heroicas.

Entonces su madre se levanta, con los ojos brillantes y con voz clara y vibrante dice:

- ¡Es justo, - exclama – es justo, hijo mío! Nosotras debemos dejarte ir sin verter ninguna lágrima de debilidad, orgullosas de entregarte a la Patria. Todas las mujeres hoy tienen un solo corazón. Esposas, madres, hermanas, todas, pagan el sagrado tributo entregando a sus seres queridos para la defensa de los derechos de nuestro suelo, que fue el de nuestros antepasados y que será el de nuestros descendientes. Puedes marchar hijo mío, y quiera el Señor que regreses junto a tu madre y tu novia que te esperan. Pero si tuvieses que perder tu sangre por la gloria de nuestro país, bendito seas hijo de mis entrañas, soldado de Italia. Mi frente canosa recibirá los laureles de tu martirio.

- ¡Viva Italia! – gritó el moribundo.

Y todo su cuerpo tembló como sacudido por una descarga eléctrica. Y su rostro se contrajo, sus ojos vítreos se abrieron de par en par; sus labios se abrieron una vez más.

- ¡Viva Italia!

Y ese grito pasó como una exhalación sobre el campo de batalla, fue repetido por miles de voces, subió al cielo casi implorando la bendición divina de su adorada patria.

El delito de una madre.

I

- Quisiera hablar con mi madre.
- ¿El señor príncipe tiene la bondad de esperar un momento?

Este breve dialogo, tenía lugar en la rica galería que precedía el apartamento de la princesa Marta Greboff, una rusa conocida en todo el imperio por la rigidez de sus principios, la inflexibilidad de su carácter, su fría crueldad. Marta descendía también de una familia de príncipes. Con veinte años se casó, sin amor, con el príncipe Greboff, un hombre de carácter dulce y sumiso, que se convirtió en seguida en un esclavo de su esposa. Ella era la cabeza, el brazo de la casa y el príncipe, el corazón. Los criados adoraban a su señor y temblaban ante la princesa. De esta unión, mal avenida, nació un hijo. Ese acontecimiento fue el principio de la discordia entre los dos cónyuges.

La maternidad no había modificado los sentimientos de la princesa. Ella quería criar a su hijo con sus mismos principios, pero el príncipe asustado por la idea de tener un día dos amos, de tener que agachar la cabeza ante su propia criatura, se rebeló por primera vez.

Él mismo quería formar parte de la educación de su hijo. Si la princesa le daba parte de su carácter, el príncipe le daría todo su corazón.

En sus años de infancia Stefano mostró parecerse más al padre que a la madre.

Él sonreía a todos, se dejaba acariciar por todos, lloraba cuando la princesa le obligaba a asistir a la flagelación de algún criado, temblaba en presencia de Marta, se refugiaba en los brazos de su padre.

La princesa terminó por sentir un odio violento contra su marido.

No le ahorraaba insultos, amenazas; lo torturaba lentamente con

una crueldad refinada, sabiendo bien que el pobre desgraciado no se habría lamentado por su hijo.

Stefano era su vida, por él habría soportado cualquier tormento, solo por él no deseaba la muerte.

Los años pasaron.

Con veinte años Stefano era uno de los jóvenes más apuestos de San Petersburgo.

Alto, rubio, sonrosado como una muchacha, tenía tal expresión de sinceridad y de bondad en su fisonomía, unos ojos turquesas, que fascinaban a primera vista.

Él adoraba a su padre.

Había comprendido todo el martirio de aquella pobre alma y con su afecto, con sus atenciones incesantes, se esforzaba en hacerle olvidar la parte cruel de su existencia.

La princesa recibía siempre a su hijo con una dignidad altiva, un poco despectiva.

Un día, habiéndole Stefano hablado de su padre, la princesa le interrumpió en un tono duro, que mostraba la maldad de su rostro.

- Su padre no es un hombre. Si tiene algo de que lamentarse, que tenga el coraje de decírmelo a la cara y que no utilice a un niño.

La sangre se le subió a la cabeza a Stefano.

- Mi padre no se ha lamentado jamás de usted, ni yo soy un niño, para no comprender lo que sucede.

- Si lo comprende, tenga al menos el orgullo de callar. Cuando se tiene un padre pusilánime, se debe esconder incluso de uno mismo, no se defiende con tanta insolencia...

- Madre...

- Salga y aprenda a comportarse como un príncipe, no como un lacayo.

Stefano sufrió tanto que cuando abandonó la habitación de su madre sintió que le habían roto el corazón.

Él se refugió en su padre y lloró en sus brazos, como cuando era niño.

El príncipe le acarició y con una sonrisa mártir le dijo dulcemente:

- Si tu padre no es un hombre, demuestra que tú sí lo eres...

Ante estas palabras Stefano se incorporó.
Las lágrimas se habían secado en sus ojos.
- Tienes razón. – dijo – Jamás lo olvidaré.

II

Stefano esperaba impaciente.

El criado había ido a avisar a la princesa que quería hablarle, pero no regresaba. ¿Significaba que no quería recibirle?

Aunque tuviera que entrar a la fuerza, hablaría con su padre.
Era necesario.

Su padre estaba muriéndose y desde hacía tres meses, marido y mujer no se habían intercambiado una palabra.

La princesa sabía que el príncipe estaba enfermo, pero no se preocupaba ni de tener noticias de él.

- A su lado tiene a su hijo – decía.

- Ellos se comprenden, están hechos el uno para el otro.

Aquella noche el príncipe había empeorado... y mientras Stefano, con el corazón angustiado, inclinado sobre su lecho, le preguntó:

- Padre, ¿qué deseas?

- Querría hablar con tu madre. – murmuró el enfermo.

- Hablarás con ella, yo mismo iré a avisarla.

- Gracias. Cuando esté aquí, déjame solo con ella.

- Sí, padre.

Es por esto que Stefano se mostraba tan impaciente esperando al criado.

Por fin apareció.

- La princesa le espera.

Stefano entró en la habitación con paso firme, donde estaba su madre, una habitación decorada con tapices de terciopelo oscuro, sus dedos, recargados con anillos lanzaban destellos de luz.

Tenía diamantes en su cuello y en sus orejas.

Pero lo que más llamaba la atención en aquella mujer, era su cabeza erguida, imponente, sus rasgos glaciales, sus ojos de pupilas amarillentas y malignas.

El príncipe se acercó para besarle la mano.

No movió ningún músculo de su rostro.

- ¿Qué quiere de mí? – con un tono frío que estremecía.

- Madre, vengo a avisarle de que mi padre se muere y desea verla...

Una sonrisa sarcástica abrió los labios de la princesa.

- ¿Qué tiene que decirme?

- Lo ignoro, madre, pero estoy seguro que usted le concederá este deseo.

La princesa permaneció en silencio unos instantes, después dijo fríamente:

- Iré, pero con una condición.

- Diga usted, madre.

- Que usted no esté presente en nuestro encuentro.

- Este es también el deseo de mi padre, y yo les obedeceré...

- De acuerdo, márchese...

Ella siguió inmóvil durante algunos minutos en su sillón.

Reflexionaba.

De sus ojos salía una llama feroz y una sonrisa maligna se acentuó en sus labios.

De repente se levantó como si hubiese tomado una resolución, y con paso majestuoso se dirigió a los aposentos de su marido.

El príncipe estaba en cama. Estaba apoyado en varios almohadones, para respirar mejor.

Marta se sorprendió por el cambio sufrido por su marido en pocos meses.

A sus cincuenta años parecía un viejo decrepito. El cabello hacia atrás era blanco como su barba y dejaba al descubierto su frente llena de arrugas. Sus ojos estaban hundidos en sus órbitas y sus labios cerrados, estaban pálidos.

Al ver a su esposa, hizo ademán de incorporarse, pero recayó ahogando un lamento.

- Gracias por venir – dijo con voz débil, pero clara.

- Necesitaba hablarle antes de morir.

Ella se había sentado a su lado.

- No morirá tan pronto, – exclamó – si bien os encuentro horriblemente envejecido.

El príncipe no respondió.

- Ya imagino, para qué me ha hecho llamar. – añadió Marta.
- Quiere hablarme de nuestro hijo.

- Ha adivinado, Marta. Sí, solo de él quiero hablarle. ¡Pobre hijo mío! ¡Tan noble, tan cariñoso! A él le debo si sigo viviendo, porque, se lo digo ahora Marta, a menudo me ha rondado la idea del suicidio.

- ¿Y porqué no la ha puesto en práctica? – exclamó cruelmente la princesa.

- Porque pensaba en Stefano. Marta, no es culpa suya, si me ha tratado a menudo de manera dura, si ha sido un verdugo para mí. Quizás no he sabido comprenderla, o no he sido el hombre adecuado para ser su marido. Por ello Marta, yo le perdono todo, todo con tal de que sea para nuestro hijo lo que no ha sido para mí, para que se muestre con él como una madre afectuosa e indulgente. Él necesita atención, ternura y cualquier madre estaría orgullosa de él. Es grande, fuerte, extraordinario, honesto, sobre todo honesto.

El príncipe calló casi desfallecido.

- Ahora que usted ha hablado, hablaré yo. No niego que Stefano es un joven apuesto pero él lleva vuestra sangre en las venas, no la mía. Me avergüenzo de ser su madre. Él se pone a la altura de los desgraciados que nos sirven y tuvo la osadía de reprender a mi anciana Baba, porque echó a la hija del miserable profesor Alessowa cuando vino a implorar una ayuda.

- Mi hijo hizo bien – interrumpió el príncipe reanimado. – Aquel miserable, como usted lo llama es un honesto padre de familia, que no tiene otra culpa que la de no haber aceptado el pacto infame que le propuso de corromper a su hijo. Su hija Miriana es un ángel, su criada ha mentido, la muchacha no venía a pedir ayuda, sino a pedirme protección, porque sus pérfidas influencias, le hicieron perder a su padre el puesto que tenía en el colegio, y le dejaron casi sin alumnos.

La princesa se volvió lívida.

- ¿Pretende defenderlo? ¿Y después me manda llamar para que proteja a su hijo?

- Pero usted es su madre. ¿Y no le basta con una víctima? ¿No ve que yo muero por su culpa?

Marta estalló a reír.

- ¿Cree que me voy a compadecer de usted? Si yo soy madre de Stefano, sabré hacer que me obedezca. Cuando ya no esté aquí, cuando cese su influencia sobre él, entonces Stefano será mío.

- No, no hará una víctima más – repitió el príncipe, poniendo la mano en un estilete, que tenía bajo la almohada.

- Usted es tan infame que se burla de mi agonía; morirá conmigo. Y Stefano será libre, a salvo.

La princesa vio el movimiento de su marido, pero tuvo tiempo de echarse atrás y poner ante sí una mesita como defensa.

- ¡Asesino! – gritó.

- Asesino no, justiciero.

Bajó de la cama e intentó alcanzarla, pero presumió demasiado de sus fuerzas. Al primer paso se tambaleó y lanzando un grito terrible cayó desplomado al suelo. Ante aquel grito acudió Stefano que estaba en la habitación contigua, agitado, ansioso, esperando ser llamado.

Cuando vio a su padre en el suelo, corrió hacia él, lo levantó entre sus brazos, lo llevó a la cama, diciéndole entre sollozos:

- Padre... padre mío, ¿qué ha sucedido?

La princesa que había recuperado su sangre fría y con el pie había escondido bajo un mueble el estilete que se le había caído al príncipe, asistía impasible a aquella escena.

El príncipe ya no podía responder a su hijo.

Había muerto por la violencia del esfuerzo que había realizado y mostraba en su rostro toda la cólera y la desesperación del momento.

Tenía los labios morados, los dientes apretados, el rostro desfigurado.

- ¡Muerto! – gritó Stefano cuando puso sus labios en la frente de su padre - ¡Muerto!

Y encarándose a su madre:

- Usted lo ha matado, solo usted.

- Insensato que insultas a tu madre. Te las verás conmigo.

Y diciendo esto la princesa dejó la habitación, mientras Stefano caía de rodillas, casi desfallecido, junto al cadáver de su padre.

III

La nieve caía en las laderas, como plumas de cisne. El cielo estaba plomizo, un silencio sepulcral parecía reinar en el campo.

Aquel silencio fue interrumpido por el sonido de unas campanillas y por el paso de una carroza que discurría, ligera sobre la nieve blanda y blanca.

Dentro de la carroza estaba un joven vestido con pieles de quien se veía solo la punta de la nariz y los bigotitos rubios ligeramente rizados.

Era el príncipe Stefano.

Desde hacía un año su padre estaba enterrado en el panteón familiar, pero el joven no lo había olvidado.

A menudo, pensando en su muerte, le brotaban las lágrimas por la indignación.

El príncipe Greboff, además del título, había dejado a su hijo una considerable herencia.

Stefano habría podido separarse de su madre, pero él tenía el alma demasiado noble para faltarle al respeto públicamente y tomó el ejemplo de su padre.

Solo que esta vez no se mostraría tan débil como él.

La princesa tras la muerte de su marido no se acercó más que raras veces a su hijo, y en las pocas ocasiones que lo hizo tuvieron lugar escenas memorables.

Marta, acostumbrada a la sumisión del marido, tenía reacciones violentas que chocaban contra el carácter firme y decidido de su hijo.

¡Probablemente en su interior se sentía orgullosa por ello!

Pero, ¿quién podía leer en el corazón de la princesa?

Una mañana el joven príncipe se acababa de levantar, cuando su madre entró en la habitación. Estaba lívida, con la mirada gélida y feroz y una sonrisa en los labios.

- ¿Es cierto – preguntó con voz sibilina – que cada día acude a la aldea, a casa del pordiosero Alessowa?

- Es cierto – respondió Stefano, sin bajar los ojos ante la mirada irritada de la madre. – Ese pordiosero es mi amigo.

- ¿Y se atreve a decírmelo a la cara? Pero no es por él por lo que

visita esa miserable chabola, sino para ver a su hija.

Stefano palideció, pero respondió sin titubear:

- ¿Y si así fuera?

La cólera de la princesa fue terrible. Un río de palabras brotó de sus labios.

Después, de repente, estalló en una risa estridente.

- ¡Soy tonta – exclamó - por enfadarme así con vuestra enamorada! Es justo que a su edad tenga un pasatiempo...

Se paró. El rostro de Stefano se había contraído por la rabia.

- Madre – dijo en un tono ahogado – respete a esa muchacha honesta.

La princesa fue cruel.

- Una muchacha honesta que recibe en su casa a su amante, cuyo padre le lleva de la mano, porque se trata de un príncipe... No me haga reír de nuevo, Stefano. ¿Qué hará con la muchacha honesta, cuando usted se case?

Stefano palideció. Las miradas de su madre pesaban sobre él, ejerciendo sobre todo su ser como una fascinación.

Él no quería faltarle al respeto, pero al mismo tiempo, entendía que habría bastado un solo instante de debilidad, para caer a merced de la princesa.

- Si yo me caso – dijo con voz clara y firme – será con la muchacha honesta, que usted, madre, insulta.

Faltó poco para que la princesa se lanzara contra su hijo.

Le salía espuma por la boca y los ojos se le salían de las órbitas.

- ¿La hija de Alessowa princesa Greboff? Antes la mato con mis manos y envío a su padre a Siberia, ¡esto no sucederá... nunca, entiende, nunca! Esa gente le ha embrujado, pero yo sabré deshacer el maleficio. ¿Se ha vuelto loco? ¿Olvida la sangre que le corre por las venas? ¿Quiere que se le cierren todas las puertas, que el Emperador le prohíba la entrada en la Corte, que la vergüenza recaiga sobre nuestra familia? Príncipe Stefano usted se casará con una joven que yo mismo he elegido para usted, la hija del príncipe Carmiloff... y yo le maldeciré y aplastaré la maldita víbora que se ha introducido en nuestra familia y que le hace olvidar la obediencia y el respeto que le debe a su madre.

Sin esperar respuesta, Marta salió del apartamento de su hijo. Stefano permaneció unos minutos abatido y desmoronado.

Él sabía que su madre no amenazaba en vano. Pero al mismo tiempo sentía que no la obedecería nunca más.

¿Casarse con la hija del príncipe Carmiloff, aquella altiva muchacha de la que todos decían que no tenía corazón y que siempre había sentido aversión por ella?

Casarse con otro, mientras desde hacía más de un año amaba a Miriana, la hija de Alessowa, una jovencita extraordinariamente bella, que a la gracia de su persona unía un alma noble y una modestia y humildad que aumentaban sus cualidades.

Miriana era el poema viviente de la belleza, de la castidad.

Stefano le había dedicado todo su corazón, su alma.

El joven había confiado su amor al padre de la muchacha.

Alessowa al principio se asustó. Él conocía demasiado el carácter de la princesa Marta.

¿Acaso no le debía a ella todas sus desventuras, la pérdida de su trabajo y la muerte misma de su esposa?

¿Qué sería de su hija si permitía ese amor?

Sin embargo, no quería romper el corazón de aquel joven, que quería como a un hijo.

Le habló como un padre, le animó a alejarse, a olvidar.

Stefano llorando juró que se mataría, si perdía la única esperanza que le ataba a la vida.

Miriana que había oído todo, se lanzó a los pies de su padre confesando también su casto amor por Stefano, diciendo que si él moría, lo acompañaría a la tumba.

Al pobre padre se le rompía el corazón en pedazos, pero no tenía fuerzas para responder.

- Solo Miriana será mi esposa – dijo el joven príncipe.

- Mi madre no puede imponerme su voluntad, yo soy libre.

- Pero la cólera de la princesa no caerá sobre usted, sino sobre mi hija.

- Yo sabré evitarla – murmuró dulcemente Miriana.

- Lucharemos contra ella – añadió Stefano.

Alessowa sacudió la cabeza.

- Cuando haya obtenido el consentimiento de su madre entrará

aquí como prometido... y yo bendeciré su amor, hasta entonces, no será más que un hermano para mi Miriana, como lo era antes... y al corazón tendrá que hacer prevalecer el deber... Mire, yo confío en usted. No le cierro la puerta de mi casa, porque usted es un hombre honesto, príncipe... y si hubiese querido seducir a mi hija, no habría hablado antes conmigo. Le estoy muy agradecido, pero ahora no sigamos con este asunto... Para nosotros usted será el de antes, y si Dios quiere que vuestra unión sea posible, espero que sepa estar a la altura de su deber... y de los sacrificios que éste le impone.

Stefano llorando besó la mano del profesor y dirigió una mirada a Miriana, en la que había una promesa sagrada y un intenso deseo de sacrificarse por ella.

- Le juro que mi madre cederá – exclamó.

Pero el tiempo había transcurrido y Stefano no tuvo el coraje de revelar la verdad a la princesa.

Quizás si Marta hubiese demostrado un poco de ternura, le habría abierto su corazón, pero la fría altivez de su madre había helado en sus labios la dolorosa confesión.

¡Y sin embargo amaba tanto a Miriana y era correspondido por ella!

Iba casi todos los días a la pequeña cabaña que Alessowa había alquilado fuera de la ciudad.

Se sentaba junto al profesor, conversaba con él de literatura y filosofía, mientras Miriana trabajaba cerca de ellos, intercambiando de vez en cuando con Stefano una mirada dulce, una mirada de amor de parte suya, y de respeto, de felicidad por parte del joven príncipe.

Más tarde Miriana ella misma preparaba un té y unos exquisitos panecillos, que ofrecía al príncipe, con una sonrisa que brillaba en su rostro como un reflejo celeste.

Las horas transcurrían como en un sueño.

IV

En cuanto Stefano se recuperó de la conversación que tuvo con su madre, ordenó una carroza, y se deslizó rápida, ligera, sobre la nieve blanca y suave. El príncipe se dirigía a casa de Alessowa.

El profesor se encontraba un poco indispuerto, pero no decía nada para no preocupar a su hija, que sentada a su lado, trabajaba en silencio, pensando en Stefano.

Un lejano tintineo le hizo alzar la cabeza. Se ruborizó mirando a su padre.

- Es el príncipe – dijo despacio.

- Sí, solo puede ser él. – respondió el profesor sonriendo y acariciando la cabeza de su hija.

- Rápido Miriana, calienta un poco de té y prepara esos deliciosos panecillos que tanto le gustan a Stefano.

Ella se levantó después de besarle la mano a su padre.

El tintineo se acercaba, después se paró.

La carroza había entrado en el jardín y el príncipe no tardó en aparecer en la habitación, donde se encontraba el profesor.

- No me levanto a darle la bienvenida, porque hoy me siento muy débil – dijo Alessowa – pero le bendigo, hijo mío...

Stefano se sentó en el lugar dejado por Miriana, y miró con emoción filial a aquel anciano de aspecto enérgico y tranquilo, que tanto se parecía a su hija.

- ¿Porqué ha venido con este tiempo tan malo, príncipe? – añadió Alessowa.

Porque tengo malas noticias que darle. He hablado con mi madre.

Miriana entraba trayendo el té.

Stefano, al mirarla, olvidó por instante su dolor.

¡Qué bella era!, sencilla y orgullosa, al mismo tiempo.

¿Qué frente más digna podría llevar una corona de princesa?

Bebieron el té en silencio, después el príncipe contó la escena que había tenido con su madre.

Al hablar sus ojos se encendían, mientras su voz temblaba.

Se sentía en cada frase que salía de su boca, el grito de su alma y también el palpito de una esperanza.

Porque el hombre enamorado no se desespera nunca ante sus sueños.

- Miriana, ahora será mía cueste lo que cueste – exclamó – Solo por su tranquilidad, para calmar esa cólera iracunda irracional, me alejaré un tiempo de ustedes... Me marcharé de viaje como pretexto, pero mientras tanto, prepararé todo para nuestro matrimonio...

Y durante mi alejamiento dos criados de confianza velarán por ustedes... ¿Miriana, está decidida a todo?

- Lo estoy, hermano mío.

- Y usted, Alessowa, ¿qué opina?

- Yo digo que este amor le traerá desgracias. Conozco demasiado a su madre... Tiemblo por usted y por mi hija.

- Por mí no ha de temer. En cuanto a ustedes, sabré protegerles de sus golpes.... Dé su consentimiento a lo que le pido padre mío, dado que como tal le considero... Marchemos juntos. Le conduciré hacia tierras lejanas mías, donde nadie podrá alcanzarnos. Miriana y yo nos casaremos pronto. El párroco de mis tierras no se opondrá a unirnos... Y mi madre con el tiempo acabará resignándose.

Toda la vida del joven príncipe parecía concentrada en aquellas palabras.

Alessowa dudaba. Un presentimiento triste le decía que con su consentimiento atraería la desgracia a su casa.

Pero el príncipe y Miriana sollozaban a sus pies.

- Padre, yo lo amo. – murmuró la muchacha débilmente.

- Padre, yo no puedo vivir sin Miriana, sin usted. Sígame o destruirá mi existencia.

El pobre padre no pudo resistirse más.

- Pues, que vuestra voluntad se cumpla – dijo, apoyando sus manos en las cabezas de los dos jóvenes – Y que Dios os proteja.

Quedaron de acuerdo que al amanecer del día siguiente el príncipe pasaría a recogerlos en su carroza, conducida por sus criados fieles Osippo y Sacha, que se habrían dado la vida por él. La carroza les conduciría hasta su lejana finca, que su madre no había querido nunca visitar, porque pertenecía a su difunto marido y allí encontrarían la felicidad y la paz.

Aquella noche el príncipe y Miriana durmieron poco.

Al amanecer, Stefano ya estaba en camino hacia la cabaña de Alessowa.

- ¿Llegaremos pronto? ¿La carroza está en buen estado? – había preguntado el príncipe.

- Sí, Alteza.

- ¿Se puede llegar hasta mis tierras de Greboff?

- Incluso más lejos, Alteza.

Stefano había metido en su maleta ropa, un fajo de billetes y algunos documentos importantes.

La mañana era muy fría, pero el príncipe sudaba por la emoción que le embargaba y las pieles que vestía.

Nunca el camino le pareció más largo, a pesar de que los caballos devoraban el camino.

Por fin llegaron a la cabaña.

El príncipe, que ya había abierto la puerta, bajó de un salto.

La puerta de la cabaña estaba abierta, pero no se oía ningún ruido y reinaba el silencio absoluto.

- ¡Alessowa! – llamó el príncipe, entrando en la habitación.

Nadie respondió, y él halló en el suelo el cuerpo exánime del anciano profesor.

- ¡Miriana! – gritó con angustia, – Miriana, Miriana, ¿dónde estás? ¿Dónde te han llevado? Ha sido obra de mi madre.

De repente pareció ponerse tenso ante la emoción.

Las lágrimas le secaron sus ojos y lanzaron un destello de furia.

- Ella tendrá que rendirme cuentas – exclamó – Pobre Alessowa... ¡Te vengaré! Dejó a Osippo al cuidado del cadáver y volvió a la carroza, dio orden a Sacha de llevarlo a palacio.

Ya había amanecido.

Stefano se dirigió a los aposentos de su madre.

La anciana y fiel doncella de Marta quería impedirle el paso.

- Su Alteza aún descansa.

- Se despertará – respondió duramente Stefano, empujando a la anciana.

La princesa estaba, efectivamente, aún en la cama, pero no dormía.

Al oír ruido, se incorporó.

- ¿Quién está ahí? – preguntó con voz seca y autoritaria.

- Soy yo – respondió Stefano acercándose a la cama de su madre.

- ¿Usted? ¿Qué quiere a estas horas?

- Vengo a pedirle cuentas por el asesinato de Alessowa y el secuestro de Miriana.

La princesa permaneció impasible.

- Está loco. No le comprendo.

- Le hablaré con calma – añadió Stefano con tono siniestro – tengo toda la razón. Sí, usted ha mandado asesinar a viejo y ha raptado a su hija. Ese cadáver, desgraciadamente, no lo puedo hacer revivir, pero usted me devolverá a Miriana.

- Está loco – repitió lentamente la princesa.

- Un loco no razona – dijo inclinándose hacia ella – y si yo ahora la asfixiara en su cama, la matase, nadie me haría responsable de mis actos... ¿entiende?

Marta tuvo miedo. Ella leyó algo terrible en los ojos de su hijo.

- ¿No siente – añadió Stefano – cuánto odio ha provocado en mi corazón?, ¿no entiende a qué me ha llevado? Devuélvame a Miriana, o le pediré audiencia al Emperador para que se haga justicia, y diré en voz alta que la princesa de Greboff ha sido la asesina de mi padre.

Marta se había quedado pálida. En lugar de responder a su hijo, tocó el timbre. Acudió la anciana criada.

- Baba – dijo la princesa, sin perder su impasibilidad – traiga aquí a la señorita que os he confiado.

Stefano se quedó paralizado, pero al mismo tiempo una alegría inmensa le llenó el corazón.

Volvería a ver a Miriana.

Baba había desaparecido.

A Stefano le habría gustado decirle algunas palabras a su madre pero la princesa había posado su cabeza sobre la almohada como si durmiese.

Stefano permaneció silencioso junto a la cama.

Baba reapareció trayendo a Miriana.

La muchacha estaba muy pálida y temblorosa. Al entrar en la habitación, ni siquiera vio al príncipe.

Marta se había en la cama incorporado de nuevo.

- Miriana – exclamó con un tono que daba escalofríos – diga a su amante qué le han hecho a usted y a su padre.

La joven volvió la cabeza hacia el lugar indicado por la princesa y vio a Stefano lívido, cadavérico.

Entonces con un grito de paloma asustada, se refugió a su lado.

- ¡Stefano! – dijo con la voz rota por la emoción. – Temía no volver a verle. Pero ahora si tuviera que morir lo haría feliz.

El príncipe bebía extasiado de sus palabras.

La voz de la princesa resonó de nuevo:

- Diga lo que le han hecho, ¡se lo impongo!

Miriana dirigió su rostro suave, inundado de lágrimas, hacia Stefano.

- Ayer noche – dijo – después de su marcha, mi padre sintió un fuerte dolor en el corazón.

“- Con tal de que viva para verte feliz... dijo con lágrimas en los ojos”.

- Yo sentía una angustia horrible, viéndolo tan agitado. Él tuvo que darse cuenta, porque trató de sonreír, me besó en la frente y me dijo:

“- Vete a la cama, hija mía, duerme tranquila.”

- En ese momento llamaron a la puerta. ¿Quién podía ser a esa hora? Mi padre quiso abrir él mismo. Entró esa anciana que me ha traído aquí y que reconocí en la aquella que me echó un día de este palacio.”

“- Vengo de parte de su Alteza, la princesa Gerboff – dijo a mi padre – que desea hablar con su hija.”

“- ¿A estas horas? “– exclamó mi padre extrañado, mientras yo escuchaba temblando detrás de la puerta de mi habitación.

“- Regrese y dígame a su Alteza que mañana yo mismo le llevaré a mi hija Miriana.”

“- Su alteza no espera – añadió la anciana – su hija debe seguirme ahora; aquí fuera le espera una carroza con dos criados. Venga Mariana.”

- Yo sentía mi corazón palpar con violencia.

- No, no iré – dije asustada – la princesa quiere hacerme daño, tengo miedo de ella.

- Mi padre se dirigió hacia mí, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, lanzó un grito y sujetándome los brazos, cayó desplomado al suelo.

Miriana se detuvo: tenía lágrimas en los ojos, en la voz.

Stefano con el corazón agitado continuaba a estrecharla en su pecho.

- ¡Continúe!, ¡Termine! – exigió la princesa.

Miriana tuvo un sobresalto y con la voz temblorosa continuó:

- Me lancé llorando sobre el cuerpo de mi padre, lo llamé, intenté levantarlo. La anciana me ayudó a incorporarlo. Entonces pude ver su rostro y grité de dolor. Mi padre había muerto... el susto, el miedo que yo había sentido por mí lo había fulminado. Tendría que haber muerto con él. La vieja trató de separarme del cadáver.

“- No se puede hacer nada – me dijo – y usted no puede quedarse aquí. Venga, avisaremos al príncipe de lo sucedido.”

- Su nombre pronunciado en aquel momento, fue para mí el único consuelo.

“-¿Él sabe que la princesa me ha hecho llamar? – pregunté.”-
Sí, - me respondió – la espera.”

“- Yo no puedo, ni debo dejar el cadáver de mi padre; avíselo... y pídale perdón de parte mía a la princesa, si no obedezco su mandato.”

“- Usted obedecerá, o la cólera de la princesa pesará sobre ustedes y sobre el príncipe. Una vez más, venga.”

- Me negué: me parecía un delito abandonar a mi padre.

“- Espere al menos hasta mañana.”

- La anciana fue inflexible. Llamó a uno de los criados que esperaban fuera y él me levantó de donde estaba y a pesar de mis súplicas y mis llantos, me arrastró a la carroza. Cuando llegué a palacio la vieja me condujo a una habitación y me dijo:

“- Quédese aquí, llore todo lo que quiera, pronto vendré a buscarla.”

- Me encerró dentro y me encontré como en una prisión. La habitación estaba iluminada por una pequeña lámpara en lo alto en una puertecita de hierro, no había ventanas y no podía ver la puerta por la que había salido la vieja...Horrorizada, le pedí a Dios que me ayudara, lloré, me tiré vestida en la cama y me quedé dormida. Abrí los ojos, cuando la anciana vino a buscarme. Ella no me había engañado. Usted me esperaba Stefano, con su madre... Perdone, princesa, perdone por haber dudado de su bondad.

La muchacha se había desvinculado de los brazos del príncipe y se había postrado a los pies de la cama.

Marta apenas la miró y se dirigió a su hijo diciendo:

- ¿La ha odio? ¿Soy yo la que ha mandado matar a Alessowa, soy yo la asesina de su hija

- ¿Esto era lo que creía, Stefano? –murmuró Miriana, dirigiendo su mirada al príncipe.

- Ordeno que se levante. Príncipe, usted no ha hecho más que insultarme y amenazarme. Pues bien, cátese, ya no me opongo. Ella no entrará en mi palacio hasta el matrimonio. Hasta entonces permanecerá al cuidado de Baba, en la cabaña de su padre. Le daré yo misma las órdenes oportunas.

Stefano quería añadir alguna palabra más, pero la princesa levantó la mano, exclamando:

- Esto es todo, márchese.

La noticia del matrimonio del príncipe Stefano Greboff con la hija del difunto profesor Alessowa, se difundió por todas partes, suscitando infinidad de comentarios.

¿Era posible que la princesa Greboff hubiese dado su consentimiento?

Parecía que sí, dado que ella misma había dado la orden de que se preparase el apartamento del matrimonio.

Stefano estaba sorprendido y al mismo tiempo le inquietaban las atenciones de su madre. ¿A qué se debía este cambio?

Ella nunca había dado señales de arrepentimiento. Miriana vivía tranquila junto a la anciana Baba, que parecía haber olvidado su dureza del pasado hacia la muchacha y la trataba como si fuera una hija.

Miriana no podía olvidar a su padre. Su recuerdo la tranquilizaba. Solo en presencia de Stefano se mostraba sonriente y feliz.

El príncipe mismo, junto a la adorada joven, fingía ser el hombre más contento, hablaba con dulzura del futuro que tendrían juntos.

Y se había cuidado mucho de decirle que todas las mejores familias le habían cerrado la puerta en las narices, que sus amigos le volvían la cara cuando lo encontraban.

Sin embargo, se hablaba mucho de la frenética actividad de su madre, para que todo estuviese preparado para la boda.

Pero en cuanto dejaba a Mariana, Stefano se sumía en profundas reflexiones.

Tenía oscuros presentimientos.

Su madre no era una mujer que perdonara y ni siquiera soportaba la humillación de verse cerrar las puertas a causa del matrimonio de su hijo.

¿Qué estaba sucediendo en su interior?

Cuanto más se acercaba la fecha de la boda, mayor era la irritación del príncipe.

Mariana acabó por darse cuenta.

- Stefano, usted está enfermo y no me lo dice...

- No, Miriana, le juro que me encuentro muy bien...

- ¿Su madre le ha hecho algún reproche?

- No, más bien al contrario, ella está tan complaciente que me asusta, sin ni siquiera saber el por qué...

Miriano lo envolvió en su mirada angelical.

- Stefano, juzga mal a su madre – dijo dulcemente.

- La princesa puede tener un carácter altivo, pero no le falta corazón... Borre su aprensión, si quiere que yo sea feliz.

- Sí, Miriana... tiene razón, ¡qué buenas es!

- Es por su amor por el que soy así.

Sonreía con tanta dulzura que conmovió a Stefano. Él la estrechó entre sus brazos y posó los labios sobre su frente.

- Miriana, mi esposa, ¡cuánto merece ser adorada!

Volvía a recobrar la esperanza. Miriana en su delicado sentir de mujer comprendía mejor que él lo que sucedía en el alma de su madre.

Sonrió al futuro.

El día de la boda había llegado. La ceremonia, según el deseo expreso del príncipe y de Miriana, debía celebrarse de forma privada y sin pompa.

Pocas habían sido las invitaciones e incluso esas fueron rechazadas.

El príncipe no dijo nada a Miriana para no preocuparla, pero tenía el corazón encogido por el dolor.

La princesa había mandado decir a su hijo que ella lo esperaba con su esposa en la habitación nupcial para bendecirlos.

La ceremonia tuvo lugar en una atmósfera casi lúgubre, sin embargo Stefano leyó en los ojos de su adorada tanto amor y tanto

reconocimiento, que sirvió para borrar todos sus siniestros presagios.

Ellos acudieron al palacio donde se había preparado un espléndido banquete.

Pero los dos esposos se quedaron solos en la mesa.

- Mejor – susurró Stefano a Miriana – la felicidad no quiere testigos. Y nosotros seremos felices para siempre y viviremos todo para nosotros.

A pesar de estas reconfortantes palabras, Miriana al poner pie en ese palacio, que tenía que ser su nuevo hogar, sintió una fuerte aprensión.

La comida terminó pronto.

Estaban a punto de levantarse de la mesa cuando se presentó Baba.

- Su Alteza la princesa les espera – dijo con una reverencia.

- No la hagamos esperar – murmuró Miriana con dulzura a Stefano – sin la bendición de su madre, me parece que no podré ser feliz, ni ser digna de pertenecerle.

- Miriana, esposa mía, yo deseo tanto como tú esa bendición. Ven.

Ellos se dirigieron hacia la habitación nupcial, que la princesa Marta había querido decorar personalmente, prohibiéndoles el acceso a todos.

El príncipe y Miriana cuando entraron miraron alrededor estupefactos.

La habitación nupcial estaba tapizada como una Iglesia, con franjas de terciopelo azul oscuro y franjas de plata. Las ventanas en forma de arco ojival, como las de un claustro, estaban pintadas en rosetones de un violeta oscuro, pesadas y aplastantes.

El único mueble que se veía, era un dosel en medio de la habitación, cuyas cortinas de brocado llegaban hasta el suelo y escondían la cama.

La princesa no estaba en la habitación.

A Stefano le asaltó un extraño pensamiento, se acercó a la cama nupcial y abrió las cortinas. De repente, salió un grito de sus labios.

Sobre la cama con la cabeza levantada por las almohadas, estaba la princesa, cadáver, con el seno desnudo atravesado por un

puñal, con la mano derecha levantada como si maldijera, los ojos abiertos de par en par, amenazadores, la boca retorcida y una sonrisa horrible.

Su malvada madre se había suicidado para lanzar un desafío a su hijo, vengarse y romper esa unión que maldecía y detestaba.

Y desgraciadamente su venganza se cumplió.

Stefano, al ver aquel terrible cadáver, que parecía fulminarlo con la mirada, se volvió loco.

Miriana aterrorizada, intentó huir, pero sus pies tropezaron con las cortinas de la cama y creyendo que era el cadáver quien la retenía, lanzó un grito espantoso y se desplomó.

Había muerto.

Pequeñas mártires.

I

Había nevado toda la noche, pero por la mañana el cielo estaba sereno. Soplaban sin embargo, una tramontana violenta y aguda, que golpeaba puertas y ventanas, y helaba la sangre en las venas.

Acababan de dar las seis, si bien en una miserable buhardilla, expuesta a la intemperie, dos niñas agarrotadas por el frío, se estaban poniendo sus humildes ropajes del día, a la luz de una lamparita de aceite que colgaba de la pared.

Tanto una como la otra se paraban de vez en cuando, ya sea para cerrar los párpados aún con sueño, ya sea porque los ataques repentinos de tos agitaban sus débiles pechos.

- ¿No habéis terminado aún? – gritó una voz de vieja ronca y maligna – como me levante, os hago vestir en un abrir y cerrar de ojos, a ritmo de latigazo.

Las dos niñas se volvieron a mirar asustadas hacia la esquina más oscura de la buhardilla, donde encima de un viejo catre, se agitaba una masa informe. Después se apresuraron a abrocharse los vestidos.

La voz ronca sonó de nuevo:

- Recordad la lección que anoche os enseñé. Venga Pinota, te toca repetirla.

Una de las niñas, la más alta, pero que no tenía más de diez años, se pegó a su compañera temblando y sin responder.

- Ahora, ¿te has vuelto muda, maldita mocosa, o has perdido la memoria? Cuidado que yo te la devuelvo y te alargo la lengua un palmo. ¿Clarina, has oído lo que le he dicho a tu hermana?

- Lo he oído – respondió preparada la más pequeña – pero Pinota y yo no queremos hacer lo que nos has dicho, porque tenemos demasiado miedo...

- ¿Miedo de qué, pequeñas simias?

- Si descubrieran los guardias, que mientras vendemos cerillas,

robamos los objetos de los mostradores y de las vitrinas de las tiendas...

- ¡Basta, estúpida! – interrumpió enfurecida la vieja. – Y para acallar vuestros miedos y vuestros escrúpulos, tomad.

La masa sin forma se había alzado, y mostraba la silueta de una arpía, que sujetaba una frustra, cuya fina y tensa cuerda no tardó en caer sobre los hombros de las pequeñas mártires.

Daba pena ver a las pequeñas protegerse una a la otra de los golpes, llorando, suplicando piedad a la triste vieja.

- No, quiero que aprendáis que conmigo hay que portarse bien y si os atrevéis a hacer observaciones, veréis como las acojo yo.

II

Pinota y Clarina, abrazadas muy fuerte, se habían refugiado bajo la ventana. Sordos gemidos y sollozos sacudían sus delgados cuerpos, unidos a los secos golpes de tos.

La arpía no había abandonado el látigo, daba golpes a diestro y siniestro, exclamando:

- ¿Así vais a entenderme, canallas? ¿Haréis lo que yo digo?

- Sí, mamá, sí – repitieron llorando las desventuradas, exhaustas por los golpes.

La arpía bajó el brazo armado.

- Entonces, coged vuestra caja y marchaos... y ¡ay de vosotras si volvéis con las manos vacías!

II

Pinota y Clarina bajaron a la calle con los frágiles miembros doloridos por los golpes recibidos, los ojos rojos y aún hinchados por las lágrimas.

El viento de tramontana, golpeando sus rostros y el frágil cuerpecito, pareció helarles la sangre en sus venas.

Ellas juntaron sus cuerpos temblando, castañeteando sus dientes, sintiendo más fuerte el ardor en sus pechos.

Hicieron el camino en silencio, pegadas a la pared, hasta que llegaron bajo el pórtico de una Iglesia aún cerrada.

Entonces Clarina se paró de repente y cerrando sus pequeños puños con rabia dijo:

- ¿Por qué tenemos que tener una madre tan mala? – exclamó.

Pinota, con un gesto cariñoso, pasó un brazo alrededor de su hermana, acercó su rostro pálido al de ella.

- ¿Sabes? No lo creerás, – le susurró. – No es nuestra madre. Yo lo recuerdo todo, tengo dos años más que tú. Mamá era una bella mujer, que se parecía a ti. Todavía te recuerdo en sus brazos, mientras yo caminaba a su lado agarrada a su falda. Mamá no nos pegaba nunca. Nos besaba a menudo. Nos compraba dulces y juguetes.

Pinota se paró. Las lágrimas se había secado en los ojos de Clarina, que escuchaba como embrujada por su hermana.

Era una escena conmovedora la de las dos pequeñas, acurrucadas en las escaleras de la Iglesia, temblando de frío entre los soplidos helados de la calle, sin embargo eran felices de que nadie molestara sus ingenuas confidencias y recuerdos.

Alguno les dirigía una rápida mirada cuando pasaba muerto de frío bajo el pórtico de la Iglesia, pero ellas no se daban cuenta y aunque tenían hambre, no tocaban la rebanada de pan dejada encima de las cajas de cerillas, porque sus manitas estaban resguardadas en el chal que cubría a duras penas sus hombros y su pecho.

- No sé cómo se llamaba mamá – continuó Pinota – ni en qué trabajaba papá.

- ¿También teníamos un papá? – preguntó Clarina, abriendo los ojos de par en par.

- Claro, pero también él debía ser malo porque hacía llorar a menudo a mamá y no nos besaba nunca. Mamá solo estaba alegre cuando papá no estaba. ¡Entonces sí que nos besaba y nos acariciaba! Y nos dejaba dormir en su cama, en grandes almohadas de plumas, envueltas en dos o tres mantas.

- ¡Qué gloria! – murmuró Clarina, cerrando los ojos luminosos, dejándose llevar por las dulces fantasías, mientras su cuerpecito temblaba de frío, y el viento helado le golpeaba en la cara.

Pinota suspiró:

- ¡Duró poco! Una noche papá nos despertó a las dos. Tú empe-

zaste a llorar llamando a mamá.

- ¡Calla! – gritó papá, cerrándote la boca – Mamá ya no existe, no la verás más... y si no dejas de llorar... ¡ay de ti!

Levantó el puño, como si quisiese destrozarte. Yo le agarré el brazo.

- No la pegues papá, seremos buenas.

Él me miró hostil, mientras tú te habías calmado al oír mi voz.

- Rápido – añadió – dejad que os vista...

Y así, papá nos ayudó a ponernos los calcetines y el vestido. Después te cogió en brazos, me dio la mano y salimos de casa. Las calles estaban aún a oscuras. Papá caminaba deprisa, tanto que me costaba seguirle. Íbamos a la estación, un tren estaba a punto de partir. Papá se sentó con nosotras, en una gran carroza, donde casi no se nos veía y había grandes bancos de madera. Él nos tumbó sobre un banco, nos cubrió con su capa y dijo:

- Dormid.

- ¡Qué viaje más largo fue ese! Cuando abrí los ojos ya era de día, seguíamos tumbadas sobre el banco de la carroza. Papá nos dio un pedazo de pan que nos comimos en seguida después, nos volvimos a dormir, y cuando nos despertamos, era de nuevo de noche y teníamos mucha hambre. Tú llamaste de nuevo a mamá y papá respondió:

- La verás dentro de poco...

- Bajamos del tren y papá te volvió a coger en brazos, me arrastró cogiéndome de la mano y nos condujo donde la vieja que dijo ser nuestra madre. ¡Pero no es verdad!

- ¿Dónde estará nuestra madre?

- Yo no la volví a ver, ni volví a ver a papá. Un día le pregunté a la vieja, que me soltó una bofetada y me respondió:

- Aprende a hacer preguntas estúpidas. Yo no sé de qué padre me hablas, y vuestra madre soy yo, solo yo.

- ¡Ay, la muy malvada! Ella quiere que robemos, pero yo aunque me mate a golpes, no quiero robar.

- Y ni siquiera yo, porque me parece que nuestra otra madre puede llegarlo a saber y lloraría por nuestra culpa.

III

La Iglesia había abierto.

Las niñas entraron después de santiguarse con devoción y se sentaron en un banco a rezar.

La vieja no les había enseñado ninguna oración pero las dos niñas se dirigían con sencillez a la Virgen, pidiéndole que les concediera volver a ver a su otra madre, que fueran buenas y que la vieja no las matara a golpes.

Su oración nacía espontánea de sus labios porque provenía de su corazón. Una especie de alivio las embargaba haciendo que olvidaran los padecimientos que sufrían.

Ellas miraban estáticas los ornamentos dorados y de mármol del templo, los de terciopelo, las luces del altar, los ángeles pintados en el techo, que parecían mandarles besos y flores.

El hambre y el miedo de volver a casa sin haber vendido una sola caja de cerillas, las sacó de esta contemplación.

Salieron a la calle y se adentraron hacia el mercado, gritando con su monótona cantinela:

- Cerillas, señores, cerillas.

Pero el cielo se había vuelto más gris, había empezado a nevar y la gente pasaba muerta de frío, ocupada, sin prestarles atención o contestando mal a sus ofrecimientos.

A mediodía entre las dos no habían vendido más que cinco cajas de cerillas.

Y a pesar de que sabían lo que les esperaba, al regresar con las manos vacías, no tocaron nada de los puestos por los que habían pasado.

Incluso cuando de uno de estos puestos cayó al suelo un par de zapatos, sin que la vendedora se diera cuenta, Clarina se apresuró a recogerlo y a devolverlo, diciendo con timidez:

- Tenga, estaba en el suelo.

- Buena chica, gracias. Toma, es para ti.

Y le dio una moneda que la niña aceptó con gran alegría, porque era el primer producto de una acción honesta.

- Esto podemos gastarlo para nosotras – dijo toda orgullosa.

Y compró pan blanco que compartió con su hermana. Pero regresando a casa, las dos pequeñas estaban preocupadas.

- Hoy habrá golpes – dijo Pinota – y lo siento por ti, que eres tan grácil y pequeña...

- Yo ni siquiera lo pienso. Me gustaría recibir el doble de golpes, con tal que ahorrártelos a ti.

- No digas eso, yo los soporto mejor, y se me ocurre una idea. Dame tres cajas de cerillas y coge el dinero, así me castigará solo a mi...

- ¿Y crees que lo permitiré? ¿Crees que no tengo corazón?

Se había echado a llorar. Pinota la besó.

- Perdóname, no volveré a hacerte una propuesta así.

Las dos pequeñas mártires subieron despacio las escaleras que llevaban a su buhardilla, cogidas de las manos.

Temblaban, la una por la otra.

Acababan de entrar en el pasillo, cuando la puerta de la oscura buhardilla se abrió y apareció la arpía.

- Por fin estáis aquí. Pensé que no volvíais, iba a buscaros. ¡Adelante, adelante!

La casa sucia no anunciaba nada bueno.

Empujó dentro a las pequeñas, cerró la puerta y dijo con una malvada sonrisa:

- Veamos los resultados.

- Mamá no hemos podido coger nada – respondieron casi al unísono las pequeñas – aquí tiene las ganancias.

Pusieron sus cinco monedas sobre la mesa, donde la vieja debía haber comido ya, porque se veía un plato sucio, un cuchillo y migas de pan.

- ¿Esto es todo? – preguntó la vieja con voz ronca y siniestra.

- Todo, mamá, nieva...

- Ya os daré nieve en las espaldas, marmotas, holgazanas, inútiles.

Se quitó un zueco y comenzó a golpearlas despiadadamente. Eran golpes secos, rápidos y terribles.

Las dos pequeñas mártires gemían de dolor.

Clarina había caído al suelo y de la boca brotó un chorro de sangre.

La vista de aquella sangre, la enfureció aún más y produjo una reacción terrible en Pinota.

Mientras la vieja se inclinaba para seguir golpeándola, Pinota con un salto se acercó a la mesa y cogió el cuchillo que estaba en el plato y se lanzó hacia la arpía y la golpeó con todas sus fuerzas en la espalda, diciendo:

- ¡Esta para ti!

La vieja miserable no pudo revolverse, ni lanzar un grito. Cayó, desplomada con la cara contra el suelo y quedó inmóvil.

El golpe había sido mortal.

Pinota no quiso comprobarlo.

Ella no sentía ninguna pena por lo que había hecho: no pensaba más que en su hermanita.

Alzó entre sus brazos el cuerpecito sangrante, lo puso sobre catre y se arrodilló cerca de su hermana.

- Clarina... Clarina... mírame... no volverá a hacerte daño.

La pequeña mártir abrió los ojos... indicando con la manita el pecho molido a golpes.

- Me duele tanto – balbuceó – se terminó, Pinota.

- No digas eso, te curarás... Clarina... Clarina...

Ella intentó levantarse, seguir hablando, pero un nuevo brote de sangre salió de su boca.

Volvió a caer sobre la cama. La carita contraída y abatida comenzó a afilarse, después de proferir un largo suspiro, los ojos se abrieron de par en par, quedando clavados sobre su hermana.

Pinota, asustada por esa mirada fija, la llamó por su nombre. Clarina ya no podía responder.

El ángel de la muerte la había rescatado de todos sus padecimientos.

Cuando dos horas después, los policías entraron en la buhardilla seguidos por los vecinos y curiosos, Pinota seguía sujetando la mano de su hermana y le hablaba pidiéndole que respondiera, que no la dejara sola.

Retiraron a la arpía: estaba muerta.

- ¿Quién ha matado a esta vieja? – preguntó uno de los policías.

Pinota lo oyó.

- He sido yo – respondió con sencillez y dulzura. – Había pegado mucho a mi hermana... y yo la he golpeado a ella...

- ¡Pero era tu madre, desgraciada! – exclamó una de las vecinas.

- Mi madre está lejos, lejos. Díselo tú Clarina, que no nos pegaba nunca, nos daba dulces y juguetes... Levántate Clarina, que iremos con ella... ¿Por qué no te mueves y me miras fijamente? Clarina, Clarina, soy yo... tu hermana...

Y sonrió de una manera tan dulce y triste que conmovió a todos.

El alma frágil de la niña no había soportado aquellos golpes crueles que la derrumbaron.

Ella había perdido la razón.

¡Mendigo!

La vi el pasado septiembre, acurrucada sobre un peldaño de la majestuosa escalera que desde la Iglesia de San Andrea lleva al Santuario de la Consolata.

Su ropa y su rostro anunciaban la miseria y el dolor en su fase final.

Cuando pasé por su lado, levantó la mirada apagada, una amarga sonrisa contrajo sus labios lívidos y delgados, la mano derecha retiró con un movimiento nervioso los cabellos grises enmarañados que se le escapaban de un gorrito gastado, mientras extendía la izquierda suplicando.

Miré con compasión y repulsión a la mendiga, dejando caer una moneda sobre aquella mano arrugada, que un día había manejado tanto oro y que príncipes y duques cubrieron de piedras preciosas... y de besos.

Hace veinte años, la *jeunesse dorée* turinesa deliraba por las acciones y las extravagancias de Musetta, una *cocotte* que un viejo libertino había sacado de una lúgubre buhardilla en plena adolescencia y la había lanzado al gran mundo.

Era conocida por su belleza y sus caprichos. Solo amaba el lujo y los placeres, tenía el corazón cerrado a los afectos puros y gentiles. No conocía la piedad.

Musetta había atrapado en sus redes al riquísimo empresario Barni. Él sabía bien que la desgraciada lo arrastraba hacia una irreparable desventura, pero no tenía el valor, ni la voluntad de frenarse.

Musetta lo había dominado, embriagado y enloquecido.

Alguien dijo a la joven que sería bueno para ella abandonar a ese hombre, esposo de una mujer bellísima y virtuosa, padre de dos niñas pequeñas, y encontrar otros amantes.

Musetta estalló a reír. Disfrutaba llevando la discordia a una buena y tranquila familia, torturar el corazón de una esposa, turbar la serenidad de dos niñas. Creía de este modo demostrar su poder.

Desde ese día arrastró todavía más a Barni en su pasión desenfrenada. Se mostraba en público con él, en los teatros, en los paseos, y si coincidía que su carroza se encontrara con la de la mujer del empresario, la desafiaba con miradas y sonrisas insultantes.

Una asquerosa y sucia enfermedad golpeó a Musetta cuando menos se lo esperaba. Cuando se curó, se quedó tan deformada en su rostro y en su cuerpo que los amantes huyeron horrorizados.

Musetta se encontró sola, despreciada y consciente de su degradación, y con un terrible miedo al futuro.

De un rico apartamento pasó a una modesta habitación amueblada. De esta pasó a una buhardilla, sin muebles, expuesta al viento, al hielo, a la lluvia y a los rayos del sol. No tenía más medios para subsistir. No sabía, ni podía trabajar.

El cuerpo se había debilitado, desangrado. Sufría terribles dolores de cabeza y lacerantes neuralgias en el estómago que le hacían gritar injurias y blasfemias. Se dedicó a mendigar, y cuando recaudaba algo, la desgraciada regresaba a su buhardilla con una botella de aguardiente... y se emborrachaba, molestando a todo el vecindario.

Nadie se ocupaba de ella. No tenía amigas. En un duro invierno estuvo dos días encerrada en la buhardilla. Al tercer día el portero, temiendo lo peor, avisó a un policía quien intentó abrir la puerta.

Musetta estaba tirada en el sucio catre, envuelta en una vieja manta de lana. Recibió al portero y al policía con insolencias, diciendo muy seca:

- ¿Quién os ha llamado?

Una noche, de un rincón de su memoria dormida, surgió el recuerdo de su amante Barni. Le escribió contándole su terrible miseria. Pedía una limosna. No obtuvo respuesta.

Pasó una semana. Musetta estaba peor que de costumbre. Los dolores de estómago se habían vuelto insoportables. Todo su cuerpo temblaba, lanzaba largos y profundos suspiros que terminaban en un grito agudo.

Estaba sola en su sucia buhardilla, tumbada en su catre, con los riñones destrozados, la cara alterada, pasando sus delgadas y huesudas manos por el estómago para atenuar los dolores, cuando la puerta se abrió y apareció una hermosa señora, vestida con ele-

gante sencillez, llevando entre sus manos unos paquetes y una bolsa repleta.

Era la señora Barni, la esposa ofendía, ultrajada, que se vengaba noblemente de Musetta, viniendo en su ayuda, tratando de aliviar sus dolores, y abrirle el camino del arrepentimiento.

¿Creéis que la desgraciada al reconocerla lloró de vergüenza, de remordimiento o de agradecimiento?

De los labios lívidos, tumefactos de Musetta, brotaron las injurias más groseras.

Ante las palabras de consuelo, de piedad de la señora, la mendiga se tapó los oídos con ambas manos, cerró los ojos y acurrucándose a un lado bajo la manta vieja, respondió con frases insultantes, llenas de amenazas, con gritos roncós, sordos, inarticulados, hasta que la voz se le apagó, sofocada por las espasmódicas y atroces convulsiones.



La confesión de una suicida.

I

Es de madrugada.

Estoy a punto de encontrarme con Dios, pero no quiero terminar mi vida de miserias y penurias, sin revelar mi verdadera existencia, para que mi hija pueda conocerme un día, juzgarme, y buscar al hombre, a su padre, que me ha dejado en este estado y llevarle mi perdón.

Sí... ¡lo perdono!

Sin embargo hubo un tiempo que blasfemé contra él, le deseé la muerte, le pedí a Dios que le hiciera sufrir, más de lo que he sufrido yo.

Pero ahora todo ha pasado.

No podría morir tranquila, con una maldición en los labios. Tendría miedo de que la maldición recayera sobre la cabeza de mi inocente hija.

La muerte no me asusta. La anhelo con el pensamiento. Ya me veo allí tumbada, inmóvil, rodeada de curiosos, que comentarán mi final y quizás tengan para mi alguna palabra de conmiseración.

Mi muerte será la vida de mi hija.

¿Quién no tendrá piedad de la inocente criaturita abandonada?
¿Quién le negará el pan?

Se lo niegan ahora porque tiene una madre.

“- Le toca a usted alimentarla. Trabaje.”

¿Trabajar? ¡Cuánto lo he intentado! ¡Cuánto he implorado, sin obtenerlo jamás! He extendido mi mano por mi hija, y en lugar de pan, de limosna, tuve proposiciones deshonestas.

¡No, no; mejor la muerte, mil veces la muerte!

A mi edad es atroz, lo entiendo, ¡pero es necesario!

II

Nací en un pueblo del Piamonte, donde mi padre vive aún, pero pobre, paralítico y tonto.

Dios lo ha castigado por haber sido demasiado severo, inflexible conmigo. Junto a él está mi hermano, aún más cruel que mi padre.

Él es quien lo atizó y lo volví en mi contra, fomentó su odio, me redujo a la desesperación, rechazó el pan para mi hija, quería que ella muriese conmigo

La raza de Caín no ha terminado.

Mi madre murió al dar a luz y mi padre no me perdonó esta culpa del destino.

Quizás no era más que egoísmo por su parte, porque cuando mi madre vivía, él no tenía que ocuparse de ninguna cosa de la casa, siendo ella una buena mujer y conocida como el ama de casa más trabajadora del pueblo.

Si mi padre era un discreto médico, mi madre lo superaba en sabiduría, y los aldeanos confiaban más en ella. Y si en la casa, por entonces, se vivía en la abundancia, se debía sobre todo a mi madre.

Cuando yo nací, mi hermano tenía ya doce años y era el ídolo de mi padre, que no deseaba, ni esperaba otros hijos.

Fui entregada a una campesina quien me cuidó durante cinco años, mandándome con sus hijos, con apenas tres años, a cuidar las vacas y los cerdos, alimentándome como ellos con harina de maíz y pan duro.

Mi padre venía a verme una vez al año, me decía que parecía un mono y que no merecía gastar 12 liras al mes para mi manutención.

La idea de ahorrárselas le llevó a encerrarme en casa.

De hecho yo le costaba poco, ya que me daban las sobras de la comida y lo que mi hermano no quería.

Nunca comía con mi padre. Siempre estaba relegada a la cocina como la criada y tenía que ayudarla a los trabajos más duros.

A pesar de todo crecí sana, alegre y fuerte y con quince años me consideraban la señorita más bella e instruida del pueblo.

Y aquella instrucción había sido obra mía, porque una vez terminada la escuela primaria, mi padre no quiso mandarme más a la escuela y yo intenté cultivarme con mucho estudio, largas lecturas y profundas reflexiones.

Mi hermano había sido mandado a Turín, porque mi padre quería que estudiara Medicina, para poder tomar su puesto en el pueblo, donde teníamos algunos bienes.

Mi padre estaba siempre fuera visitando a sus enfermos y yo me quedaba días enteros, sola con la criada, una campesina buena y ruda que me tenía mucho cariño, y a la que yo correspondía ese afecto.

Sin aquella pobre mujer, yo habría vivido abandonada porque nadie en el pueblo se preocupaba por mí, habiéndome prohibido mi padre acercarme a nadie.

III

El primer domingo de octubre comenzaba la fiesta del pueblo. Además del baile, la feria, había luces y fuegos artificiales.

La fiesta duraba tres días, y venían de otros pueblos, vecinos y sus amigos y conocidos de Turín. Los días de fiesta eran días de diversión para mí dado que había un poco de movimiento, de alegría en la casa, y esos días, mi padre y mi hermano parecían olvidar su humor negro contra mí. Ese año, que resultaría fatal para mí, que aún no había cumplido las dieciséis primaveras, durante la feria, con mis ahorros conseguidos moneda a moneda, pude comprarme un bonito vestido, que la modista del pueblo me cosió de maravilla, tanto que fui la envidia de todas las señoritas.

El primer día de la feria pasaba yo en medio de la gente, del brazo de mi criada, que llevaba su ropa de las fiestas y presumía de sus pendientes de oro, cuando un grupo de muchachos se retiró para dejarme pasar.

- ¡Qué niña más bella! – dijo uno de ellos.
- ¡Un ángel! – añadió el otro.
- Es la más bonita del pueblo – prosiguió otro.
- ¿Sabes si es de aquí?
- Sí, es la hija del médico Robotto.

- ¿La hermana de Andrea?

- Sí, ¡pero no se parece en nada a su hermano!

La sangre subió a mis mejillas y sentía latir muy fuerte el corazón.

Dirigiendo una tímida y rápida mirada al grupo, mis ojos se encontraron con los ojos espléndidos y brillantes de un joven elegante, que parecía no poder dejar de mirarme.

Sentí una sensación como de mareo, y para liberarme de esas miradas, intenté pasar a través de los puestos, arrastrando conmigo a la buena Caterina, que no entendía nada de mi impaciencia y se esforzaba en seguirme, diciéndome:

- Ve señorita Amalia que no se puede pasar... vayamos más despacio, además no tenemos ninguna prisa.

El joven me había seguido a través del gentío. Dos veces su brazo tocó el mío. Otras dos veces nuestras miradas se encontraron.

Y yo sentía una excitación inexplicable, mezclada con una infinita dulzura, la primera y más profunda excitación de mi vida.

IV

Soñé toda la noche con el apuesto desconocido... veía siempre sus ojos espléndidos, fijos sobre mí. ¡Había un encanto tan grande en aquellas miradas!

En los tres días que duró la feria, vi siempre al joven, que no dejó de seguirme por todas partes.

Había comenzado a sonreírle. Pero no había logrado saber quién era, así como nadie se había percatado de aquel pequeño idilio, nacido en el tumulto de la gente, en medio del alboroto de los campesinos.

¡Qué tristeza cuando las fiestas acabaron!

Estaba segura de que no volvería a verlo; el primero, el único que me había hecho sentir aquellas poderosas, suaves emociones, que desgraciadamente ponen a prueba nuestra debilidad.

Pasó una semana.

Una mañana, trabajaba en el comedor junto a la ventana abierta que daba al jardín, más absorta en mis sueños que en mi trabajo,

cuando un crujido de arena me hizo levantar la cabeza. El joven, que llenaba todos mis pensamientos estaba a pocos pasos de mí, se acercaba.

Sentí que me ruborizaba. Mi padre estaba fuera en sus visitas médicas, Caterina había salido a hacer la compra.

Estaba sola, realmente sola.

No me atrevía a marcharme, no sabía qué hacer.

El joven se acercó a la ventana, se quitó el sombrero.

- Señorita.

- ¿Qué desea señor? – pregunté con voz firme, sin atreverme a levantar la vista.

- Quisiera hablar con su padre.

- Papá no está en casa.

- ¿Podría decirme a qué hora regresa?

- No tiene nunca una hora fija. Podría estar aquí en un rato o no regresar hasta la noche.

- Si me permite, esperaré un poco.

- ¿El señor quiere entrar?

- No, no, estoy bien aquí.

Se había apoyado en el alfeizar de la ventana.

El corazón me latía desbocado. Retomé mi trabajo, pero mis manos temblaban.

- ¿Qué está bordando, señorita? – me preguntó tras un breve silencio. Sentía sus miradas que recaían en mí.

- Una tontería. Una cifra en el pañuelo de mi hermano.

- Muy afortunado su hermano, y afortunado también me siento yo por venir a este pueblo y haberla conocido.

Temblaba como una hoja agitada por el viento.

- Señor...

- Deje señorita que me desahogue, moriría si no hablase. Había venido aquí animado por mis amigos a los que les apenaba verme siempre triste, por grandes disgustos sufridos. No amo la diversión, por lo tanto mostraba mi rechazo. Quizás tenía el presentimiento que en este pueblo se iba de decidir mi destino. Y no me equivocaba, porque lo encontré, señorita.

Su voz había temblado, parecía esconder sollozos. Creía que mi pobre corazón se iba a romper.

- No sé – murmuré – cómo puedo haber influenciado su destino.

- ¿No me ha entendido? ¿No ha leído en mis ojos, en mi alma, esa alma que ya entera le pertenece, que la amo ardientemente, locamente, como se ama solo una vez en la vida?

Me cogió la mano, y la rozó ligeramente con sus labios, añadiendo:

- Si el corazón no me engaña, si sus miradas no mienten, ¿yo no le soy indiferente verdad?

- No – murmuré, rendida, feliz.

- ¡Gracias! ¡Gracias!...usted en este instante me hace el hombre más feliz... y solo espero que su padre confirme nuestra felicidad, concediéndome esta adorada manita.

¡Qué ingenua y estúpida muchacha era entonces!

Temerosa de que mi padre acogiese mal al joven, y me castigase por haberle escondido ese casto idilio, respondí balbuciendo:

- No... no hable aún con mi padre. Es un hombre malhumorado, no sé cómo le recibiría. Primero le hablaré yo.

- ¿Y mientras tanto tengo que renunciar a verla? – exclamó el joven con tal dolor, que me conmovió profundamente.

Fui tan loca que lo cité esa noche.

Mi padre solía irse después de cenar a jugar una partida con el farmacéutico, y no regresaba hasta medianoche.

Caterina y yo debíamos acostarnos después de cenar, y dado que la buena campesina dormía con un sueño profundo que duraba hasta el amanecer, yo aprovecharía para bajar al jardín y hablar con aquel joven, que ocupaba ya todos mis pensamientos, mi corazón, mi alma.

V

Aquella noche mi padre tardaba más de lo habitual en salir y a mí me devoraba la inquietud, la impaciencia.

- ¿Por qué me miras como una tonta?...- gritó de repente mi padre. – Vamos, ¡a la cama!

Seguí a Caterina, que ya había encendido la vela y subía la escalera que conducía a las habitaciones superiores, bostezando.

Después oímos cerrarse la puerta de la calle. Era mi padre que se marchaba.

- Me voy a la cama porque me caigo de sueño – murmuré ruborizándome.

- ¿No rezamos el rosario?

- Lo rezaremos doble mañana. Buenas noches.

Caterina dormía en mí misma habitación, en una cama igual a la mía. Mi padre no hacía ninguna distinción entre nosotras. Caterina no me pareció nunca tan lenta como aquella noche. Tenía que hacer grandes esfuerzos para contener mi impaciencia, viéndola desatarse despacio su falda, estirar los brazos, rezar las oraciones, rascarse las piernas, una vez quitadas las medias, abrir despacio la cama. Por fin la cama crujió bajo el peso de su cuerpo y con voz somnolienta dijo:

- ¿Debo apagar la luz? – me preguntó la pobrecilla.

No respondí. Creyó que dormía, apagó la vela y minutos después roncaba como un órgano. Me deslicé fuera de la cama, hice un hatillo con mi ropa, cogí los zapatos, y con los pies descalzos, en camisión, y a tientas busqué la puerta...y no respiré hasta que no bajé al comedor.

Allí estaba siempre encendida una lamparita de aceite, para que mi padre al entrar en casa no se encontrara en la oscuridad.

Me vestí rápidamente y abrí sin hacer ruido la puerta que daba al jardín. La noche era oscura, pero yo me colé entre las plantas, hasta un seto bajo que separaba el jardín de la carretera.

Había intuido cerca del seto una sombra.

- Señor...- murmuré con voz temblorosa.

- Llámame Rino – respondió la voz suave del joven.

Y cuando saltó el seto, apareció a mi lado, y yo me sentí rendida entre sus brazos, con mi corazón contra el suyo.

- Dime tu nombre amor mío...- susurró.

- Amalia...

- Cómo tiembles, querido ángel... ¿tienes frío?

- No, no, pero venga conmigo... no podemos estar aquí, podría pasar alguien por la calle y vernos.

Lo llevé a un pequeño cenador, donde había unos asientos rústicos y nos sentamos juntos.

Me tenía rendida. Rino juró que me adoraba, que dedicaría toda la vida a mi felicidad. Dijo que vivía en Turín, que era muy rico, solo, independiente, que no había amado nunca y que yo sería su adorada esposa, el único amor sobre la tierra.

Sus palabras sonaron en mi alma como música embriagadora. Yo me sentía extrañamente feliz. Un calor nuevo corría por mis venas, me parecía estar envuelta en llamas. No tenía a nadie que me defendiese en ese momento. Nadie me había enseñado la culpa, y yo no la comprendía, ni la temía. Fui suya por sorpresa, por inexperiencia.

Me abandoné, sin entender, al éxtasis de aquel amor que creía compartido, y que me pareció lleno de infinitas dulzuras.

Pobre Eva seducida, no había pensado que por un momento de emoción, de felicidad, había arriesgado la de toda la vida, había deshonrado a mi padre y olvidado de un golpe el pudor natural de una niña.

Me parecía estar protegida, salvada de mi misma, de todos, por aquel hombre que me estrechaba entre sus brazos, cuyo corazón palpitaba contra el mío y cuyos labios repetían con pasión:

- Te amo, te amo, ¿eres mía para siempre, para siempre!

¿Por qué Dios no fulminó en ese momento al mentiroso?

VI

La noche siguiente esperé en vano en el jardín que el joven apareciese.

Las horas pasaron, pero él no vino.

Y durante un mes entero, lo esperé con impaciencia siempre junto al seto, avanzando a cada ruido, pareciendo ver a cada momento su bella figura avanzar, y oír cómo me llamaba dulcemente por mi nombre.

Pero al fin tuve que rendirme a la evidencia. Rino no volvería a aparecer. Yo había sido para él un capricho momentáneo, y se había marchado, sin preocuparse de su propia víctima, sin pensar en la desesperación que podría llevarla a la muerte.

Y esta fue en efecto mi primera idea: matarme.

Y la maduré hasta el día en que sentí moverse a la criatura en mi vientre. Por ella viviría, y buscaría a su padre.

Mientras tanto, entre la angustia, el temor y la vergüenza mi salud se había visto afectada, las mejillas habían perdido su color, un círculo negro rodeaba mis ojos que brillaba con una luz febril. Mi padre se preocupaba tan poco de mí, que no había advertido los cambios; pero mi hermano, que había venido a pasar unos días a casa, se sorprendió mucho, y después de haberme observado con detenimiento, se encerró con mi padre en el estudio.

Tuve el presentimiento de que hablaban de mí. Y cuando oí la voz de mi padre que me llamaba, el mundo se me cayó encima. Vacilé aturdida, y estaba tan pálida y temblorosa cuando me presenté ante mi padre y mi hermano, que no sé cómo puede mantenerme en pie.

Los dos hombres estaba ante mí, mirándome siniestra y cruelmente.

Sentía que me moría.

- ¡Desgraciada! -, exclamó mi padre con un tono que me rompió el corazón – ¡tú estás embarazada!

No lo negué, no habría podido hacerlo. Caí de rodillas, sujetándome las manos.

- Perdón... perdón...

Mi padre me cogió por los hombros y me sacudió violentamente.

- Dime el nombre del miserable, dime su nombre. Quiero saberlo.

- No lo sé.

- No lo sabes, desgraciada... maldita... ¿quieres que acabe contigo? Habla, dónde lo conociste... ¿quién es?

Mis dientes permanecían tan cerrados como mis labios.

- No hablará la desvergonzada – dijo fríamente mi hermano – y mientras tanto nosotros por su culpa estamos deshonrados y seremos el hazmerreír del pueblo. ¡Bien dijiste un día que Amalia no podía ser hija tuya!

Ante tal innoble y vil ultraje que lanzó sobre un recuerdo sagrado para mí, no supe contenerme y me levanté ante mi hermano con tanta furia que él se echó atrás.

- ¡Vil! ¿Cómo osas insultar a nuestra madre? - exclamé.

- Mira quién defiende su virtud – añadió mi hermano. – Papá, si

ella sigue un minuto más en nuestra casa, me marcharé.

- Bien, me marcharé – dije firme, transformada, poderosa, capaz de luchar por mi criatura.

- Si solo tú eres el hijo de nuestro padre, yo no tengo nada más que hacer aquí; no tenéis derecho a insultarme, a torturarme.

- Oíd a la descarada, que aún habla de derechos. ¡Yo te voy a dar derechos! – exclamó mi padre.

Y sin piedad por mi estado, se lanzó sobre mí, golpeándome de forma despiadada, mientras mi hermano, en lugar de ayudarme a esquivar los golpes, añadía:

- Más fuerte, más fuerte, merecería que la matásemos.

Soporté aquellos golpes, sin quejarme, orgullosa ante los dos verdugos, que terminaron por echarme a la calle, diciéndome:

- Y ahora, ¡vete, desvergonzada... y ¡ay de ti si vuelves a usar nuestro nombre!

Aún tuve fuerzas para responder:

- Aborrezco vuestro nombre, lo desprecio tanto cuanto os desprecio a vosotros... conservaré el de mi madre.

Y caí desmayada.

VII

Era de noche cuando volví a abrir los ojos y seguía sola. La puerta de mi casa estaba cerrada irremediablemente.

Me alejé con dificultad, pudiendo caminar a duras penas, con todo el cuerpo dolorido, y sin saber dónde dirigirme. De repente sentí pasos detrás de mí y la voz preocupada de Caterina.

- Señorita... señorita.

Me paré, asumiendo un aspecto altivo.

Si acudía de parte de mi familia, estaba decidida a no responder.

- ¿Qué quieres?

- ¿Usted no puede irse así, – me dijo Caterina conmovida. – Tenga, he cogido lo que he podido de su habitación, y no se ofenda si en la maleta encuentra algo de dinero. Yo se lo presto. Ya me lo devolverá. Ahora, no me diga nada. Me marcho. Qué sería de mí, si me encuentran aquí.

¡Pobre Caterina, qué generosa! Me habría gustado abrazarla, decirle lo que significaba para mí aquel momento, pero ella se alejó rápidamente, dejando en el suelo mi maleta con mi capa para que me abrigase y una bufanda para la cabeza. Solo pude bendecirla con el pensamiento, mientras mi pecho se agitaba por los sollozos dolorosos, las lágrimas ardientes, abrasadoras, que corrían por mis mejillas.

Esa misma noche partí hacia Turín. Figuraos cómo me sentí en una ciudad que no conocía, sin ayuda, con cincuenta liras obtenidas por la generosidad de una pobre criada, y pocas joyas que pertenecía a mi madre y que yo siempre llevaba encima.

Los primeros días, los pasé en un hotel de mala muerte, pero donde tuve la suerte de encontrar una dueña muy buena, a la cual sin decirle quién era, confié mi estado y el deseo de encontrar trabajo.

- Escuche – me dijo ella – si quiere quedarse aquí conmigo para encargarse de la ropa de la casa, la acogeré encantada, porque parece una buena chica; si ha sido seducida por un granuja, la culpa no es toda suya.

Yo le daré alojamiento y comida, y diez francos al mes. Cuando esté a punto de dar a luz, le recomendaré a una matrona que conozco. Y después pensará qué hacer con el niño.

- Lo tendré conmigo, - exclamé – aunque tenga que trabajar día y noche.

Los meses pasaron y fui madre de una niña, fuerte, sana, que se asemejaba a mí. Me pareció que un rayo de luz había entrado en mi alma. El amor por mi hija sustituyó el odio que nutría hacia su padre.

Viviría por mi hija. Tenía algunos ahorros y con la venta de las joyas de mi madre, alquilé una buhardilla, y compré los muebles indispensables.

Mi hija no me daba problemas. Era tranquila, dormía muchas horas del día, tiempo que yo empleaba en trabajar para una mercería, que la dueña del hotel me había recomendado. Era casi feliz.

En la casa donde residía, todos me querían, me respetaban porque veían mi vida de trabajo, de sacrificio a la que me había condenado.

VIII

Pasaron alrededor de dos años. Una mañana había salido a llevar mi trabajo, dejando a mi pequeña al cuidado de una vecina, cuando bajo los pórticos de la plaza Vittorio Emanuele, me encontré cara a cara con mi seductor, que se encontraba acompañado por otro joven.

- ¡Por fin le encuentro! – exclamé cerrándole el paso, mientras él reculaba, mirándome sorprendido.

- ¿Habla conmigo señorita?

- Sí, con usted, Rino... que después de haberme seducido vilmente, me abandonó, sin querer saber qué había sido de mí.

- Está usted loca, no la conozco, no sé quién es usted.

La agitación era violenta, las frases silbaban en mis labios.

- Me conoce usted bien, ¡vil, infame!...

Un grupo de persona se había arremolinado a nuestro alrededor. Aquel joven seguía impasible.

- Le repito, pobre mujer, no le entiendo, no sé qué quiere de mí, ni por qué me insulta usted. Quizás me confunda con alguien que se me parece.

- No, no... es usted, Rino.

- Pero mi amigo es testigo, y otros que se lo confirmarán, de que yo no me he llamado nunca Rino. Mi nombre es Roberto Morello.

- Me dio un nombre falso. Un hombre que engaña a una pobre muchacha, es capaz de todo...

- Terminemos con esto. Le repito. Me parece un horror dejar que deambule por la ciudad una pobre loca insultando a las personas que se encuentra...

La gente que nos rodeaba secundó su afirmación.

Vinieron los guardias, fui llevada a unas oficinas de seguridad pública, donde me amenazaron con encerrarme en un manicomio, si insistía en perseguir a aquel señor que no me conocía.

Comprendí que si me obstinaba, me encerrarían. Pensé en mi hija y tragando la amargura que albergaba mi corazón, murmuré disculpas, dije que me había equivocado, hasta que me dejaron libre. Sin embargo dentro de mí, había decidido encontrar al miserable. Y lo conseguí.

Supe dónde vivía, y también su situación.

Él era muy rico, solo. Sus numerosas aventuras eran conocidas en toda Turín; el juego, las mujeres, la diversión absorbían toda su existencia, ni siquiera se acordaba del número de víctimas que había dejado en su camino.

Decidí ir a verle, costara lo que costara.

Ya no lo amaba, pero no le perdonaba que se hubiese burlado de mí, de mi ingenuidad.

Con mi hija entre los brazos, me presenté en su palacete.

El criado que me abrió, después de mirarme, me dijo que el dueño de la casa estaba a punto de salir.

- Solo tengo que decirle unas palabras de parte de una persona que le interesa.

- Está bien, pase usted.

Me condujo a un saloncito y me dejó allí sola.

Oí la voz del criado que avisaba a su dueño de mi presencia y el joven respondió:

- Seguro que es algo fastidioso. Dame los guantes.

Un minuto después se abrió una puerta y Rino volvió a encontrarse conmigo de frente.

Se le había caído la máscara de su rostro, que ya no expresaba sorpresa, sino rabia por volverme a encontrar.

- ¿Es usted?

- Soy yo. ¿Sigue aun diciendo que me equivoco? – exclamé mirándolo fijamente a los ojos los cuales desprendían desprecio.

- Y bien, ¿si la engañé, ahora qué espera de mí? ¿Cuál es mi error? Le dije que la amaba, y cayó en mis brazos. ¿La tomé a la fuerza? ¿Ahora qué derecho tiene usted sobre mí?

- Ningún derecho – respondí orgullosa – porque un alma de barro como la suya, no puede albergar más que la maldad. Si tuviese solo un poco de corazón, se habría conmovido al ver a nuestra hija, porque esta hija es suya, señor. ¿Pero a usted qué le importa? Su conciencia no se remueve por esto. Siga con su vida de orgías y de locuras, que ya no le molestaré, pero tenga cuidado, porque si Dios es justo, le reservará algún castigo tremendo y llegará un día en que llore lágrimas aún más dolorosas de las que haba provocado a sus víctimas. Adiós, señor.

Salí de aquél salón con la cabeza alta, con el alma llena de

desprecio hacia aquél miserable, que ya no me inspiraba más que odio.

Prometí mientras besaba a mi hija, que nunca volvería a pensar en él.

Volví al trabajo.

Mientras tanto llegó un invierno muy crudo. Mi hija enfermó. ¡Cuántos días y noches tristes pasé con mi criatura enferma entre mis brazos! Y fue cuando en medio de este padecimiento, me volví mala, grité la injusticia, maldije a mi seductor, a mi padre, a mi hermano, que habían destrozado mi alma, y me habían llevado a esta situación.

Mi estado de ánimo se volvió triste, nada podía ya distraerme.

A menudo cuando mi hija estaba dormida, me tiraba al suelo hundida, estrechando mi cabeza entre las manos, sintiendo que mi cráneo se rompía y me parecía caer en un abismo.

IX

Mi hija se ha curado, ha recobrado su color, canta y salta. Y yo la miro con lágrimas en los ojos. No tengo nada más que darle.

He gastado los últimos ahorros. He vendido todo para hacer frente a los gastos de su enfermedad. No tengo más que la ropa que llevo puesta. No tengo trabajo... y ya nadie quiere dármele.

Tengo el alma debilitada y el cuerpo hundido, vencido. ¿Para qué vivir más?

Solo habría una manera. Vender mi cuerpo, para alimentar a mi hija. Pero no lo haré, no quiero que mi hija tenga nunca que avergonzarse de mí. No me queda que morir.

He escrito al padre de mi hija perdonándolo, rogándole que no deje abandonada a su criatura, ahora que ya no tiene una madre.

He escrito también a mi padre implorando su perdón y su piedad por la pobre huerfanita.

¿Serán tan miserables e infames de rechazar a la pobre inocente criatura, por quien su madre ha sacrificado su vida?

¡No! ¡No! Todos se apiadarán de la pobrecita que ya no tiene madre. Sin mí mi hija encontrará quién la ayude, quién vele por ella con amor.

Se puede rechazar a una mujer deshonrada, pero no se echa a una criaturita que implora vivir.

Está decidido. Moriré.

Que este sacrificio supremo se convierta en bendiciones para mi hija. ¡Y Dios tenga piedad de mi pobre alma!



La venganza de un marido.

I

En el gran imperio septentrional, existe aún la pena del *Knout*, el suplicio más horrible, más despiadado, que se pueda imaginar.

El *knout* es un instrumento compuesto de varios nervios de buey, fuertemente trenzados y que en su extremo tiene ganchos de hierro. Cuatro o cinco golpes del *knout* bastan para reducir el cuerpo del paciente en una única llaga, un cierto número de golpes quita la vida.

También las mujeres son sometidas al castigo del *knout*, y con este propósito os contaré un hecho muy doloroso, sucedido hace pocos años en una ciudad del norte y del que me informó un testigo ocular.

La condesa Olga Cabrinska, era conocida como una de las más perfectas y maravillosas bellezas.

Cuando se soltaba su cabello rubio, formaba como un manto dorado, que le caía hasta los pies. En sus ojos, de un profundo azul turquesa, que su fantasía natural los hacía aún más encantadores, parecían reflejar el cielo. Su sonrisa era tan dulce que enamoraba. Su carne parecía de leche y rosas.

La condesa fue acusada por el marido de haber dado asilo a uno de los anarquistas más terribles y perseguidos.

La desgraciada fue condenada a la pena vergonzosa del *knout*. Recurrieron en vano, amigos, parientes y altos personalidades, porque la culpable debía ser castigada.

II

Cuando le fue anunciada la horrible suerte que le esperaba, Olga no lloró, no protestó.

Una sonrisa de desprecio sublime le contrajo los labios, un relámpago le salió de sus ojos.

- Me lo esperaba – murmuró. – Él ha sido doblemente cruel. Que Dios le perdone...

Fue todo.

Pero cuando la bella condesa se encontró entre los hombres, los soldados y los invitados al horrible suplicio, palideció y pareció vacilar.

Fue cosa de un instante.

Mientras intentaban sujetarla, ella los alejó a todos con un gesto digno, y levantando su majestuosa cabeza, con orgullo soberbio, pasó firme y lentamente, dirigiéndose hacia la columna a la que debía ser atada.

En aquel trayecto sus miradas se cruzaron con las de su marido, que quiso presenciar el horrendo suplicio.

El se volvió de piedra y bajó los ojos. Olga mostraba en su rostro tanta calma y una expresión de frío desprecio y muchos se quedaron confusos ante la heroica mujer y habrían castigado gustosamente a su inhumano marido antes que a ella.

Cuando el verdugo le puso las manos encima para desnudarla, la casta y noble mujer tuvo un gesto de pudor ofendido y con un gesto instintivo se echó atrás. Un fogonazo improvisado le encendió el rostro, un relámpago ardiente salió de sus pupilas y tristemente pasó una mano blanca por su frente, como para retener los pensamientos que se le escapaban o para cerciorarse de que no era una horrible pesadilla.

¡Qué pensamientos pasaban en aquellos momentos por el ánimo de aquella mártir, solo Dios lo podría saber!

Pocos segundos después su ropa caía al suelo y un murmullo de admiración y de piedad circuló entre los presentes.

Quizás ninguno de ellos había estado nunca ante una criatura tan perfecta. Y pensar que aquellas bellas formas encantadoras, purísimas, esas carnes blancas, suaves, aterciopeladas, iban a ser en poco tiempo desgarradas, laceradas por los golpes terribles del *knout*!

¿Quién, excepto su marido que la había condenado a aquel inhumano suplicio, podía asistir impasible a tal espectáculo?

La infeliz, desnuda hasta la cintura, atada a una columna, de rodillas, inclinaba su cabeza tocando casi el suelo, y sus cabellos rubios, rodeándola, tapaban su bellissimo rostro.

¿Rezaba por su verdugo? ¿Hacía votos por la salvación del hombre, para el que se había sacrificado? Se oyó el agudo silbido del cruel instrumento vibrar en el aire. Un sentimiento de repulsa invadió a los presentes, muchos cerraron los ojos.

El *knout* se había desplomado en la espalda blanca de su víctima y le dejaba una franja larga y sangrante, y un jirón de piel desprendido.

El odio convulsionaba el rostro del marido, cuya mirada desprendía una luz maligna, cruel. Una contracción de los labios dejaba ver sus dientes.

Un simple estremecimiento sacudió el bello cuerpo de Olga, pero de sus labios no salió ningún gemido, ningún gesto desveló a los espectadores los misterios de su horrible agonía.

Los golpes recaían sobre su carne magullada, su cuerpo en seguida se volvió una llaga; la sangre salía a borbotones.

Un golpe más sordo, más siniestro que los demás, arrancó a la víctima un leve lamento, su cuerpo se retorció, después se estiró, la cara, roja por la sangre, cayó contra el suelo.

Era un espectáculo horrible para la vista.

Algunos intentaron en vano disimular los sollozos que salían de las gargantas.

Solo su marido permanecía impasible.

El suplicio había terminado. El cuerpo de la víctima fue desatado y levantado.

Demasiado tarde. El ángel de la muerte había segado el hilo de aquella vida noble. Ella había caído como una flor que una hoz secciona entre la hierba.

El bello rostro de Olga estaba pálido, manchado de sangre, pero sus facciones se mantenían relajadas, la boca sonriente, los ojos entrecerrados. Ciertamente, viéndola así nadie habría imaginado el sufrimiento que había acompañado su horrible suplicio...

El marido había sido vengado.

La noche misma, en el lugar donde la mártir había caído bajo los golpes del *knout*, un joven se arrastraba de rodillas por el suelo, desgarrando la tierra con las uñas, sollozando, succionando con los labios lívidos la sangre aún fresca de la víctima, murmurando entre desgarradores gemidos:

- Por mí, solo por mí. Olga perdona. ¿Por qué no lo supe antes? Llegué demasiado tarde, el malvado pudo cumplir su abominable obra. Pero serás vengada, ¡lo juro!

Él sacó un pañuelo, que bañó en la sangre de la víctima, y después lo apretó contra sus labios con pasión.

- Esto me recordará tu suplicio y mi juramento. Perdóname Olga, hermana mía mi adorada, noble y santa criatura, que supiste sufrir, callar hasta el final. Yo viviré solo para vengarte.

Aquél joven era el anárquico, que Olga había salvado y por el cual había sido condenada al horrible castigo del *knout*.

El heroísmo de una madre.

Se había quedado traspuesta en el sillón con la labor entre sus manos, cansada de tantas noches en vela para terminar la ropa necesaria para su único hijo: su orgullo, su único amor tras la muerte de su marido. Él se encontraba desde hacía meses combatiendo en el frente.

Hija de un militar, Elena Campi no había obstaculizado los deseos de Dario, que había elegido con entusiasmo la carrera de su abuelo, muerto antes de que él naciera, pero de quién llevaba su nombre de bautismo, y cuya figura marcial, retratada en uniforme de general de artillería, con el pecho repleto de medallas conquistadas en el campo de batalla, había cautivado su imaginación juvenil. Él veneraba aquel retrato como la imagen de un santo.

Dario había concluido sus estudios en la Academia militar de Turín y acababa de obtener los galones de subteniente de artillería, cuando la llamada de la guerra, que resonaba de una a otra parte de Italia, hizo vibrar de entusiasmo sus jóvenes fibras, de tal manera que pidió ser enviado al frente entre los primeros.

El corazón de su madre pareció romperse ante aquella decisión; pero la noble, heroica mujer, no dejó que se manifestara todo su dolor interior, porque entendía que en aquel momento supremo su hijo necesitaba su aplauso, su valor y no era el momento de reproches ni lágrimas.

Y mientras su rostro se había vuelto pálido como la muerte, en sus ojos brillaba una luz sobrehumana y sus labios sonreían de ternura orgullosa cuando decían:

- Bien, ve, querido Dario, y que Dios bendiga tu coraje y te haga digno de tu padre y de tu abuelo, quienes te bendicen desde el Cielo. ¡Yo rogaré por ti!

Desde aquel momento Elena Campi pasó su vida entre el recuerdo constante de su hijo y la oración.

Las cartas de Dario, siempre llenas de entusiasmo, de fe, mitigaban el dolor de la separación, el sacrificio materno le daban confianza y tranquilidad.

Un día, en una carta suya, Dario le dio a entender que aunque su salud era buena, temía la llegada del invierno por el frío, que él soportaba con dificultad, especialmente en las horas de espera, inmóvil en las trincheras.

Por ello su madre se puso a trabajar diligentemente para preparar la ropa de lana necesaria que protegiera del frío el adorado cuerpo de su hijo.

Ella no quiso que nadie se ocupara de ello, ni siquiera se acostaba por la noche, porque quería acabarla cuanto antes.

Trabajaba y trabajaba sin descanso, y cada objeto estaba bautizado por sus lágrimas, sus besos y sus pensamientos más tiernos.

A menudo había tenido que luchar contra el sueño que amenazaba vencerla, como le había sucedido aquella noche en la que estaba a punto de terminar su trabajo.

Se había quedado dormida sin querer: la lámpara de gas que colgaba por encima de la mesa reflejaba su luz radiante sobre los calcetines, guantes, pasamontañas, ropa interior, jerséis, todos ellos apilados en grupos y atados con cintas tricolores y sobre el rostro pálido pero sereno de la madre amorosa.

De repente, en el duermevela, a Elena le pareció oír la voz de su hijo que le llamaba: “¡Mamá!, ¡mamá!” y como el contacto de unos labios sobre su frente.

Se despertó de un sobresalto con un grito. Abrió los ojos de par en par.

Estaba sola: el fuego crujía en la estufa y ningún otro ruido rompía el silencio de la habitación.

- Lo he soñado, - murmuró.

Pero aquel sueño le dio una sensación de intranquilidad, y para tratar de eliminarla, volvió a ponerse a trabajar.

Al no tener noticias de Dario en los días siguientes, esa sensación de miedo regresó.

Los paquetes que iba a enviar estaban preparados. La tierna madre había añadido a la ropa de lana, objetos de aseo, cigarrillos, dulces y mucho chocolate, porque Dario era muy goloso.

Elena, con la señora de servicio, ya estaba preparada para salir a hacer en el envío, cuando sonó el timbre.

Un oscuro e improvisado presentimiento convulsionó su estado

de ánimo ya de por sí agitado. Una idea terrible pasó por su mente, de manera que ella misma abrió la puerta.

Cuando ante ella apareció un viejo coronel amigo de la familia con los ojos llorosos, conmovido y serio, la pobre madre intuyó la horrenda verdad.

Ella desesperada gritó:

- ¡Mi Dario ha muerto!

Su corazón de madre no la había engañado. Su hijo había caído como un valiente en el Carso, en la conquista de una dura cima, con el nombre de Italia y de su madre en los labios, en la noche y en la hora en la que la señora Elena había oído su voz y había sentido un beso sobre su frente.

Durante unos minutos pareció que toda la sangre de su corazón de madre brotase de sus venas abiertas, que unos zumbidos confusos le obstruyeran sus oídos y que la vida se le escapaba.

Pero las pupilas dilatadas por la angustia se detuvieron sobre los paquetes preparados con la ropa, en aquellas prendas que encerraban toda la ternura de su alma, y con un tono desgarrador balbuceó:

- Los había preparado para él, para él que temía tener frío allí arriba, ahora ya no los necesita. Si bien coronel, cójalos y envíese los al comandante de su regimiento, para que sean distribuidos a aquellos soldados que no tengan una madre que los recuerde y que rece por ellos.

Poco después estalló en un llanto convulso e irrefrenable.





Sevilla
2017